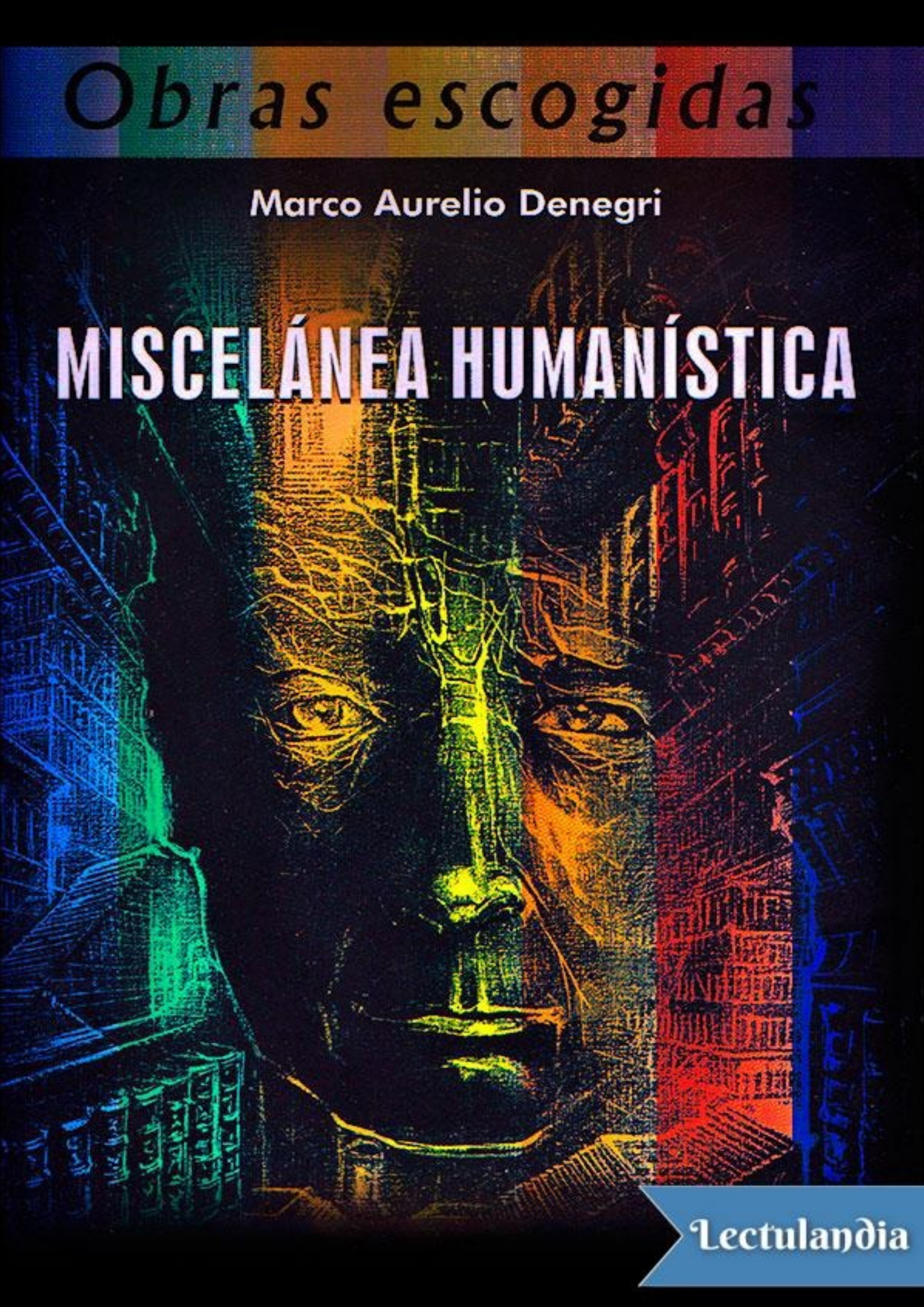
Obras escogidas

Marco Aurelio Denegri

MISCELÁNEA HUMANÍSTICA



Lectulandia

El libro está dividido en veinte breves capítulos y como anota el título —miscelánea— aborda diversos temas en donde gravitan aspectos que tienen que ver con la psiquis humana. Y no solo asuntos que obligan a plantearnos grandes preguntas, sino también sobre respuestas con las que tropezamos a diario sin darnos cuenta. Quizás esa sea la mayor virtud de este libro escrito con anonadante erudición, pero al mismo tiempo, con un lenguaje de cuajo. Por un lado, con una información selecta, bibliográficamente hablando, y por otro, testimonial que, para ser más familiar, muchas veces está en primera persona.

Lectulandia

Marco Aurelio Denegri

Miscelánea humanística

Obras escogidas - 0

ePub r1.0
DhA-41 02.12.2017

Título original: *Miscelánea humanística*
Marco Aurelio Denegri, 2010
Editor: Lucas Lavado
Ilustración: Pierre Clayette
Retoque de cubierta: DhA-41

Editor digital: DhA-41
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación del Fondo Editorial

La lectura es para nosotros una iniciadora cuyas llaves mágicas nos abren en el fondo de nosotros mismos la puerta de lugares a los cuales no hubiéramos sabido llegar.
[Marcel Proust (2004) *sobre la lectura*. Bs. As., Libros del Zorzal, p. 44]

La intención fundamental de quien hace la bibliografía le exige un triple respeto: hacia las personas a quienes se dirige, hacia los autores citados y hacia sí mismo.
[Paulo Freire (1999) *La importancia de leer y el proceso de liberación*. 13° Ed. México, D. F., Siglo XXI, p. 47]

Marco Aurelio Denegri es un humanista a quien debemos mucho los peruanos, por su encomiable pasión por la lectura, la investigación y la difusión de las ciencias, las tecnologías y las humanidades, en la última mitad del siglo XX y lo que va de este siglo.

Por sus puntos de vista heterodoxos, sus críticas sin concesiones a la mediocridad, sus urticantes opiniones y análisis de cuanta publicación importante aparece en nuestro medio, se ha ganado no pocos silencios y vanos desdenes, que no han hecho sino agigantar su presencia y valía como animador cultural en el Perú.

Sus investigaciones y su vocación dialógica dieron forma a *Fáscinum* (1972-1973), revista de cultura sexual, que con desenfado y solvencia académica intentó abrir nuestras entendederas al fascinante mundo de la sexualidad, con una perspectiva contemporánea y menos provinciana.

Pero Marco Aurelio Denegri es más que la precursora *Fáscinum* y sus libros publicados. Desde 1973 es viva paradoja de la televisión nacional, donde brega por la cultura, entendida no solo como sinónimo de poesía, novela y objetos de museo —sin un ápice de menoscabo a su valor— sino también como apertura al mundo de la ciencia, la tecnología y las humanidades, con visión cosmopolita y pleno sentido de responsabilidad y honestidad intelectual.

En *La función de la palabra*, su programa televisivo, en el Canal 7, no solo difunde las publicaciones aparecidas en nuestro medio sino que hace crítica prolija e imparcial de ellas. Igual dedicación da a los temas que presenta y a las entrevistas, que realiza con estilo *sui géneris*, donde las preguntas y opiniones fluyen como resultado de la reflexión sistemática.

Este libro *Miscelánea humanística*, de Marco Aurelio Denegri, no dejará indiferente a ningún espíritu abierto al conocimiento y a la reflexión. El Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega lo pone en manos de los lectores como testimonio de valoración a un humanista que se dedica a tiempo completo en favor del buen gusto literario y de las propuestas fundadas en el ejercicio de la razón a la luz del conocimiento, la ciencia y la cultura.

Lucas Lavado

Prólogo

Este libro es continuación del que publiqué en el 2006 y que se agotó en menos de seis meses[*]; agotamiento del que no me vanaglorio, por haber sido tan corta la tirada, apenas mil ejemplares. En efecto, y ciñéndome a Lima, ciudad teniente de unos diez millones de habitantes, comprobar que sólo mil han adquirido mi libro no es algo que me enorgullezca. Ocurre, sin embargo, que estamos viviendo en plena videocracia, o mejor dicho, la estamos sufriendo, y el hecho de que actualmente mil urbícolas aún compren y lean libros es casi milagroso.

El gobierno de la imagen no va juntamente con el gobierno de la inteligencia y la abstracción. La lectura, *lectio*, que es una forma de pensar, no se aviene con la *imago* o imagen. El hombre que piensa es un *animal mental*, pero el hombre que únicamente mira es un *animal ocular*. Nos lo dice Sartori y yo concuerdo con él. La Era Digital es la del *homo vídens*, no la del *homo légens*, ni mucho menos la del *homo sápiens*. La Era Digital genera al *homo ínsipiens*, al hombre que no sabe, al ignorante.

La obra que hoy entrego a la consideración de unos cuantos urbícolas es o pretende ser *lecturable*. Siempre procuro el logro de este fin en todos mis escritos.

Conviene distinguir *lo legible* de *lo lecturable*. La *legibilidad* de una publicación depende de una serie de variables formales; por ejemplo, tinta e impresión; tamaño y cuerpo de letra; interlineados y espaciados; tamaño de los márgenes; etcétera. *Lo legible* facilita la lectura, La *legibilidad* es un facilitativo lectural y concierne a la *forma* de la publicación. *Lo lecturable* concierne al contenido. Cuando éste es interesante, nutritivo, diverso y novedoso, y cuando además ha sido bien prosado por el autor, con fluidez y elegancia; cuando la obra tiene las cualidades antedichas, entonces es *lecturable*. Espero que la presente *Miscelánea Humanística* sea *lecturable*. Declaro sinceramente esta esperanza, aunque sé muy bien que el que vive de esperanzas muere en ayunas.

Marco Aurelio Denegri

7 Junio 2010

I
Introducción a la cinesiología

La ciencia de los movimientos —o el tratado de ellos— se llama *cinesiología*, o *cinésica*, como dice Birdwhistell, pero de ninguna manera *cinesis*, como dice la traductora del libro de Flora Davis, *La Comunicación no Verbal*, que además nos endilga *kine* y *kinema*, y resulta así grecizante por ignorancia[*].

Como el neologismo *cinésica* no ha tenido acogida ni difusión, quedémonos con el vocablo *cinesiología;* del griego *kinesis*, o sea *cinesis*, vale decir, movimiento, y —*logia*, esto es, ciencia, tratado (—*logia* es la forma sufija del griego *lógos*, palabra, pensamiento, razón).

La *cinesiología* es la ciencia de la expresividad humana. Podemos decir que en general equivale a lo que antes se llamaba *psicología del gesto*, es decir, psicología de los movimientos del rostro, de las manos o de otras partes del cuerpo con que se expresan diversos afectos del ánimo.

La palabra escrita, la palabra hablada y la palabra actuada

Decía Goethe que la palabra escrita es simple substituto de la palabra hablada; y es cierto. Pero habría que preguntarse si la palabra hablada es manifestación cabal de todo lo que realmente queremos decir. No parece que con la sola palabra hablada podamos decir todo lo que queremos. Necesitamos, pues, para completar nuestro decir, de gestos y ademanes, movimientos y actitudes, muecas, visajes y mohines, guiños y señas. Cuando la palabra hablada tiene toda esta parafernalia gestual y ademánica, entonces se convierte en palabra actuada.

Sabido es que hay pueblos más expresivos y comunicantes que otros. Por gesticulatorios y ademánicos, los italianos expresan y comunican más que los alemanes o los ingleses, por ejemplo.

El europeo, en general, se mueve y gesticula poco al hablar, y por eso, cuando va al África, aun cuando conozca la lengua del pueblo que visita, jamás logra ser cabalmente entendido por los nativos, cuya expresividad somática es opima y hasta espectacular. Para ellos hablar no es solamente pronunciar, sino una concertación cinética de la corporeidad toda. Así ocurre en Nigeria, según informa el gran investigador del continente negro, Leo Frobenius.

El negro es ritmo, acción, histrionismo. El sacerdote negro del Harlem neoyorquino que predica el sermón del Domingo de Ramos y cuenta que Jesús entró en Jerusalén, caballero en un asno, se monta en el púlpito y remeda maravillosamente la cabalgada. A un predicador blanco no se le ocurriría nunca hacer eso, razón por la

cual sentimos desvitalizada y escasamente atractiva su prédica, por huérfana de esa teatralidad inherente a la negritud.

Cine, cinema y emblema

La *cinesiología* distingue el *cine* o movimiento apenas perceptible, del *cinema* o movimiento mayor o más significante.

Los norteamericanos tienen cincuenta o sesenta cinemas para todo el cuerpo, de los cuales treinta y tres corresponden a la cara y la cabeza. Va de suyo que más cinemáticos que los gringos son los bachiches, y más que éstos, los abetunados compadres de Nigeria, y muchísimo menos que éstos, los nipones.

Ahora bien: cincuenta o sesenta cinemas representan sólo una mínima parte de los movimientos corporales.

«En realidad —escribe Davis—, *cada cultura otorga un significado a unos cuantos movimientos anatómicamente posibles para el cuerpo humano. Los 'cinemas' son a veces intercambiables: se puede substituir uno por otro sin alterar el significado. Si nos limitamos a las cejas, un simple alzamiento bilateral expresa a menudo una duda o acentúa una interrogación, pero también puede emplearse para dar énfasis a una palabra dentro de la oración.»*

Es verdad cinesiológica, aunque haya por ahí alguna excepción, y tal vez más de una, que la cultura norma los movimientos corporales de ambos sexos. Si en nuestra cultura las mujeres mueven más las caderas que los hombres y parpadean más lentamente, lo hacen por aprendizaje, no por determinación biológica. Los árabes cierran los ojos como nuestras mujeres, despacio y suavemente, y por esto solo seríamos capaces de tildarlos de afeminados, ya que el cierre ocular pando es, según creemos, impropio de la varonía.

Impropiedad relativa, claro está. Hace más de cien años que la antropología nos lo viene enseñando. Y el mismo Voltaire, que no era antropólogo, pero sí perspicaz, culto y desenfadado, lo sabía muy bien. El parisiense, decía Voltaire, se sorprende al enterarse de que los hotentotes cortan un testículo a sus pequeñuelos; pero los hotentotes se sorprenderían más si supieran que en París se conserva a los niños los dos testículos.

«Parece ser —escribe Davis— *que las mujeres, al menos en el laboratorio, miran más que los hombres, y una vez que han establecido contacto visual, lo mantienen por más tiempo.*

«También hay otras diferencias más sutiles.

«Tanto los hombres cuanto las mujeres miran más cuando alguien les resulta agradable, pero los hombres intensifican el tiempo de la mirada cuando escuchan, mientras que las mujeres lo hacen cuando son ellas las que hablan.»

Llámase *emblema*, en cinesiología, el movimiento corporal que tiene significado

preestablecido, como el ademán del degüello o el ademán del viajante en *auto-stop*, lo que vulgarmente se conoce como *«tirar dedo»*.

En este terreno se echa de ver también la relatividad cultural; verbigracia, considérase mala educación sacar la lengua en Occidente, pero en el sur de la China, sacarla denota turbación; en el Tibet, cortés deferencia; y los isleños de las Marquesas la sacan para negar.

En Ceilán, según Chauvelot, mover la cabeza de derecha a izquierda no significa, como entre nosotros, negación, sino lo contrario: afirmación.

Expresión oral y movimiento corporal

«Cada vez que una persona habla —observa Davis—, *los movimientos de sus manos y dedos, los cabeceos, los parpadeos, todos los movimientos del cuerpo coinciden con ese compás*.

«Resulta interesante saber que este ritmo compartido se altera cuando hay algunas enfermedades o trastornos cerebrales. Los esquizofrénicos, los niños autistas, las personas afectadas por el mal de Parkinson, epilepsia leve o afasia, y los tartamudos, están fuera de sincronía consigo mismos.

«La mano izquierda puede seguir el ritmo del discurso, mientras que la derecha está completamente desfasada. El resultado, tanto en la vida real cuanto en las películas, es una fugaz impresión de torpeza, una sensación de que algo no funciona en la forma en que se mueve el individuo.»

Arritmia cinética que por otra parte impide la sincronía interaccional.

«La sincronía interaccional —dice Davis— *resulta difícil de creer hasta que no se la ve en películas, puesto que en la vida real se produce generalmente en forma demasiado veloz y sutil para ser captada*.

«Se produce continuamente cuando se conversa. Aunque puede parecer que el que escucha está sentado perfectamente quieto, el microanálisis revela que el parpadeo de los ojos o las aspiraciones del humo de la pipa están sincronizados con las palabras del que habla.

«Cuando dos personas conversan, están unidas no sólo por las palabras que intercambian, sino por ese ritmo compartido. Es como si fueran llevadas por una misma corriente.»

Si Flora Davis leyese el presente escrito

Estas noticias y muchas más las presenta Flora Davis con estilo llano y sencillez periodística en su libro *La Comunicación no Verbal*. Desde luego, si hubiese sido más culta la autora y mayor su espíritu crítico, entonces tendría su obra el aderezo y

enriquecimiento que no tiene. Parifico inmediatamente.

Cuando Davis se ocupa de la desaprobación que merece en todas las culturas la mirada directa, fija y sostenida, no menciona el hecho, porque lo ignora, de que tal desaprobación tiene origen mágico, ya que de antiguo se ha temido el aojo o fascinación, el influjo maléfico que una persona puede ejercer sobre otra mirándola. Ahora bien: el origen mágico de la desaprobación es una explicación *cultural* del hecho, pero el verdadero origen es *natural*, o mejor dicho, la aversión a la mirada directa, fija y sostenida, nos es *connatural*, es una conducta *de fábrica*,

innata. Entre los gorilas es igual, y así lo asegura quien los conoce mejor que nadie, Dian Fossey. Dice esta notable investigadora lo siguiente: *«Para ellos* [para los gorilas], *al igual que ocurre a menudo en el hombre, la mirada fija y directa significa una amenaza*.» (Dian Fossey, *Gorilas en la Niebla*. Barcelona, Salvat Editores, S. A., 1985, 11.)

Pobretón el noveno capítulo, dedicado a los ademanes. Ha creído la autora que Efron dijo la última palabra sobre el particular. Debió haber consultado la obra de Walter Sorell, *The Story of the Human Hand*.

Debió también haberse preguntado por qué las mujeres son tan mediocres como oradoras. Lo son, entre otras cosas, porque tienen gesto manual desvaído, carecen de energía ademánica; carencia que estaríamos tentados de atribuir a la cultura, pero he aquí que en casi todas las culturas los ademanes femeninos son suaves y exiguos, salvo en la cultura mundugumorense, por ejemplo, donde se han virilizado mucho las mujeres.

«Las mujeres realmente elocuentes, las que accionaban bien, que yo he conocido —dice Marañón en su libro ***La Evolución de la Sexualidad y los Estados Intersexuales***—, *tenían estigmas netos de virilidad; o los adquirieron más tarde. El valor de la mano en la expresión es un carácter de adquisición tardía en la evolución ontogénica y filogénica, y por eso más propio del varón.»*

En el capítulo sobre el saludo, contráese nuestra autora a la interpretación etológica, que me parece bien y en principio acepto; pero si el lector quisiese leer algo jugoso y penetrante, entonces no vacilaría en recomendarle la «Meditación del saludo», de José Ortega y Gasset, donde abundan las consideraciones en torno al apretón de manos y su sentido primigenio; punto interesante al que Flora Davis no dedica ni una sola línea.

Además, contrariamente a lo que ella supone, no siempre es reprochable la insalutación, y aludo a la de despedida; antes bien, puede llegar a ser práctica admisible y hasta *fashionable*, como ocurrió en Francia, en el siglo XVII, cuando se puso de moda *no despedirse* de nadie al abandonar una reunión. Eso era lo propio y lo que exigía la etiqueta, al paso que *despedirse* era falta de educación.

Por último, en el segundo capítulo venían al pelo las observaciones de Rollo May sobre los monjes de Athos y el valor de la polaridad sexual; pero Davis, según parece, no ha leído el libro de su ilustre paisano, *El Amor y la Voluntad*.

Si Flora Davis leyese el presente escrito, entonces me profesaría desamor; sin razón, por supuesto, o sea muy femeninamente. Sin razón, digo, porque su obra es recomendable, a pesar de las críticas recién expuestas.

Innaticidad de las expresiones faciales

Las expresiones básicas del rostro humano son innatas. Estas expresiones son nueve, a saber:

1) Alegría
2) Tristeza
3) Temor
4) Enojo
5) Rechazo
6) Incomodidad
7) Perplejidad
8) Desconcierto
9) Admiración

Zonas expresivas

1) La zona de la *frente*.
2) La zona de las *cejas*.
3) La zona del *entrecejo*.
4) La zona de los *ojos*.
5) La zona de la *base de la nariz*.
6) La zona del *labio superior*.
7) La zona del *labio inferior*.
8) La zona del *conjunto de los labios*.
9) La zona de las *comisuras labiales*.

Protrusión labial

Carlos Domínguez, el conocido fotógrafo, *alias* «El Chino», tiene, entre sus muchísimas fotografías, una muy buena que le tomó a Pepe Vásquez, en la que éste hace una protrusión labial. *Protrusión* es la acción y efecto de *protruir*, o sea empujar hacia adelante, y en este caso, desplazar los labios hacia adelante, proyectarlos, haciendo que sobresalgan de sus límites normales. (*Cf.* Domínguez, *Los Peruanos*,

76.) La protrusión de Vásquez es más notoria por la bembonería. Los negros son bembones, o *bezudos*, como dice la Academia; tienen los labios gruesos y pronunciados.

Otro ejemplo (más variado) de expresividad labial lo ofrece la artista colombiana Sofía Vergara, que hace con sus labios lo que quiere. Los rebordes exteriores carnosos y móviles de su boca tienen una gran plasticidad. (***Cf***. *Gatopardo*, No. 53, [258]-[259].)

A propósito de los labios, hoy son muchas las mujeres que se los hacen agrandar y resultan así *bembonas artificiales*. ¿A qué se debe esta práctica? ¿Por qué quieren las mujeres lucir grandes labios, carnosos y pronunciados?

Evidentemente, porque quieren *intensificar* una señal sexual. Se trata de una *vulvarización labial*. Los labios de la boca *se vulvarizan*, es decir, duplican biológicamente los labios genitales.

Téngase presente, sin embargo, que el señalamiento sexual de los labios de la boca femenina, no significa que la mujer que hace ese señalamiento sea ardiente y de una rijosidad copulatoria desbordante. No. No hay correspondencia entre lo uno y lo otro. Incluso puede ocurrir —y ocurre— que la bembona artificial sea un fiasco en la cama. En el mundo del sexo no conviene guiarse por las apariencias.

Bibliografía mínima

[1] AMICIS, Edmundo de. *Ideas sobre el Rostro el Lenguaje*. Madrid, Agustín Jubera, Editor, 1889.

[2] DARWIN, Carlos R[oberto]. *La Expresión de las Emociones en el Hombre y en los Animales*. Valencia, F. Sempere y Ca., Editores, [s. a. (*circa* 1900)], 2 tomos.

[3] DAVIS, Flora. *La Comunicación no Verbal*. Sexta edición. Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1982.

[4] EIBL-EIBESFELDT, Irenäus. *El Hombre Preprogramado*. Cuarta edición. Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1983. Tercera parte: «Rituales del vínculo», capítulos 1 y 2, concernientes al saludo.

[5] FAST, Julius. *El Lenguaje del Cuerpo*. Undécima edición. Barcelona, Editorial Kairós, 1992.

[6] INFANTE DURAMA, Isabel. *El Lenguaje del Rostro y de los Gestos*. Madrid, Ediciones iberoamericanas QUORUM, S. A., 1986.

[7] MARAÑÓN, Gregorio. *Crónica y Gesto de la Libertad*. Buenos Aires, Librería Hachette, S. A., 1938. c. 2: «Psicología del gesto.»

[8] MORAGAS, Jerónimo de. *La Expresividad Humana*. Barcelona, Editorial Labor, S. A., 1965.

[9] ORTEGA Y GASSET, José. *Obras Completas*. Madrid, Revista de Occidente / Alianza Editorial, 1946-1983, 12 tomos. VII, 201-[232]: «Meditación del

saludo.»
[10] SORELL, Walter. *The Story of the Human Hand*. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968.
[11] WOLFF, Charlotte. *La Mano y su Lenguaje*. Tercera edición. Barcelona, Editorial Luis Miracle, S. A., 1962.

II
Introducción a la teratología

Exordio

Teratología es voz de origen griego que significa tratado o estudio de los monstruos; de *teras*, *teratos*, monstruo, y *logos*, tratado.

Paréceme muy opinable que siga vigente la restricción semántica en cuya virtud la teratología concierne únicamente a las anomalías y monstruosidades del organismo animal o vegetal. No se advierte que los monstruos biológicos de la teratología convencional son mucho menos importantes que los que ha imaginado, ideado y creado el hombre desde que era cavernícola. Después, cuando *aparentemente* dejó de serlo (digo *aparentemente* porque el ser humano sigue comportándose, en muchos sentidos, con zafiedad paleolítica); cuando después, repito, el hombre dejó de ser cavernícola (eso dicen), la *teratogenia* fue desenvolviéndose con pretensión expansiva manifiesta y el *More Tenebrarum* avanzó indetenible, hasta hoy; incluidos, claro está, los últimos monstruos electrónicos y computarizados.

> *«Yo soy el 'antiasno' 'par excellence', y por tanto, un monstruo en la historia universal; yo soy, dicho en griego, y no sólo en griego, el 'Anticristo'…»*
>
> (Friedrich Nietzsche)

Juzgo, pues, inaceptable que la teratología no se ocupe de los monstruos del *Mare Tenebrarum*, todos ellos *facticios* (no *ficticios*). Frankenstein, por ejemplo, es producto *facticio*, es decir, *no natural* La teratología ha venido ocupándose solamente de los monstruos *naturales;* verbigracia, una criatura acéfala. ¿Por qué esta restricción a todas luces vitanda? Insisto: para mí es inadmisible.

Y bien: como exordio, basta.

> *«'El verdadero problema', como decía Rimbaud, 'consiste en hacer monstruosa el alma'. O sea, no horrible, sino prodigiosa.»*
>
> (Henry Miller)

«Monstrum»

En latín, *monstrum* significa prodigio, maravilla, rareza, cosa singular, portento, fenómeno, cosa admirable, sorprendente y pasmosa. *Monstra narrare* es referir cosas prodigiosas; y *monstra dícere*, decir cosas increíbles.

Monstrum significa también, y ésta es la acepción secundaria, calamidad, desgracia, azote, plaga, cosa funesta, crimen. Cuando Quintiliano dice que se han cometido crímenes contra el Estado, usa el término *monstra*, esto es, monstruos, para referirse a esos crímenes.

Pero la significación primaria de *monstrum*, en latín, y que nuestro idioma conserva, es la de prodigio y maravilla.

San Isidoro decía que *monstruo* significa *«lo que es digno de ser mostrado, lo que merece exhibirse». «De modo que los monstruos* —escribe Savater— *son 'lo espectacular' por antonomasia: se definen por constituir en sí mismos un espectáculo.»* (Fernando Savater, *Diccionario Filosófico*, ***s. v***. «Monstruos».)

> *«El que no tiene la suerte de ser un monstruo en un ámbito cualquiera, incluso el de la santidad, inspira desprecio y envidia.»*
>
> (Emile Michel Cioran)

Monstruo

Enumero a continuación las siete acepciones que tiene la palabra *monstruo* en castellano.

1) Producción contra el orden regular de la naturaleza.
2) Ser fantástico que causa espanto.
3) Cosa excesivamente grande o extraordinaria en cualquier línea.
4) Persona o cosa muy fea.
5) Persona muy cruel y perversa.
6) Persona de extraordinarias cualidades para desempeñar una actividad determinada.
7) Versos sin sentido que el maestro compositor escribe para indicar al libretista dónde ha de colocar el acento en los cantables. (Véanse, al respecto, las observaciones de Alfonso Reyes en *La Experiencia Literaria*, 176-177. Parece que ya nadie escribe esta clase de versos.)

«Hacia el monstruo sentimos miedo o repulsión, pero también un extraño y salvaje afecto. El monstruo nos repele, aunque también nos atrae, es decir, 'nos tienta'. Lo monstruoso del monstruo, sea Macbeth o una tarántula gigante, es que representa nuestra tentación.»

(Femando Savater)

Lo monstruoso como defecto biológico

Lo monstruoso, como deformidad insólita y grave, como alteración biológica notoria, no lleva consigo, aunque nos lo parezca, la suma fealdad como distintivo o nota esencial. La monstruosidad, propiamente considerada, no es fea, sino repugnante. Un niño con tres brazos y dos cabezas, repugna. De suerte que lo contrario de lo monstruoso no es lo bello.

«Lo monstruoso —dice Ortega y Gasset— *es un defecto biológico y, por consiguiente, anterior al plano de discernimiento estético. Lo opuesto a 'lo monstruoso' no es 'lo bello', sino 'lo normal'.»* (J. O. y G., ***O. C.***, II, 37, n.)

Eso también lo sabía, y muy bien, Don Quijote.

«Yo, Sancho —dice Don Quijote—, *bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale a un hombre de bien no ser un monstruo para ser bien querido, como tenga las dotes del alma que te he dicho.»* (Cervantes, ***El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha***, Parte II, c. 58.)

«Adiós, pobre y querida Musa; cúrate. Te abrazo.

«Tu MONSTRUO.»

(Carta de Gustave Flaubert a Louise Colet, 7 de abril de 1854.)

El monstruo como creación fantástica

Respecto al monstruo, no ya como fenómeno biológico, sino como creación fantástica, hemos de tener en cuenta dos cosas: en primer lugar, la *magnitud*, y en segundo lugar, la *combinación de especies*.

La monstruosidad puede ser por defecto o por demasía. Un gorila, por ejemplo, tiene, poco más o menos, la estatura del hombre; pero King Kong, que no es un simio normal, sino un monstruo, mide quince metros de alto. Es un monstruo por exceso. Pero un gorila de diecisiete centímetros de alto sería también monstruoso, sólo que por defecto; y desde luego ya no daría miedo, sino risa, o lo que es peor, lástima. (A propósito: Voltaire decía, con mucha razón, que es mejor dar envidia que lástima.)

Generalmente, cuando hablamos de monstruos, nos referimos a los monstruos por exceso, por demasía, a los monstruos de gran magnitud; verbigracia, Aqueronte, el monstruo que menciona Borges en su *Manual de Zoología Fantástica*, que era tan grande como una montaña y en cuya boca podían entrar tranquilamente nueve mil personas.

Una constante, pues, en la historia de las criaturas monstruosas, es el *gigantismo o titanismo*, el sobredimensionamiento de las producciones teratológicas.

Monstruos los ha habido desde la más remota antigüedad, desde que el hombre primitivo, aterrorizado por las fuerzas de la Naturaleza, las personificó en seres desmesurados y colosales. Este patente *colosalismo* se echa de ver en los bestiarios y en general en la teratología.

Para mover, dice Homero, la roca que está ante la cueva del cíclope Polifemo —el monstruo que tiene un solo ojo en la frente—, no habrían bastado *«mil y dos carretas, altas de cuatro ruedas»*.

La otra constante teratológica es la *combinación de especies*. El hibridismo monstruoso es tan impresionante como los mismos monstruos.

El *grifo*, por ejemplo, era un animal que tenía la parte superior de águila y la inferior de león, con larga cola de reptil. Combinaba tres especies. Pero cuando ya no era simplemente grifo, sino *hipogrifo*, sumaba a las tres especies dichas, el caballo, de modo que el hipogrifo era la combinación de cuatro especies. El hipogrifo era mitad caballo y mitad grifo.

La *esfinge* tenía cabeza y busto de mujer, y cuerpo y garras de león, y además era alada.

El *dragón* tenía cuerpo de serpiente, garras de león y alas de águila. Era fiero y voraz, y despedía olor pestífero.

El *minotauro* era mitad toro y mitad hombre, se alimentaba de carne humana y residía en el Laberinto de Creta.

Las *arpías* tenían cabeza humana, orejas de oso y cuerpo de ave de rapiña. Eran las encargadas de llevar las almas de los muertos al otro mundo.

Los monstruos son, pues, colosales, en muchos casos, y en otros, híbridos impresionantes. El colosalismo y el hibridismo son dos constantes teratológicas.

Apreciación psicológica

Cirlot, en su *Diccionario de Símbolos*, al tratar de los monstruos, dice que éstos aluden a las potencias inferiores constituyentes de los estratos más profundos de la geología espiritual, *«desde donde pueden reactivarse —como el volcán en erupción— y surgir por la imagen o la acción monstruosa»*. Lo cual ocurre cuando el hombre primitivo se apodera del timón del alma.

«El hombre primitivo —decía Stekel— *nos acecha todo el día para apoderarse del timón del alma.»* (Wilhelm Stekel, ***Cartas a una Madre***, [183].)

Ese hombre primitivo[1] es nuestro *«hermano tenebroso»*, el *mister* Hyde que todos llevamos dentro, *«la Sombra»* que Jung mienta en sus escritos, tanto más negra y espesa cuanto menos incorporada en nuestra vida consciente. Manifiéstase, por ejemplo, en la protervia y vileza, en los arranques coléricos y en los arrebatos estrepitosos de la ira, en la conducta ruin y miserable, en la roñería y mezquindad, en la ignominia y bajeza.

Repútase a Jung por primer aplicante de la voz *sombra* a la realidad psicológica recién descrita. Ignoro si él creyó serlo, pero sé positivamente que muchísimos años antes Víctor Hugo fue usuario del mismo nombre y con parejo propósito, según mención de Amicis en el retrato que nos ha dejado del incomparable autor de *Los Miserables*.

«Tiene —dice— *faz leonina. Cuando abre la boca parece que va a salir de allí un rugido, y cuando levanta el robusto puño parece que no ha de bajarlo más que para triturar alguna cosa. En aquellos momentos se lee en su semblante la historia de todas sus luchas y todos sus dolores, la tenacidad férrea de su naturaleza, los negros fantasmas de su imaginación, sus forzados, sus féretros, sus iras, sus odios; toda 'la sombra', como diría él, todo 'el lado negro' de sus obras."* (Edmundo de Amicis, *Ideas sobre el Rostro y el Lenguaje*, 226-227.)

La Sombra es un hecho psicológico incontrovertible, y por consiguiente, también los monstruos.

Los monstruos no nos son extrínsecos, sino intrínsecos. Ver la monstruosidad en la casa del vecino sin verla primero en la nuestra, o personificarla en el forastero o en el extraño a la tribu, es pifia considerable de malísimas consecuencias.

Erich Neumann ha sostenido, fundadamente, que todo ser humano tiene una función de inferioridad y una Sombra, y que es tarea muy necesaria, aunque de notable arduidad, aceptar la propia imperfección; lo sólito es inaceptarla, vale decir, imposibilitar la conducta integrada y coherente.

A los inaceptantes, que son legión, les puede ocurrir que un buen día, a eso de las tres de la mañana, un ser deforme, de mirada fija y ofensiva, los despierte violentamente y, tomándolos por la garganta, les diga exclamativo y fiero:

«¡Yo también quiero formar parte de tu vida!»

Ese visitante nocturno es el Monstruo, el inquilino al que no lo queremos saber inquilino y al que no podemos, sin embargo, desahuciar.

«Sí —declara convencido Guillermo Díaz-Plaja—; *el mundo de los monstruos*

está con nosotros. Nos persigue; forma, acaso, las raíces más profundas de nuestra civilización. Más aún: nos es consustancial. Nos atreveríamos a decir que el 'Mare Tenebrarum' lo llevamos todos dentro del alma. O, aún más, si queréis: el monstruo somos nosotros mismos.» (Guillermo Díaz-Plaja, *Los Monstruos y Otras Literaturas*, 45-46.)[2]

Y a mayor abundamiento:

«Kierkegaard había oído contar a su padre la historia del bandido generoso. Se quedó muy impresionado. Al subir a su cuarto se miró al espejo. Le entró una gran crisis de angustia. ¿Qué vio Kierkegaard en el espejo? El monstruo que todos llevamos dentro, la posibilidad de convertirse en criminal.» (Juan José López Ibor, *Rasgos Neuróticos de Nuestro Tiempo*, 154-155; véanse también las páginas 82, 208-209.)

A quienes les parezca excesivo o completamente inadmisible reconocerse monstruos, les recomiendo que lean el siguiente pasaje de los *Ensayos* de Montaigne:

«Lo que nosotros llamamos ***monstruos****, no lo son a los ojos de Dios, quien ve en la inmensidad de su obra, la infinidad de formas que comprendió en ella. Es de presumir que esta figura que nos sorprende* [el monstruo] *se relacione con alguna del mismo género, desconocida para el hombre, y que se fundamente en ella. De la infinita sabiduría divina no emana nada que no sea bueno, natural y conforme al orden, pero nosotros no vemos la correspondencia ni la relación.»* (Montaigne, *Ensayos*, Libro Segundo, c. 30.)

En resumidas cuentas, los monstruos no son monstruosos para Dios.

Ah, este Montaigne[3]…

«La bella y la bestia»

Madame Leprince de Beaumont escribió «La Belle et la Bête», cuento fantástico, lleno de simbolismo y en el que gracias al amor de la Bella, compasiva, la Bestia recobra su figura verdadera: la de un hermoso príncipe. (*Cf.* J. A. Pérez-Rioja, *Diccionario de Símbolos y Mitos*, ***s. v.*** «Bella y el Monstruo, La».)

Es la redención por el Amor. El Amor triunfa de todas las cosas, *Amor vincit omnia*, el Amor lo vence todo, incluso la monstruosidad. Así como el Alighieri idealizó a Beatriz y Don Quijote creó a Dulcinea, muchas bellas podrían idealizar a no pocos monstruos de la realidad, habida cuenta de que éstos tengan hermosa el alma; teniéndola, podrán, al cabo, por obra del amor, convertirse, como el protagonista del cuento, en príncipes fabulosos. Me parece que ésta es la lectura que debe hacerse de la redención por el amor de seres monstruosos. Pero que el solo amor pueda redimir a seres monstruosos de cuerpo y alma, lo juzgo menos convincente.

Ítem más

El psicópata David Herkowitz, *alias* «El Hijo de Sam», mató en 1977, en Nueva York, a seis mujeres. Lograron prenderlo, felizmente, y lo recluyeron en el Kings Country Hospital neoyorquino. Tenía a la sazón veinticuatro años. Se le tildó inmediatamente de *monstruo;* sin embargo de lo cual, o mejor dicho, a causa de lo cual, resultó monstruosamente atractivo para muchas mujeres.

En el amor, o lo que fuere, no sé, porque ya el amor, concepto amplísimo, o no significa nada, o significa todo, y por lo tanto desirve para indicar algo preciso; el amor, decía, o el prurito erótico del momento, o la compasión fácil, o el simple atractivo de lo inusual, o, en fin, tantas cosas; bueno —prosigo—, el amor (y esto ya se ha repetido hasta el cansancio), no conoce de barreras ni distingos, *atraca* con todo, hasta con el Hijo de Sam.

«Diariamente —refiere el asesino— *recibo cartas de simpáticas jovencitas que me profesan su amor. Una de las últimas dice así: «'Tengo veinte años pero no soy como el resto de chicas de mi edad. Siento que la prensa te está utilizando como artículo de consumo; para ellos no eres más que un producto comercial basado en fantasías que no comprenden. Quiero ser tu amiga… y algo más. Aunque me da vergüenza decírtelo, creo que te amo.'*

«La última carta que pienso responder es la de una muchacha muy atractiva que se llama Alice y que me mandó su foto. Dice:

«'En un principio tu caso me pareció muy extraño. Verdaderamente te tenía miedo. Cuando te apresaron comencé a tenerte lástima y, posteriormente, simpatía. Eres un bicho raro y hasta diría que muy interesante. Para que tus días no sean tan grises, te propongo intercambiarnos dibujitos. Ternura va, ternura viene… Algunos años más, y sales bajo fianza… Un beso, te quiere mucho, Alice.'

«Me fascina —confiesa David Herkowitz— *tener pendiente a medio mundo de mis declaraciones.»*

En resumidas cuentas, presumo que si hay algo más interesante que un monstruo, entonces debe de ser otro monstruo, pero más monstruoso.

III
Introducción a la ludología

«Estaba [Pablo Neruda] *centrado*
en lo lúdico de la existencia. Seguía siendo
un niño, tenía juguetes en su dormitorio;
muchas veces lo acompañé a comprar
juguetes, perdía horas con juguetes.»
(Jorge Edwards, en una conversación con Alfredo
Barnechea, incluida en el libro de éste, *Peregrinos*
de la Lengua. Confesiones de los grandes autores
latinoamericanos.)

Consideraciones etimológico-semánticas

Por *juego* se entiende, normalmente, una actividad o ejercicio recreativo, por lo general sometido a reglas, en el cual se gana o se pierde. *Jugar*, dice el Diccionario, es hacer algo por espíritu de alegría y con el solo fin de entretenerse o divertirse.

El vocablo *juego* procede del latín *iocus*, diversión, chanza, burla. *locari*, en latín, significa chancearse, divertirse, burlarse, bromear. Por eso decimos *jocoso* de lo que es divertido y gracioso; y al que antiguamente —por dinero— divertía al pueblo con sus cantos, bailes y juegos, se le llamaba *juglar*, y *juglar* se decía también del que, por estipendio o dádivas, recitaba poesías trovadorescas para recreo de reyes y magnates. *Jocoso y juglar* son derivados de *iocus*, broma, chiste, jovialidad, fiesta, diversión, recreo.

En latín, para significar *juego* no se decía *iocus*, sino *ludus;* y *lúdere* —no *iocari* — denotaba *jugar*. Cierto que *lúdere* tenía secundariamente el significado que primariamente tenía *iocari*. *Lúdere* valía jugar, entregarse a un ejercicio, hacer o practicar ejercicios corporales; valía también escribir cosas ligeras, componer, cantar, desempeñar un papel. Además, según dije, la denotación accesoria de *lúdere* era distraerse, solazarse, entretenerse, entregarse a los placeres de los sentidos.

Palmaria relación hay entre lo divertido y lo lúdico, pero en lo antiguo nombrar lo lúdico no comunicaba a un tiempo (hogaño es igual) lo divertido (había otro vocablo para eso, *iocari*); por eso Cicerón, cuando quiere indicar que está hablando en broma, no se limita a decir *«per ludum»*, sino *«per ludum et jocum»*.

A pesar de que *lúdere* era el verbo propio para significar *jugar*, el que pasó a las lenguas románicas fue *iocari*. Y así tenemos, en francés, *jouer;* en italiano, *giocare;* en portugés, *jogar;* en rumano, *yuca;* y lo mismo las voces correspondientes en catalán y provenzal.

El *ludus* latino está presente en una serie de voces nuestras; verbigracia, *preludio, interludio, eludir, coludir, ludibrio;* pero *ludir*, en el sentido recto *de jugar*, no consta

en el Diccionario de la Academia, el cual, por otra parte, solamente en su vigésima edición de 1984, acogió el adjetivo *lúdico*, derivado de *ludo*, castellanizaron de *ludus*, y de uso bastante general entre gente culta. La Academia quería que dijésemos *lúdicro*, que nadie dice, y que como señala Corominas es un latinismo crudo que entró en el lexicón oficial en 1939.

El estudio, tratado, discurso, doctrina o ciencia del juego se llama *ludología*.

Escasez bibliográfica

No obstante ser el juego tema de gran interés y mucha importancia, el material bibliográfico correspondiente es ralo, al menos en español. En varios años de recolección, he logrado allegar unos cincuenta títulos, los más de ellos, artículos de enciclopedias y diccionarios, estudios sueltos, ensayos, ensayículos y ensayetes, y capítulos de libros cuyo asunto principal no es el juego; pero escasean las obras dedicadas exclusivamente a éste; habrá cuatro o cinco, de las cuales sólo dos son verdaderamente estimables.

En primer lugar, la famosa obra de Johan Huizinga, publicada en 1938, *Homo Ludens*, es decir, *Hombre Ludiente*, *Hombre Jugante*. Y en segundo lugar, la obra de Roger Caillois, publicada veinte años después de la Huizinga y que se titula *Teoría de los Juegos*.

El juego, según Huizinga

Mal haríamos si no reconociésemos lo que tiene de original e informativo el aporte lúdico de Huizinga; pero también es opinable; lo cual, por supuesto, resulta insorprendente. En ciencia, y en general en los tratados y ensayos relativos a cualquier materia, toda contribución es en principio discutible, y si no se la discute es porque no ha sido leída o porque ha sido leída por un ignorante.

Homo Ludens es discutible, entre otras cosas porque su autor se ocupa principalmente del juego agonal, que es una de las clases de juego.

La verdad es que este ilustre profesor de Leyden se enamoró del tema y llegó a considerar que el juego era como Dios, presencia ubicua, realidad difluente, o como se dice en inglés, *pervading*, o aún más enfáticamente, *all-pervading.* El juego es *all-pervading*, según Huizinga.

El juego se aprecia en la religión, en la música, en la poesía, en el uso de la peluca, en todo. Y el juego no es, para Huizinga, producto cultural; antes bien, la cultura surge en forma de juego; la cultura, al principio, se juega. La competición y la exhibición no emergen de la cultura como diversiones, sino que más bien la preceden. Y al paso que para la cultura el juego agonal es fecundo, siente Huizinga que el

individual, el que juega el individuo únicamente para sí, no lo es.

No una sino varias veces define Huizinga el juego, adecuando en cada caso la definición al punto en que está enfrascado. Las definiciones, si bien distintas, no lo son completamente; conservan elementos comunes. Veámoslas.

Primera definición

«Desde el punto de vista de la forma, se puede definir el juego, en breves términos, como una acción libre, sentida como ficticia y situada al margen de la vida cotidiana; capaz, sin embargo, de absorber totalmente al jugador; una acción desprovista de todo interés material y de toda utilidad, que acontece en un tiempo y en un espacio expresamente determinados, se desarrolla según reglas establecidas y suscita en la vida las relaciones entre grupos que, deliberadamente, se rodean de misterio o acentúan mediante el disfraz su extrañeza frente al mundo habitual.»

Si sostuviéramos, como se acaba de decir, que el juego es acción desprovista de todo interés material y de toda utilidad, entonces excluiríamos de un plumazo los juegos de azar y las apuestas. Menuda exclusión.

Además, si bien es cierto que el juego, cuando es cenacular, puede rodearse de misterio y secreto, no todos los juegos son así: los hay públicos, ostentosos y espectaculares.

Por último, la definición de Huizinga sólo conviene a los juegos en que la acción se desenvuelve *como si;* el niño que juega a los detectives *como si* fuera detective, o el que se monta en un palo y lo cabalga *como si* fuera un caballo; etcétera. Pero no en todos los juegos actúan los jugadores *como si*.

Segunda definición

«El juego es una acción o una actividad voluntaria, realizada dentro de ciertos límites fijos de tiempo y lugar, según reglas libremente consentidas, pero absolutamente imperiosas; acción que tiene su fin en sí misma, acompañada de un sentimiento de tensión y júbilo y de la conciencia de ***ser de otro modo*** *que en la vida real»*

En la primera definición había dicho Huizinga que el juego era acción libre; en la segunda dice que es voluntaria. Tal vez haya querido significar lo mismo, porque aparentemente se refiere a la libertad de la voluntad. Ahora bien, en este sentido, la libertad es la propiedad que tiene la voluntad de no estar determinada en sus actos, ni desde dentro ni desde fuera. Al acto libre precede una deliberación en la cual el entendimiento pesa los motivos que puedan inclinar a la voluntad en un sentido o en otro. En todo acto libre es necesario que la voluntad se decida sin estar determinada

irresistiblemente por ningún motivo, porque si no el acto no sería libre.

Sabido es que los deterministas admiten la influencia irresistible de los motivos y niegan por eso la libertad, porque suponen que la voluntad obra siempre determinada por algún motivo.

Habría que preguntarse, sin embargo, con respecto al juego infantil, si los niños someten el acto de jugar a previa deliberación, para averiguar si van a jugar o no. Jersild, especialista en psicología infantil, manifiesta sobre el particular lo siguiente:

«El juego del niño es una ocupación seria. Gran parte del trabajo de la infancia se hace por medio del juego; ésta es una actividad que realiza el niño ***porque la necesita****, porque es suficiente y remuneradora por sí misma.»*

Si el niño juega *porque necesita jugar*, entonces su acción lúdica no es libre, ya que está determinada por la necesidad, o sea por un impulso irresistible que hace que las cosas obren infaliblemente en cierto sentido.

Consciente Huizinga de esta objeción, sostiene que el niño y el animal juegan porque encuentran gusto en ello, *y en esto consiste precisamente su libertad*. Con lo cual hace consistir la libertad en el efecto placentero de su acción, desentendiéndose sagazmente de la determinación o indeterminación de ésta.

Por otra parte, conocemos el caso de jugadores que no pueden dejar de jugar, que están enviciados con el juego y que son capaces de jugarse hasta la camisa. El gran Dostoievski era un jugador así. René Fülop-Miller publicó al respecto un estudio titulado ***Dostoiewski am Roulette*** *(Dostoievski en la Ruleta*).

Estos jugadores, evidentemente, no son libres, por la imperiosa necesidad que los acicatea a jugar; el suyo no sería, pues, juego, ni ellos jugadores, puesto que lo que hacen está, no simplemente determinado, sino violentamente determinado. Podríamos tildarlos de neuróticos compulsivos; pero, desde luego, tanto el patologizarlos cuanto el trámite expeditivo de eliminarlos del área lúdica, se prestan a mucha discusión.

Al no mencionar Huizinga, en su segunda definición del juego, la desprovisión, atribuida en la primera, de todo interés material y de toda utilidad, admite tácitamente los juegos de azar y las apuestas.

Por otra parte, que la actividad lúdica se desenvuelva dentro de ciertos límites espacio-temporales y según reglas, esto vale naturalmente para muchos juegos, pero es inaplicable a otros; por ejemplo, el juego de la cometa, las palabras cruzadas, el rompecabezas, el sube y baja, el tobogán, el hula-hula, el bolero, etcétera.

Tercera definición

«El juego es una acción que se desarrolla dentro de ciertos límites de tiempo, espacio y sentido, en un orden visible, según reglas libremente aceptadas y fuera de la esfera de la utilidad o de la necesidad material. El estado de ánimo que corresponde al juego es el arrebato y entusiasmo, ya sea de tipo sagrado o

puramente festivo, según que el juego sea, a su vez, una consagración o un regocijo. La acción se acompaña de sentimiento de elevación y de tensión y conduce a la alegría y al abandono.»

Huizinga reintroduce, en esta definición, la supuesta desprovisión de lo utilitario, excluyendo, por consecuencia, los juegos de azar y las apuestas. Vuelve a cometer, pues, el error cometido en la primera definición e incometido en la segunda.

Finalmente, es cierto que en algunos juegos el jugador se arrebata y entusiasma; pero en otros no, como el ajedrez, que es un juego que llamaremos cerebral, de recogimiento y concentración.

El juego, según Caillois

El ludólogo francés Roger Caillois define el juego de la siguiente manera:

«El juego es una actividad: 1) ***Libre:*** *a la cual el jugador no podría obligarse sin que el juego pierda en seguida su naturaleza de diversión atractiva y alegre; 2)* ***Separada:*** *circunscrita a límites de espacio y tiempo precisos y fijados de antemano; 3)* ***Incierta:*** *cuyo desarrollo no podría determinarse, ni conocerse previamente el resultado, pues cierta lentitud en la necesidad de inventar debe obligatoriamente dejarse a la iniciativa del jugador; 4)* ***Improductiva:*** *que no crea bienes, ni riqueza, ni elemento nuevo de ninguna clase; y, salvo desplazamiento de propiedad en el seno del círculo de jugadores, acaba en una situación idéntica a la del comienzo de la partida; 5)* ***Reglamentada:*** *sometida a convenciones que suspenden las leyes ordinarias y que instauran una legislación nueva, que es la única que cuenta; 6)* ***Ficticia:*** *acompañada de una conciencia específica de realidad segunda o de franca irrealidad en relación con la vida corriente.»* (Caillois, ***Teoría de los Juegos***, 21-22.)

A juicio de Caillois, la actividad lúdica no es reglamentada y ficticia, sino reglamentada o ficticia. Muchos juegos no permiten reglas. Para jugar a las muñecas no hay reglas fijas ni rígidas; tampoco para jugar a los soldaditos, a los ladrones y celadores, a los bandidos, etcétera. Estos juegos suponen libre improvisación y atraen sobre todo por la permisión que tiene uno de desenvolverse en ellos *como si*, esto es, fingiendo. Dice al respecto Caillois que la ficción, el sentimiento de *como si*, reemplaza a la regla y cumple exactamente la misma función.

Más ordenado y cuidadoso que Huizinga, a quien por lo demás ha criticado con fundamento, Caillois no tiene ningún inconveniente en reconocer que su propia definición de juego es inaplicable a ciertos juegos, o en todo caso sólo imperfectamente aplicable; aludo, entre otros, al acertijo, el solitario, el tiovivo, el crucigrama y el columpio.

Clasificación de los juegos

Caillois ofrece también una clasificación de los juegos. Consciente de la dificultad que encierra semejante tarea, el ilustre ludólogo no pretende que reputemos por clasificación definitiva la suya[*]. Aprecie el lector lo arduo del designio, leyendo las consideraciones siguientes de Caillois:

«La multitud y variedad infinita de los juegos nos resultan a primera vista desesperantes cuando queremos descubrir un principio de clasificación que permita repartirlos en un pequeño número de categorías bien definidas.

«Además, presentan tantos aspectos diferentes como múltiples son los puntos de vista. El vocabulario corriente muestra bastante hasta qué punto el espíritu queda vacilante e incierto; de hecho, emplea varias clasificaciones concurrentes.

«No tiene sentido oponer los juegos de cartas a los de destreza, ni oponer los juegos de salón a los de estadio. En efecto, en un caso se elige como criterio de distribución el instrumento del juego, en el otro la cualidad principal que exige, en un tercer caso el número de los jugadores y el ambiente de la partida, y, en fin, en el último, el lugar donde se disputa la prueba.

«Además, y esto es lo que complica todo, hay juegos a los que se puede jugar solo, o con otros. Un mismo juego puede exigir varias cualidades a la vez, o no necesitar de ninguna. En un mismo lugar se puede jugar a juegos muy diferentes: el tiovivo y el diábolo, ambos son juegos al aire libre; pero el niño que disfruta pasivamente del placer de verse movido por las vueltas que dan los caballitos, no está en el mismo estado de espíritu que el que se emplea a fondo para recoger correctamente su diábolo.»

De los juegos recién dichos, informemos que el *tiovivo* es recreo ferial consistente en una máquina giratoria que arrastra caballitos de madera en los que se montan los niños; y el *diábolo*, un juguete en forma de carrete que se arroja al aire imprimiéndole un movimiento muy rápido de rotación.

«Por otra parte —agrega Caillois—, *muchos juegos se juegan sin instrumentos ni accesorios. A lo cual se añade el que un mismo accesorio puede servir para funciones dispares según el juego considerado: las bolas son en general instrumento de un juego de destreza, pero uno de los jugadores acaso pretenda adivinar el número par o impar de bolas que contiene la mano cerrada de su adversario, y entonces se convierten en el instrumento de un juego de azar.»*

Principales clases de juego

Caillois distingue cuatro clases principales de juego:

1) *agón:* son los juegos de competición, los juegos agonales o agonísticos, de enfrentamiento y lucha. Recuérdese, a este propósito, que la *agonía* es la lucha de la vida contra la muerte.

Los jugadores son rivales; antagonizan y contienden. Cuando el ludólogo

Huizinga dice, en *Homo Ludens*, que el juego arrebata y electriza, está pensando, indudablemente, en esta clase de juego.

2) *álea:* voz latina con que se designan generalmente los juegos de azar, y particularmente el juego de dados.

El juego agonal es reivindicación de la responsabilidad personal; el juego de azar, dimisión de la voluntad, abandono al destino. El jugador no hace más que aguardar, preocupado y tenso, la sentencia de la suerte. No trata, como el agonista, de vencer a un adversario; espera solamente ser favorecido por la fortuna.

3) *mimicry:* palabra del idioma inglés con que se designa el mimetismo, principalmente de los insectos. *Mimicry* es la acción y efecto de *to mimic*, simular, imitar, copiar, fingir, hacer *como si*.

Mimicry, mimetismo, mimo, derivan del griego *mimesis*, y éste de *mimeomai*, imitar, remedar.

Todo juego supone la aceptación temporal, si no de una ilusión, de un universo cerrado, convencional y, en ciertos aspectos, ficticio.

Entrar en el juego es una ilusión, al menos etimológicamente, puesto que *ilusión* significa entrada en juego: *in-lusio*. Bien dice Huizinga que jugar es *ser de otro modo* que en la vida real. El juego es un paréntesis en la cotidianidad.

El juego puede consistir, no en desplegar una actividad (*agón*), o esperar pasivamente el veredicto del destino (*álea*), sino en convertirse uno mismo en un personaje ilusorio y obrar en consecuencia *(mimicry)*.

El que juega, lo hace creyendo o haciendo creer a los demás que él es distinto de sí propio; se despoja pasajeramente de su personalidad y finge otra. Para lo cual se disfraza, se maquilla, se pone una máscara, una peluca, barba y bigote, un traje de vaquero o el atuendo de un mafioso; en fin, se des-figura y se re-figura e interpreta un personaje. Comienza entonces a actuar *como si*.

El niño, por ejemplo, finge ser soldado, policía, pirata, marciano; hace *como si* fuera un avión extendiendo los brazos e imitando el ruido del motor. Etcétera.

Pero los juegos de *mimicry* no se limitan al mundo infantil. También los adultos los juegan, cuando van a un baile de disfraces. Finalmente, la representación teatral entra por derecho propio en este grupo.

4) *ilinx:* voz griega que significa torbellino o remolino de agua; derivación de *ilinx* es *ilingos*, vértigo.

Los juegos de esta clase son vertiginosos y en muchos casos de gran riesgo; su propósito es destruir la estabilidad de la percepción e infligir a la conciencia lúcida una especie de pánico voluptuoso. Por el vértigo se trata de acceder a una suerte de espasmo o trance, a un aturdimiento que aniquila la realidad bruscamente.

La turbación que provoca el vértigo se ha buscado de antiguo. Baste citar a los derviches girantes, que en ejercicio orgiástico dan vueltas sobre sí mismos, con rapidez creciente, según vaya intensificándose el batir del tambor, que llega a ser precipitadísimo. Movimiento de rotación frenético que culmina en el éxtasis.

Saben muy bien los niños, por lo demás, que dando vueltas sobre sí mismos alcanzan un estado centrífugo de huida y escapada, tras el cual sólo lentamente vuelve el cuerpo a encontrar su posición, y la percepción su nitidez. Es actividad lúdica emborrachante y placentera.

Provocan sensaciones parecidas el tobogán, el sube y baja, el columpio, el tiovivo, el ascensor, el deslizamiento, la velocidad, la aceleración.

El esquí, por ejemplo, es *ilinx*, y también conducir el automóvil a cien kilómetros por hora, y después a ciento cincuenta y por último a doscientos. Lo que cuenta es la vertiginosidad y la turbación, el rapto y el trance, o para decirlo de una vez, el orgasmo, el gratísimo deliquio o desconcierto feliz.

En el *ilinx*, el jugador desconcierta a la conciencia, escapa a la tiranía de la percepción, destruye transitoriamente la estabilidad y el equilibrio de su cuerpo.

Las categorías lúdicas no son químicamente puras

Estas cuatro categorías lúdicas no son, desde luego, puras. *Agón*, por ejemplo, se relaciona con *mimicry* y tiene así mismo componente de vértigo. Hay una serie de combinaciones. Cuando Dostoievski jugaba a la ruleta (*álea*), lo hacía afanoso de asomarse a los abismos (*ilinx*). Zweig ha dicho, y muy justamente, que lo que buscaba Dostoievski en la ruleta era una intensa embriaguez nerviosa, una angustia pánica. Antes que dinero, quería frenesí.

«Ludus» y «paidia»

Cuando el juego se institucionaliza y, sometido a reglas, resulta fructífero para la cultura, conviene a él, propiamente, según Caillois, el término *ludus*. Pero hay otras manifestaciones lúdicas *anteriores*, de carácter espontáneo y que satisfacen una necesidad de distracción, relajación y fantasía. Son manifestaciones lúdicas improvisadas, fuente de entretenimiento y recreo.

El gato enredado con la madeja y el bebe que juega con la sonaja son las primeras manifestaciones identificables de esta actividad, que traduce una agitación inmediata y desordenada, espontánea, natural, como son las cabriolas, las volteretas, los brincos y la batahola. Constituyen, en fin, la clase de juegos que Caillois llama *paidia* (del griego *paidós*, niño).

De estas manifestaciones lúdicas inconvencionales se pasa a las convencionales, como son el juego del escondite, la gallina ciega, las muñecas, la cometa; en todos ellos hay que vencer ya una dificultad; aquí comienza *agón* y empieza *mimicry;* se juega a los soldaditos, a la guerra, a los bandidos.

Es interesante notar que los juegos de azar y los de vértigo suelen tener mala

prensa. No se les considera constructivos ni civilizadores.

En el caso de *álea*, porque *álea* es escarnio del trabajo; en el de *ilinx*, porque *ilinx* introduce el torbellino y la obnubilación, el bullicio y el trance, un principio de orgía, la anulación del yo circunspecto; introduce la intensidad desestabilizadora del placer; y de todo esto se recela en nuestra almidonada cultura, porque se atisba en ello un desafío a lo razonable y convencional, la presencia inquietante de la contracultura y la heterodoxia.

Observación final

Ningún ludólogo, ni Huizinga, ni Caillois, nadie ha ofrecido hasta ahora una definición absolutamente convincente del juego. Se le puede definir, poco más o menos, por la forma, pero cuando se intenta aprehender el fondo substancial del juego, fracasa el intento. Parece que la esencia del juego no es definible. No hay definición que pueda comunicarnos lo más puro, fino y acendrado del juego, su íntima naturaleza, su auténtica principalía. El juego es, pues, como la religión, la poesía o la vida misma: indefinible.

IV
Erich Fromm y el dogma de Cristo

El Dogma de Cristo, publicado por primera vez en Alemania en 1930, es un ensayo que pertenece al período estrictamente freudiano del autor. Fromm advierte que hoy son distintas sus opiniones concernientes al asunto, pero que a pesar de ello se ha resistido a alterar el contenido de su escrito, entre otras cosas por haberle sido imposible estudiar íntegramente el copioso material histórico publicado en los últimos treinta años.

Sin embargo, el tema es tan interesante y tan sugerente la interpretación, que su exposición está plenamente justificada. Cuanto más porque obras tan estimables como las de Werner y Brandon, lejos de desmentir la interpretación del psicólogo de Francfort, la confirman parcialmente e indirectamente la apoyan. (Aludo al libro de M. Werner, *The Formation of Christian Dogma*, y al de S. G. F. Brandon, *Jesus and the Zealots*.)

¿A qué se refiere la investigación?

«La presente investigación —escribe Fromm— *se refiere a un problema de psicología social estrechamente limitado, a saber, la cuestión concerniente a los motivos que condicionan la evolución de los conceptos acerca de la relación entre Dios Padre y Jesús desde los comienzos de la cristiandad hasta la formulación del credo de Nicea en el siglo TV.»*

Una fantasía colectiva con funcionalidad triple

Con la explicitud que suele, y antes de entrar propiamente en materia, nuestro autor caracteriza la religión manifestando que es una satisfacción que se obtiene en el reino de la fantasía; es la más antigua de las satisfacciones fantaseadas colectivamente. Y esta fantasía colectiva tiene tres funciones:

(1) Es un consuelo para toda la humanidad frente a las privaciones de la existencia.

(2) Un estímulo que permite a la mayoría de seres humanos hacer más llevadera la aceptación emocional de su situación de clase.

(3) Un alivio para el sentimiento de culpa que causa a la clase dominante el sufrimiento de los dominados.

Sentimiento de culpa que, como todos saben, no es muy grande. Aún más: generalmente no existe.

«Dios —dice Fromm— *es siempre el aliado de los dorminadores. Cuando estos últimos, que siempre son personalidades reales, se ven expuestos a la crítica, pueden apoyarse en Dios, quien, en virtud de su irrealidad, se limita a desdeñar la crítica y con su autoridad confirma la autoridad de la clase dominante.»*

¿A quiénes atrajo el mensaje cristiano primitivo?

A los pobres, al proletariado de Jerusalén, a los labradores, al grupo que veía negadas *«las oportunidades de vida»* de que habla Max Weber. Esta masa analfabeta, los *Am Ha-aretz* (literalmente, *«gente de la tierra»),* sentía odio profundo por los fariseos, y era por supuesto recíprocamente despreciada por esta ciudadanía urbana media.

Cuando la opresión romana llegó a ser insoportable, este movimiento fue cobrando mayores proporciones y hubo de manifestarse en intentos *políticos* de revuelta y liberación, y en toda clase de movimientos *religioso-mesiánicos*.

Existía, pues, una indudable convulsión social y las masas se iban tornando cada vez más extremistas; particularmente los sicarios desarrollaron una verdadera actividad terrorista; eran el ala izquierda de los celotes o *«celosos»* (por el gran *celo* con que profesaban sus principios) y usaban un puñal o *sica* y se les conocía por eso como *«hombres-puñal»*[*], según apunta Flavio Josefo en sus *Antigüedades Judaicas*. (En latín, *sicarius* procede de *sica*, puñal, y éste de *secare*, cortar, hender, tajar.)

«Raras veces —dice Kautsky— *el odio de clases del proletariado moderno ha alcanzado formas tales como las que alcanzó el odio del proletariado cristiano.»*

Los primeros cristianos y la cristología de la primera comunidad

Fromm señala de pasada el carácter fraterno y democrático de los primeros cristianos; *«el comunismo de amor»*, como lo llama Harnack.

«Los primeros cristianos —escribe Fromm— *constituían una hermandad de entusiastas oprimidos social y económicamente, que se mantenían unidos por un lazo de esperanza y odio.»*

¿Qué era lo que distinguía a los primeros cristianos de los demás campesinos y proletarios en su lucha contra Roma? No su actitud psíquica, ciertamente, pues era la misma; todos, en efecto, odiaban a la clase dominante y deseaban su caída y aniquilación.

«La diferencia entre ellos —explica Fromm— *no residía ni en los presupuestos ni en la meta y dirección de sus deseos, sino en la esfera en que procuraban cumplirlos.»*

Efectivamente, mientras los celotes y sicarios querían ver cumplidos sus deseos

en la realidad política, los primeros cristianos llevaron estos mismos deseos al campo de la fantasía. *«La expresión de esto* —dice Fromm— *fue la primitiva fe cristiana, en especial la primera idea cristiana referente a Jesús y a su relación con el Dios Padre.»*

La cristología de la primera comunidad puede resumirse así:

Jesús es un hombre escogido por Dios y elevado por él a la categoría de *«Mesías»* y luego a la de *«Hijo de Dios»*.

¿Qué significado tenía para los primeros cristianos la fantasía de un hombre agonizante elevado a la categoría de divinidad? Es una nueva formulación, dice Fromm, del antiguo mito de la rebelión del hijo.

La primitiva comunidad, grupo oprimido y sojuzgado, odiaba a las autoridades, a la *élite* que frustraba el goce de la vida que buscaban las masas. *«También debían de odiar* —agrega Fromm— *a ese Dios que era un aliado de sus opresores, que les permitía sufrir y ser oprimidos.»*

Pero, en el mundo real, no podían sublevarse contra la clase dominante, pues el fracaso habría sido inevitable. ¿Qué hacer, entonces? Pues trasladar esta situación a la fantasía y manifestar ahí, en el mundo fantástico, su hostilidad respecto a Dios Padre. Conscientemente, odiaban a las autoridades; inconscientemente, al dios paternal.

Jesús, elevado a la categoría de Dios, es un símbolo, según Fromm, de la hostilidad inconsciente que los primeros cristianos sentían por Dios Padre; *«pues si un hombre se podía convertir en Dios, este último quedaría privado de su privilegiada posición paterna de ser único e inalcanzable»*.

En resumen: el elemento principal de la fantasía cristiana primitiva es el desplazamiento del Padre por la identificación con el Jesús sufriente.

El cambio de la creencia primigenia y su porqué

Posteriormente, esta creencia de la primera comunidad experimenta un cambio. La creencia primigenia, la adopcionista, la de que Jesús fue un hombre elevado a la categoría de Dios, se transforma en esta otra: que Jesús siempre fue Dios, que era Uno con Dios pero distinto de Él, y que existió antes de toda creación.

¿Por qué se produjo este cambio? Fromm trata de ofrecer una respuesta basándose en el estudio de la gente que después creó ese dogma y creyó en él.

Dos son los puntos atendibles. En primer lugar, se produce un cambio en la estructura social de las iglesias cristianas. Sus adherentes ya no eran solamente judíos que creían inminente la segunda venida de Cristo; eran más bien sirios, griegos y romanos. Pero además de esta confluencia de diferentes nacionalidades, debemos notar que el cristianismo, formado principalmente por la clase popular, se había convertido también en la religión de la clase dominante; o por mejor decir, experimentó durante tres centurias esa transformación, lo cual naturalmente trajo

consigo un cambio en la actitud psíquica de sus miembros.

«El punto más importante —escribe Fromm— *es la desaparición gradual de las esperanzas escatológicas* [o relativas a la vida de ultratumba] *que habían constituido el centro de la fe y esperanza de la primera comunidad.»*

La creencia en la proximidad del Reino de Dios, en la inminencia de la Parusía o manifestación de Cristo, se va paulatinamente debilitando. Ya se cree cada vez menos en esa *presencia salutífera*, en esa *segunda venida* de Cristo.

«A partir de entonces —señala Fromm— *la carga del mensaje no estaba en el grito 'el Reino está próximo', en la expectativa que el Día del Juicio y el Retorno de Jesús llegarían pronto; los cristianos ya no miraban hacia el futuro o la historia, sino que más bien miraban hacia atrás. El hecho decisivo ya había ocurrido. La aparición de Jesús ya había representado el milagro.»*

Fromm subraya en su ensayo esta transformación del cristianismo, esta conversión de un movimiento de gentes humildes y oprimidas en religión de *élite*, de clase dirigente. Comunidad fraterna, inicialmente, el cristianismo se convirtió después en la Iglesia, imagen refleja de la monarquía absoluta del Imperio Romano.

La cristología eclesiástica sostuvo entonces, claro está, que Jesús no era, como se había dicho, un hombre elevado a la categoría de Dios, sino un Dios que se convertía en hombre. El Concilio de Nicea daría carácter dogmático a esta doctrina de Atanasio.

«El nuevo cristianismo —afirma Fromm— *cayó bajo el liderazgo de la clase dirigente. El nuevo dogma de Jesús fue creado y formulado por este grupo dirigente y sus representantes intelectuales, no por las masas.»*

Y así como la conversión de un hombre en Dios simbolizaba hostilidad para con el Padre, la *atanasiada*, por decirlo así, simbolizaba lo contrario: ternura y pasividad respecto al Padre. Cámbiase, pues, la satisfacción fantaseada y los cristianos aceptan *«la fantasía armonizadora del Hijo colocado junto al Padre por la libre voluntad de este último»*. Cambio teológico, dice Fromm, que es la expresión de uno sociológico, a saber, el cambio en la función social del cristianismo.

Las masas cristianas dejaron de culpar a los dirigentes, dejaron de odiarlos; los culpables ya no eran los miembros de la *élite*, sino los integrantes de la propia masa cristiana, esto es, los sufrientes, los oprimidos, los de abajo. El reproche contra Dios se había convertido en el reproche contra sí mismos. Esto de culparse a sí propios resultará, como resulta, estupefaciente, pero el hecho no tiene vuelta de hoja y en no escasa medida fue posible por obra de la Iglesia, pues fue ella la que acrecentó el sentimiento de culpa de las masas. *«Cultivó ingeniosamente* —dice Fromm— *la condición psíquica de la cual ella, y también la clase superior, obtuvieron una doble ventaja: la desviación de la agresión de las masas y la seguridad de su dependencia, gratitud y amor.»*

Fromm, que por cierto malquiere a la Iglesia, no por anticatólico, sino porque le revienta el autoritarismo eclesiástico, me recuerda a Schopenhauer, que igualmente la

desestimaba.

«La Iglesia Católica —decía Schopenhauer— *es una institución para mendigar el cielo, que por lo demás sería demasiado incómodo merecer; y los curas son los intermediarios de esa mendicidad.»*

Atanasio y Arrio controvierten

Fromm se ocupa, finalmente, de la controversia entre Atanasio y Arrio. Arrio rehusaba al Hijo dos cualidades: la eternidad y la identidad de substancia con el Padre. Decía que eran de substancia semejante (*homoiousios*). El Hijo, sostenía Arrio, no es coeterno con el Padre, sino que fue engendrado por Él, y en consecuencia no existía antes del engendramiento. *«El Hijo tiene un comienzo, pero Dios no.»* Atanasio manifestaba, contrariamente, que el Hijo era coeterno y consubstancial (*homoousios*) con el Padre.

La significación extrateológica del conflicto

Este conflicto, que aparentemente sólo tenía importancia teológica, era en el fondo el conflicto entre tendencias revolucionarias y reaccionarias.

«El dogma arriano —termina diciendo Fromm— *fue una de las convulsiones finales del primitivo movimiento cristiano; la victoria de Atanasio selló la derrota de la religión y de las esperanzas de los pequeños campesinos, artesanos y proletarios de Palestina.»*

Apreciación crítica

Dice Toynbee que lo distintivo del proletario es el saberse apartado de su lugar ancestral en la sociedad. El proletario está **en** la sociedad pero no es **de** la sociedad. Advertirlo origina en él un resentimiento que a su vez puede motivar una explosión de salvajismo o manifestarse en un movimiento religioso.

Repárese en que es ésta la explicación histórico-social que Fromm aplica; y no se piense que se la pidió prestada al historiador inglés, porque el *Estudio de la Historia* se publicó después que *El Dogma de Cristo*. Pues bien: Fromm superpone a dicha explicación una interpretación psicoanalítica, cuya premisa es la siguiente: la religión es una fantasía colectiva en la que se cumplen deseos insatisfechos. Analicemos esto.

Al considerar que la religión es un substituto de presiones libidinales, Fromm induce a pensar que la religión es el uso social que se hace de ella. Según este enfoque, la religión sería una huida de la realidad. Algunos sociólogos —Lipset, por ejemplo— respaldan en buena cuenta la tesis de nuestro autor cuando afirman que la

religión mejora presumiblemente las tensiones del sistema, de estratificación, pues desvía la atención que se dirige o pudiera dirigirse a tal sistema.

Al sugerir que la religión es el uso que se hace de ella, va implícita la afirmación de que lo que hoy pasa como religión no es lo que debiera. En otras palabras, que lo espurio ha suplantado a lo auténtico. Y tanto monta decir que los que se proclaman religiosos, así las autoridades como los fieles, se han apartado gran trecho y aun completamente de la doctrina original.

La religión, además, y hablando con mayor propiedad, la Iglesia, es un elemento obstante (y de los considerables) para que el pueblo logre su independencia psíquica. Pero a un tiempo que obsta este deseo de libertad interior, confiere una cierta medida de satisfacción a las masas para que se resignen más sencillamente a las muchas frustraciones que les depara la vida.

Si hoy echamos un vistazo a lo que se llama religión, habremos de convenir en que eso no es ni puede ser el fruto sazonado del sistema primigenio. Se trata más bien de una cierta mezcla abigarrada, con un gran fondo popular, donde junto a las devociones sinceras, pululan y cunden la taumaturgia y la magia, lo cual desvirtúa la fe y la va extinguiendo.

Veamos ahora cómo razona Fromm para explicar los deseos de los primeros cristianos.

Ante todo se ve obligado a imaginar varias transposiciones. Primero es el hijo que odia al padre; luego el odio se dirige a las autoridades sojuzgadoras, y como Dios es aliado de éstas, también Dios es odiado, aunque inconscientemente. Trastrocamiento posible como ocurrencia individual, pero difícilmente concebible como experiencia colectiva.

Se me dirá que el reparo no es pertinente, pues la psicología social estudia las tendencias del grupo, las características medias que son comunes a todos los individuos. Además, lo vinculante del trastrocamiento es su relación con la misma experiencia interna. Los distintos cambios no indican propiamente una serie causal, sino una conexión de episodios entrelazados por un mismo sentimiento.

De acuerdo; pero no es el proceso lo impugnable; lo inconvincente es generalizarlo a toda una colectividad. Fromm supone que la actitud de los primeros cristianos era homogénea, que compartían la misma preocupación por la realidad externa; pero también se ve en la necesidad de suponer que inconscientemente la primitiva comunidad funcionaba de la misma manera, con armonía de conjunto.

La primera proposición es verosímil, pero la segunda es incierta. Véase, si no, la vaguedad de esta afirmación: «*Todos debían de odiar a ese Dios* […].» Sin embargo, se podría argüir que si las reacciones conscientes del grupo son iguales, entonces no hay razón para estimar que las inconscientes no lo sean, salvo que parece raro que tal hecho acontezca; pero no hay ley natural que impida que las cosas que parecen extrañas sucedan.

Sea como fuere, el problema no es sencillo; y la interpretación de Fromm,

evidentemente opinable, es atractiva.

Comentando el propio autor su trabajo, veintitrés años después de haberlo publicado en Alemania, dice seguir creyendo que la función social de la religión cumple el doble propósito de ser un substituto de satisfacciones reales y un medio de control social. Y agrega que *«hoy destacaría también la opinión (que ya entonces tenía) que la historia de la religión refleja la historia de la evolución espiritual del hombre»*.

V
La elección de pareja

El tema de la pareja está lleno de lugares comunes, esos *«villanos lugares comunes»* a los que se refería Blanco-Fombona; frases hechas, expresiones trilladas, declaraciones romanticonas o romanticoides y venta de ilusiones. Es muy corriente que al hablar de la pareja se prodiguen tonterías y se refuercen o se traten de reforzar creencias deleznables.

Puesto que yo no me complazco en repetir inepcias y tampoco soy vendedor de ilusiones, o como decía González Prada, *«mercachifle de felicidad pública»*, voy a ocuparme de la pareja seriamente, objetivamente. Recuerdo, a este propósito, uno de los «Poemas Humanos» de César Vallejo, aquel que dice:

«Considerando en frío, imparcialmente, / que el hombre es triste, tose y, sin embargo, / se complace en su pecho colorado; / que lo único que hace es componerse / de días; / que es lóbrego mamífero y se peina…»

Pues bien: considerando en frío, imparcialmente, lo que es la pareja, ¿qué es lo primero que vemos, lo primero que comprobamos, o que *constatamos*, como dicen los amigos de la galiparla?

La primera comprobación

Lo primero que comprobamos es que la elección de pareja es generalmente un error. Los electores se equivocan casi siempre. Claro que esto al principio no se nota porque existe el fenómeno del enamoramiento, que como todos saben es una etapa en que la pareja pierde el seso y tiene un régimen atencional anómalo y en que cada uno ve en el otro solamente perfecciones, o cree verlas. Después, cuando amaina el temporal, aparecen las imperfecciones y entonces viene lo bueno.

¿Y sin enamoramiento?

Se podría pensar que sin enamoramiento no habría equivocación, o la habría en menor medida. Yo me permito dudar de esto. En realidad, el enamoramiento no causa el error, sino que lo agrava, lo amplifica. Sin enamoramiento, también se cometería la equivocación, aunque naturalmente sería menos llamativa y espectacular. Con enamoramiento, suele ser aparatosa, miguelangelesca.

Y conste: se trata de una equivocación, de un desacierto, de un error persistente y pertinaz. Y aunque es verdad que errar es humano, según reza la antigua sentencia: *«Errare humanum est»*. Convendría en este caso citar la segunda parte de esa

sentencia, que nunca se cita, porque no conviene, y que dice: *«perseverare autem diabolicum»*, pero es diabólico perseverar en el error. Y justamente en la elección de pareja se trata de eso, de la perseverancia de un error.

El porqué de tanta equivocación

Preguntémonos, pues, por qué se equivoca tanto y tan repetidamente el ser humano al emparejarse; qué le pasa a este lóbrego mamífero que se peina, como decía Vallejo.

Tratemos de averiguarlo rápidamente.

Hay un hecho incontrovertible, ya señalado por Lorenz y otros científicos de la Escuela Etológica contemporánea, y es la extraordinaria desproporción entre lo que ha logrado el hombre en relación con el dominio de la naturaleza y la conquista del espacio exterior, y lo que ha logrado respecto al conocimiento de sí propio y al conocimiento de los demás y a las relaciones con los demás.

El hombre ha sido capaz de irse a la Luna, lo cual fue una hazaña, pero en sus relaciones interpersonales sigue siendo un ser primitivo. Se ha ido a la Luna, sí, pero en lo otro está en la luna de Paita. En nuestras relaciones interpersonales, y por ende en nuestros emparejamientos, seguimos siendo una nulidad.

Una incapacidad desconcertante

Hay en el hombre, en este sentido, una desconcertante incapacidad de aprender. El hombre no aprende a conocerse a sí mismo, no aprende a conocer bien a los demás, se relaciona en general mal y se empareja en particular peor.

Los etólogos sostienen que ello se debe a que el comportamiento del hombre para con sus semejantes está determinado, no tanto por el aprendizaje, cuanto por los factores hereditarios o componentes innatos o elementos de fábrica.

La programación genética —léase la fábrica— nos impone, pues, límites muy precisos cuando se trata de lo que nos concierne íntimamente y de lo que concierne a nuestras relaciones con los demás.

Naturaleza y artificialeza

Sé perfectamente que a la gente le encanta forjarse ilusiones y vivir en un mundo ficticio, aferrada a la creencia del *«¡Tú sí puedes!»* o al disparate mayor de que *«El cielo es el límite»*.

Pero la realidad es distinta y sobre todo la programación genética. Hoy se calcula que lo que traemos de fábrica equivale a un ochenta por ciento de lo que somos. Somos, pues, mayoritariamente *naturaleza*, y minoritariamente, *artificialeza*, vale

decir, cultura.

Hay casos excepcionales en que la gente, *a pesar del ochenta por ciento*, le enmienda la plana, por decirlo así, a la programación genética y logra cambiar. Pero el noventa y cinco por ciento de la humanidad no cambia, *precisamente por el ochenta por ciento*.

Hallazgo sensacional

Por otra parte, recientes investigaciones del cerebro han demostrado que *el cerebro de la mujer es anatómicamente diferente del cerebro del hombre*.

Los investigadores Lacoste-Utamsing y Holloway descubrieron a principios de la década de 1980, hace pues muy pocos años, como quien dice ayer, y casi por casualidad, que *la parte posterior del cuerpo calloso es más ancha y más larga en la mujer*. Esto significa que *el cerebro femenino está menos lateralizado y menos rígidamente organizado que el cerebro masculino*.

Huelga decir que las repercusiones de este sensacional hallazgo habrán de ser considerables tocante a la interacción de los sexos, en general, y particularmente tocante a la elección de pareja.

Confesión final

Suponer, como acaba de suponer el dicente, que habrán de ser considerables las repercusiones del sensacional hallazgo, es un *wishful thinking* del tamaño de una catedral; es decir, una creencia fundada más en los deseos que en los hechos.

No; la verdad es que *no habrán de ser considerables*.

El ser humano, desde tiempo inmemorial, se dedica con asiduidad digna de mejor causa a ignorar todo lo importante.

VI
Prostitución al aire libre

La prostitución al aire libre, fuera de toda habitación y resguardo, es una variante prostitucional de la que por primera vez tuvimos noticia en 1970, cuando el periodista Manuel Jesús Orbegozo informó de ella denunciatoriamente en el diario *El Comercio*, llamando «Pampones del oprobio» a los corrales grandes *o pampones* donde se ejercía.

Cuatro años después hubo otra denuncia, y muy posteriormente, en 1996, cuando se supo que la putería al aire libre se practicaba a la vista y paciencia de todo el mundo en las inmediaciones de nuestro primer aeropuerto, el Canal 4 le dedicó un informe pintoresco y truculentoide que causó la indignación vociferante de los campeones de la moralina.

Bien; pero mejor vayamos por partes y cucharadas.

Orbegozo manifestaba entonces, hace alrededor de cuarenta años, entre otras cosas lo siguiente:

«La pampa más conocida es la que queda a espaldas del Depósito de la firma comercial 'Sears', a dos o tres metros sobre el nivel de la carretera a Chosica, y muy contigua al Hospital San Juan de Dios.»

En la otra denuncia, en la de 1974, firmada por Jorge Ortega Negreiros y que se publicó en *7 Días del Perú y del Mundo*, el denunciante se expresaba así:

«El espectáculo es de todos los días: inmundas covachas, levantadas con adobes y desperdicios, y las 'Bocas pintadas' que exhiben su 'mercadería' a sus clientes con gestos y ademanes lascivos.»

Después, el autor determina de modo preciso el sitio del espectáculo:

«Lo que narramos se puede ver a diario en las cercanías de la urbanización Los Sauces, en la margen izquierda de la Panamericana Sur. Ahí, frente al último paradero de la Línea 55*, hay unos matorrales que se extienden sobre terrenos que pertenecieron a la antigua Hacienda Vásquez.»*

Imaginarán fácilmente los lectores que el trámite copulatorio, tanto en covachas cuanto al aire libre, era siempre breve y rápido, expeditivo.

Las «pampayrunas»

Antecedente mucho más antiguo que los recién dichos es el incaico. Dejemos que Garcilaso nos informe debidamente sobre el particular.

«Resta decir de las mujeres públicas, las cuales permitieron los Incas por evitar mayores daños. Vivían en los campos, en unas malas chozas, cada una de por sí y no juntas. No podían entrar en los pueblos por que [para que] *no comunicasen con las*

otras mujeres.

«Llámanlas 'pampayruna', nombre que significa la morada y el oficio, porque es compuesto de 'pampa', que es plaza o campo llano (que ambas significaciones contiene), y de 'runa', que en singular quiere decir persona, hombre o mujer, y en plural quiere decir gente.

«Juntas ambas dicciones, si las toman en la significación de campo, 'pampayruna' quiere decir gente que vive en el campo, esto es, por su mal oficio; y si las toman en la significación de plaza, quiere decir persona o mujer de plaza, dando a entender que, como la plaza es pública y está dispuesta para recibir a cuantos quieren ir a ella, así lo están ellas y son públicas para todo el mundo. En suma, quiere decir mujer pública.» (***Comentarios***, Libro IV, capítulo 14.)

Juan José Vega cuestiona seriamente las aseveraciones de Garcilaso y dice que éste incurrió en confusión. *«Lo más probable* —afirma Vega— *es que Garcilaso confundiera con prostitutas a las mujeres livianas, ligeras o sencillamente libres, que las hubo en el Incario, como en el resto del mundo.»* (Juan José Vega, "Una confusión de Garcilaso: la prostitución en el Incario". *Tipshe*, Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional Federico Villarreal. Lima, 2000, 1:1, 100.)

Factores

Considero que hay cinco factores, o elementos, o causas, de la prostitución al aire libre; a saber: 1) la inmediatez; 2) la desrutinización de la vida sexual; 3) el atractivo del peligro; 4) el atractivo de lo bajo; y 5) la baratura.

La inmediatez

La ventaja de la inmediatez es una de las principales del quehacer ambulatorio, de la acción al paso. El acceso pronto y rápido, sin trámites ni papeleos, sin colas interminables, sin puertas que se abren y que se cierran, todo ello constituye el primer atractivo de la prostitución al descubierto y se aviene perfectamente con el hecho de que la urgencia sexual demanda de una satisfacción inmediata e impostergable.

Robert Lindner, autor de *Rebelde sin Causa*, y además psicoanalista, ha dicho que el psicópata no puede esperar. Ahora bien: la persona dominada por el impulso sexual, poseída por eros, presenta características psicopáticas de conducta, aunque por lo demás se trate de una persona normal. La prostitución al aire libre facilita esta demanda premiosa de la *libido*.

La desrutinización de la vida sexual

La prostitución a cielo abierto atrae también a quienes desean sacudirse de la rutina sexual, que es inevitable entre cónyuges y que termina siéndolo en parejas no maritales si la relación se prolonga demasiado.

De suerte que en lugar de copular entre cuatro paredes y sobre una cama, los rutinizados, convenientemente movidos por ánimo desrutinizante, buscan copulaciones diferentes por el lugar de su realización; verbigracia, en el suelo, en un pampón, o en una zanja, o en la punta del cerro, o quizá, selváticamente, en una canoa, en las llamadas *«canoas del placer»*, acerca de las cuales publicó *La República*, hace varios años, un informe bien documentado, con fotos y todo.

Los buscadores más osados de novedades tratarán de imitar a los mongoles, que son grandes jinetes, diestrísimos, para quienes es solencia copular mientras cabalgan.

El atractivo del peligro

Muchas personas se sienten atraídas por el peligro y verdaderamente lo ansian; cuanto mayor sea el peligro, tanto mejor para ellas.

La prostitución de los pampones, al aire libre, es evidentemente peligrosa por ser foco patógeno indubitable y forma primaria de expresión sexual. Desconócense absolutamente en ella hasta las reglas más elementales de higiene.

Pero esto, curiosamente, no resulta un disuasivo, sino al contrario, un atractivo para mucha gente, que con la misma irresponsabilidad con que se revuelca en el suelo con una puta pampera o pampeña, estaría igualmente dispuesta a jugar a la ruleta rusa, justamente porque es un juego peligrosísimo, de vida o muerte.

En la clasificación de los juegos, expuesta por el ludólogo francés Roger Caillois, el de la ruleta rusa y el de la copulación a cielo descubierto, serían una combinación de *álea*, juego de apuesta, y de *ilinx*, juego de vértigo y gran riesgo.

El atractivo de lo bajo

Hay un hecho, perfectamente acreditado por la ciencia y por la historia, y por la misma experiencia de tantísima gente, y que consiste en sentirse atraído por la degradación y la bajeza, por el encanallamiento de la existencia; es la fascinacíon que ejerce o que puede ejercer el lodo, el fango, el abismo y la sima.

Y esto lo han sentido grandes literatos y artistas. Un novelista inmenso como Flaubert se sentía atraído por lo bajo. A juicio de Flaubert, en lo bajo existe lo sublime. Toulosse-Lautrec es al respecto otro ejemplo aducible, y un poco de lo mismo, o un mucho, se puede descubrir también en el gran Dostoievski.

Lo bajo de la prostitución al aire libre, su increíble sima, es precisamente un atractivo para mucha gente, no un disuasivo. Gente o acaso gentío que conforman los

buscadores de lo inusual, que así como sesionan con una puta de pampón, buscan después el equivalente barrioaltino o bajopontino de «Lulú, la Pata de Palo», mentadísima ramera francesa cuyo caso ha referido el ilustre juez del Sena, Marcel Sacotte, y que tiene, en efecto, una pata de palo, una prótesis lignaria, una pierna de madera, y por esto solo es muy solicitada y su público es cada vez más considerable.

La baratura

Finalmente, esta forma de prostitución, a campo raso y a la intemperie, es barata; el cliente abona a la ofertante cinco soles, y como dicen los mozos de restaurante:

«¡Sale caliente!»

Cinco soles, empero, no es tan barato. Uno puede comprar con cinco soles, o para ser exactos, con cinco soles y cuarenta céntimos, tres menús completos en un Club de Madres.

¿Qué será preferible, oh, caros lectores, una vaciadita rapidol en un pampón, o tres menús bien despachados?

Yo preferiría esto último, claro está, pero advierto a un tiempo que *«de gústibus et colóribus non est disputándum»*.

VII
El Efecto Colón

"Se conocían demasiado para tener
esos arrebatos de la posesión
que centuplican el goce"
(Flaubert, *Madame Bovary*, 341.)

La atracción de la novedad

La emoción de descubrir tierra incógnita, el deslumbramiento por la tierra nueva recién descubierta, el interés del hallazgo, la atracción de la novedad, el acicate de lo distinto, todo esto, como sabemos, lo vivió Colón. El suyo fue, pues, un estado emocional de intensa excitación y júbilo; lo que los psicólogos llaman *elación* y Hobbes llamaba *gloria*.

La familiarización

Pero a medida que Colón se fue familiarizando con lo que había descubierto, su entusiasmo inicial fue paulatinamente decayendo, porque uno no se deslumbra ni se entusiasma ante lo que ve todos los días y a cada rato.

La familiaridad y la cotidianidad, lo usual, lo sólito, lo que en Polinesia llaman *noa*, hace que nuestro interés decrezca y apenas es probable que nos mueva vivamente lo que ya conocemos y poseemos, aquello a lo que estamos acostumbrados.

Recuérdese, a este propósito, la virtud redondeante de la costumbre. Dice muy bien José Ferrando, en su libro *Panorama hacia el Alba*, que la costumbre redondea las cosas, las lubrica y desarista, las pone lisas y parejitas, sin bordes ni puntas, sin elevaciones.

Ejemplo extrasexual del Efecto Colón

El Efecto Colón se echa de ver prácticamente en todos los dominios y terrenos, pero sobre todo en el terreno sexual, donde se le aprecia con meridiana claridad. Sin embargo, veamos primeramente un ejemplo extrasexual de este fenómeno.

En la autobiografía de Richard Leakey, recién leída por el que esto escribe, dice el paleontólogo de Kenia, tal vez el paleontólogo más famoso del mundo y cuyos hallazgos, como saben todas las personas cultas, es decir, las que me leen, y cuyos

hallazgos, digo, han sido sensacionales, en la autobiografía de este personaje, repito, leemos que Leakey desenterró su primer fósil cuando tenía seis años de edad.

«Aquella —refiere Leakey— *era la primera vez que sentía la incomparable sensación de descubrir algo que llevaba sepultado cientos de millones de años.»* (Leakey, *Richard E. Leakey*, 29.)

Sin embargo, en el mismo párrafo, Leakey confiesa lo siguiente, y esto me parece fundamental. Dice:

«La sensación que se experimenta al hallar un fósil ya no representa una novedad para mí.»

Claro, después de tantos años de estar desenterrando fósiles todos los días, Leakey ha sido víctima, no podía dejar de ser víctima, tenía que ser víctima, del Efecto Colón.

El Efecto Colón en el terreno sexual

Decía que el Efecto Colón se observa clarísimamente en el terreno sexual. Y así es, efectivamente. Por ejemplo, la frecuencia coital de las parejas recién casadas tiende a ser considerable durante los primeros meses de vida marital, pero luego disminuye, y cada vez más.

El hombre se desinteresa primero y con mayor rapidez, pero la mujer también se desinteresa. Los sexos difieren al respecto cuantitativamente, no cualitativamente.

Dos son las causas explicativas del desinterés sexual.

La primera es que el estímulo erótico desgasta fácilmente; el estímulo erótico es, entre todos los estímulos, el que se desgasta con mayor facilidad y prontitud.

La segunda causa es que la relación de pareja implica la familiarización de la pareja, y cuando ésta les casada, la familiarización de los cónyuges; y la familiarización antierótica.

El antropólogo Westermarck explicaba así la prohibición del incesto, ya que una persona a quien vemos todos los días desde nuestra más tierna infancia no nos resulta, normalmente, erotizante.

Frecuentar en el terreno erótico a una misma persona, tratarla repetidamente, familiarizarse con ella, conocerla de memoria, todo esto arruina el encanto de la noveda. Flaubert lo sabía muy bien y por eso dijo en *Madame Bovary* lo siguiente, en la segunda parte, en la página 242 de la edición de Consuelo Berges publicada por Alianza Editorial:

«Emma era como todas las amantes, y, al caer como un vestido el encanto de la novedad, dejaba al desnudo la eterna monotonía de la pasión, que tiene siempre las mismas formas y el mismo lenguaje.»

Eros podría decir de sí propio lo que decía César de los galos: *«novarum rerum cupidus»:* ansioso de cosas nuevas, de nuevas experiencias e impresiones. Eros se

nutre de la variación y ama las primicias.

¿Cómo solucionar el Efecto Colón?

No es ésta la primera vez que me ocupo del Efecto Colón, ni será la última; y siempre que pongo sobre el tapete este asunto, la gente pregunta: ¿Cómo solucionar el Efecto Colón?

La respuesta es llana, directa, simple y, además, rimada:

Para el Efecto Colón no hay solución.

Hay sí, paliativos, y se le puede contrarrestar por algún tiempo, pero solución, lo que se llama *solución*, no hay.

No hay solución porque no es un problema, y no es un problema porque el Efecto Colón es inherente al fenómeno erótico, le es consubstancial, connatural.

Desde la arrechura más pedestre hasta los refinamientos exquisitos de la voluptuosidad, el erotismo es siempre intenso y fugaz, conmocionante y pasajero; pero como el estímulo que lo produce es muy desgastable, si éste no se renueva, entonces aquél decae, agoniza y muere.

Decadencia, agonía y muerte que el matrimonio monogámico favorece y acelera. La monogamia no refuerza, pues, el vínculo sexual; al contrario, lo afloja y puede acabar con él. El sexo erótico no se aviene con el sexo reproductivo.

El erotismo no es encasillable en el matrimonio, y esto seguirá siendo así hasta que se descubra la fórmula en cuya virtud la familiaridad deje de ser eróticamente inhibitiva. Lo cual, desde luego, y digámoslo con expresión enérgica y pueblerina, no ocurrirá *jamás de los jamases*.

El Efecto Colón y el amor

Por otro lado, la presencia del Efecto Colón no significa que uno ya no ame a su pareja. Uno la puede seguir amando y queriendo y respetando; sólo que ya no la habrá de desear como antes; y no porque haya una tercera persona de por medio; no; sino por el carácter muy desgastable del estímulo erótico y por la familiarización.

Normalidad patente del Efecto Colón

Que los estímulos —eróticos o no— carezcan hoy de la eficacia que ayer tuvieron, y que por lo tanto ya no nos muevan como antes, es un acontecimiento inevitable y enteramente comprensible y perfectamente normal. No es, pues, un problema, ni tiene por qué ser un drama, ni mucho menos una tragedia.

En realidad, lo preocupante sería que el Efecto Colón no se produjese; eso sería

raro y anormal, inclusive asombroso.

Palabras finales de Anatole France

«No me preocupa saber si lo que has visto te ha gustado —dice Anatole France—; *me basta que sea la verdad. La ciencia no se cuida de agradar o desagradar. Es inhumana. No es ella, sino la poesía la que encanta y consuela. Por eso la poesía es más necesaria que la ciencia.»*

VIII
Voz bella de algunos personajes, o por lo menos voz muy agradable; además, ejemplario de otras clases de voz

Óscar Wilde [1854-1900]

«En el mismo año postrero [en 1900], *su conversación fue más animada, más graciosa, más viva que nunca, y con un radio de pensamiento y una intensidad espiritual mayores que antes. Improvisador nato, en un momento os deslumbraba, como un fuego de artificio, y os despojaba de todo juicio personal Un fonógrafo hubiese revelado la verdad; a saber, que gran parte del hechizo era físico: conversación tramada principalmente de paradojas, centelleante efervescencia del pensamiento sostenida por el resplandor de los ojos vivos, los labios sonrientes y* ***la voz musical****.*

«[…]; y cuando todo el mundo sonreía divertido, he aquí que los hermosos ojos de Óscar parecían ahondarse, volverse hacia adentro, y ***la bella voz melodiosa*** *se elevaba a un diapasón más grave y daba comienzo a una historieta,* […].

«[…] *Cuando narraba, jamás imitaba a sus personajes; el carácter dramático de sus historias no provenía del choque de los caracteres, sino del pensamiento,* ***la melodía de la voz cadenciosa****, el brillo de los ojos, bastaban a fascinar al espectador, y siempre, y por encima de todo, el humorismo coruscante, que hacía de sus monólogos verdaderas obras de arte.»*

(Frank Harris, *Vida y Confesiones de Óscar Wilde.* Segunda edición. Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1951, 367-369.)

Henri de Toulouse-Lautrec [1864-1901]

«El timbre de su voz era muy agradable; le llamaban 'La voz de oro' y su lenguaje era tan colorido como sus pinturas.»

(Eunice Castro, «Henri de Toulouse-Lautrec: la historia de su vida; segunda parte». *Vanidades;* 2007, 47:18, 28 de agosto, 80b.)

«Cuando comienza a hablar puede continuar hasta el amanecer. Puede comparársele a un valioso instrumento que suena ante la menor vibración. El más leve estremecimiento consigue levantar de su espíritu las capas que ocultan vetas de

oro; su conversación se llena de colorido y su alma centellea; una imagen sigue a otra y, en fin, a una comparación inesperada otra la sustituye.»

«Se ha hablado mucho sobre el arte y la manera que tenía Lautrec para expresarse; era un estilo tan propio y tan convincente que poco a poco lo aceptaban los que le rodeaban. Siempre que habla, aparece en él el clásico meridional, aunque no en su forma exterior ni en su entonación; estos signos los ve complacido en los demás, sin darse cuenta de que él mismo habla maravillosamente bien; su estilo penetra e ilustra. Muchas de sus ocurrencias están todavía en boga, aun cuando otros se las atribuyan. En sus charlas; señala la parte cómica de un acontecimiento; con frecuencia suprime verbos o partes no esenciales de la frase, lo cual parece a veces ejercicios de precisión; y si le es posible, procura expresar un hecho o un estado de ánimo por medio de un sustantivo. La persona que habla y pretende hablar siempre de esta manera, ha de poseer una inmensa riqueza léxica para conseguirlo. Nosotros hoy en día no podemos imaginarnos la fuerza de convicción y el colorido de su lenguaje, pues no contamos con la época de entonces, las circunstancias, su entonación y su rostro. Se dice que en aquello que exponía a sus amigos se encontraba un Óscar Wilde [*], *y lo mismo se decía de Stéphane Mallarmé. Se han perdido muchos valores al no haber podido conservarse la mayoría de las charlas de Lautrec.»*

(Gotthard Jedlicka, *Toulouse-Lautrec*. Madrid, Ediciones Rialp, S. A., 1965, 82, 93-94.)

Joseph Goebbels [1897-1945]

«Como orador, Hitler tenía defectos notorios. El timbre de su voz era estridente, muy diferente del bello tono de la voz de Goebbels.»

(Alan Bullock, *Hitler*. Cuarta edición. Barcelona, Ediciones Grijalbo, S. A., 1971, I, 391.)

Coda

Montaigne y Balzac tenían buenas voces, por lo sonoras, pero no eran voces bellas. La de Montaigne, dice Gide, era *«voz alta y sonora»*, y el autor de los famosos ***Ensayos*** *«hablaba con facilidad y siempre con vehemencia, agitándose mucho al hablar»*. (André Gide, *El Pensamiento Vivo de Montaigne*. Segunda edición. Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1944, 13.) Balzac, según Gautier, «poseía una voz llena, sonora, metálica, de un timbre rico y potente, que sabía moderar y hacer suave en caso necesario». (Teófilo Gautier, *Madama de Girardin y Balzac*. Buenos Aires, Editorial Glem, 1943, 126-127.)

La voz del héroe Miguel Grau no se correspondía con sus facciones. Don Manuel González Prada se refiere a este punto en los términos siguientes: *«Su cerebro discernía con lentitud, su palabra fluía con largos intervalos de silencio, i su voz de timbre femenino contrastaba notablemente con sus facciones varoniles i toscas.»*

(Manuel González Prada, *Obras*. Prólogos y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima, PETROPERÚ, Ediciones Copé, 1985-1989,1, 83.)

Una de las acepciones del adjetivo *sordo* es *«que suena poco o sin timbre claro»*. Pues bien: la voz de Fiódor (Teodoro) Mijáilovich Dostoievski, el gran novelista ruso, era *«levemente sorda»*, dice su biógrafo Ricardo Baeza, *«y un tanto estridente y chillona cuando se irritaba»*. (F. M. D., *Las Pobres Gentes / Prohartchin*. Traducción de Fernando B. Martos. Nota Preliminar de Ricardo Baeza. Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1945, 46.)

Mozart tenía voz de tenor y un hablar quedo, o sea tranquilo, sosegado y quieto; quietud que sólo ocasionalmente se interrumpía cuando los ensayos orquestales no eran de su complacencia; entonces profería una exclamación. (*Cf.* Arthur Hutchings, *Mozart.* Barcelona, Salvat, 1986, 21.)

Nietzsche hablaba también suavemente. *«Su risa era leve* —dice su amiga, Lou Andreas Salomé—, *y nunca al hablar elevaba el tono.»* (Lou Andreas Salomé, *Nietzsche.* Cuarta edición. Madrid, Grupo Cultural Zero, 1986, 37.)

«Penetrante y chillona», dice Korsi, era la voz de Cléo de Mérode, famosa bailarina de la *Belle Époque*, ante cuyos encantos sucumbió enamoradísimo Leopoldo II, de Bélgica. (*Cf.* Demetrio Korsi, «Una entrevista con Cléo de Mérode». *Mundial*, 1931, 11:554, [41].)

Voz aguda era la de Abraham Valdelomar, una voz atiplada, aflautada. *(Cf.* Luis Alberto Sánchez, *Valdelomar o La Belle Époque*. México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 10, 87.)

Voz desapacible fue también la de José Carlos Mariátegui, y acaso más desagradable que la de Valdelomar, porque llegaba a ser chillona. (*Cf.* Luis Alberto Sánchez, *Testimonio Personal. Memorias de un peruano del siglo XX*. Lima, Ediciones Villasán, 1969, I, 296.)

El historiador francés Jules Mancini, en su obra *Bolívar et l'Emancipation des Colonies Espagnoles*, dice que el Libertador tenía *«voz aguda y sonora»*. ***(Cf.*** R[ufino] Blanco-Fombona, *Mocedades de Bolívar. El héroe antes del heroísmo*. Lima, Ediciones «Libertadores de América», S. R. Ltda., 1983, 111.)

Tiple es la más aguda de las voces humanas, propia especialmente de mujeres y niños. Enrico Ferri (1856-1929), criminalista y político italiano, tenía una voz aguda y sopránica, tiplesca o atiplada y recordatoria de la que caracterizaba a los cantantes castrados de la Capilla Sixtina.

«Ferri es un orador extraordinario —dice Ingenieros—, *es el talento en acción. Tiene un físico altivo, hermosamente dominador. Su voz está poblada de inflexiones que dan todos los matices de la pasión, no obstante su timbre atiplado, más propio de*

Capilla Sixtina que de asamblea revolucionaria». (José Ingenieros, *Italia en la Ciencia, en la Vida y en el Arte*. Valencia, F. Sempere y Compañía, Editores, [s. a. (*circa* 1908)], 46.)

En el retrato unamuniano —muy bien hecho— que nos ha dejado José María Salaverría, leemos, *inter alia*, lo que sigue:

«*Habla* [don Miguel de Unamuno] *con voz bien timbrada, algo aguda; mira de frente y con un poco de énfasis observador; y se advierte en todo él una voluntad constante de compostura en el ademán externo del individuo.*» (Citado por Martín Alonso, *Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo*. Quinta edición. Madrid, Aguilar, S. A. de Ediciones, 1960, No. 411, p. 763.)

IX
Muerte y valentía

Después de treinta años he releído el libro de Carrel acerca del ser humano.

El doctor Alexis Carrel fue Premio Nobel de Medicina en 1912 y la obra recién dicha tuvo considerable acogida y enorme difusión hace medio siglo.

El caso de Mussolini

Dice Carrel, hablando de la talla, que en general los individuos más sensibles, despiertos y resistentes, no son grandes; y otro tanto ocurre con los hombres de genio: Mussolini era de talla mediana y Napoleón era pequeño. Así se expresa Carrel en el tercer capítulo de su libro; y en el séptimo, al referirse a *«los grandes conductores de pueblos»*, menciona particularmente a tres: César, Napoleón y Mussolini.

El ilustre científico francés admiraba a Benito Amilcare Andrea Mussolini, y lo admiraba tanto, que lo tuvo por genio.

Yo he leído dos biografías de Mussolini: la de Margherita Sarfatti y la de Giovanni de Luna; y además las conversaciones entre Mussolini y Emil Ludwig.

Mi impresión, en resumidas cuentas, es que Mussolini era talentoso y audaz, pero no genial.

Tres fueron, a juicio de Sarfatti, las características de su personalidad: la *ambición*, la *grandeza* y el *desprecio*.

La grandeza era para Mussolini metro y esencia, aunque al final no supo ser grande.

No habremos de pedir, ciertamente, a todos los jefes y caudillos de nombradía, grandeza en el acabamiento, pero sí consecuencia, porque de lo contrario no sería la suya terminación digna ni condigna.

A lo que voy es a esto: por haber profesado Mussolini el culto de la virilidad, debió tener un final acorde con esa profesión: un final de macho. Pero no; cuando los guerrilleros de la Resistencia lo prendieron, Mussolini se acurrucaba, escondiéndose, en el fondo de un camión de las fuerzas armadas alemanas.

El acabamiento esperable de Lope de Aguirre

Así no terminan los valientes. Los valientes terminan como Lope de Aguirre, por ejemplo, quien tuvo la consecuencia y la elegancia, que otros bravucones no tienen, de enfrentar resueltamente la muerte, de no arrugarse ante ella, según dice, y bien, Fernando Díaz-Plaja. (*Cf.* Fernando Díaz-Plaja, *Descubrimiento Particular del*

Amazonas. Barcelona, Plaza & Janés, 1977, 124-125.)

El primer arcabuzazo que le dispararon lo hirió solamente en un muslo. Lope de Aguirre sonrió y dijo:

«Ese tiro no vale.»

Inmediatamente recibió otro en pleno pecho.

«¡Ése sí!», exclamó con voz entrecortada, y cayó.

Cayó sin arredrarse ni atemorizarse; antes bien, desafiante e insolente, como quien escupe por el colmillo.

Antes de que lo arcabucearan, tuvo la ocurrencia atroz de hundirle en el pecho, a su mismísima hija, un puñal, pese a la interposición de la Torralba.

«Encomiéndate a Dios —le dijo—, *que no quiero que, muerto yo, vengas a ser una mala mujer ni que te llamen la hija del traidor.»*

Y en diciendo esto, el sanguinario Lope de Aguirre hundió su puñal en el pecho de la pobre niña.

Tampoco se amedrentaron, en absoluto, ante la inminencia de la muerte, Francisco de Carvajal, Gonzalo Pizarro y Leoncio Prado.

Francisco de Carvajal

Francisco de Carvajal, *alias* «El Demonio de los Andes» (1464-1548), cortaba pescuezos con increíble desparpajo, y no sólo a hombres de guerra, como aclara don Ricardo Palma, que al fin en ellos es merma del oficio morir de mala muerte, sino inclusive a frailes y mujeres.

Hasta que llegó el día, naturalmente, en que le cortaron el pescuezo a Carvajal.

«Cuando lo colocaron —dice Palma— *en un cesto arrastrado por dos muías para sacarlo al suplicio, soltó una carcajada y se puso a cantar:*

«'¡Qué fortuna! Niño en cuna, / viejo en cuna. ¡Qué fortuna!'

«Durante el trayecto, la muchedumbre quería arrebatar al condenado y hacerle pedazos. Carvajal, haciendo ostentación de valor y sangre fría, dijo:

«'¡Ea, señores, paso franco! ¡No hay que arremolinarse y dejen hacer justicia!'

«Y en el momento en que el verdugo Juan Enriquez se preparaba a despachar a la víctima, ésta le dijo sonriendo:

«—'Hermano Juan, trátame como de sastre a sastre.'

«—'Descuide Vuesa Merced y fíe en mi habilidad, que no he de darle causa de quejapara cuando nos veamos en el otro mundo.'» (Palma, *Tradiciones*, II, 241; III, 296, 307-308.)

Gonzalo Pizarro

Juan Enriquez fue también el que ajustició a Gonzalo Pizarro (1502-1548), y antes del ajusticiamiento quiso ponerle una venda en los ojos; pero Gonzalo le dijo:

«—'No es menester, déjala, que estoy acostumbrado a ver la muerte de cerca.'

«—'Complazco a Vuesa Señoría —le contestó el verdugo—, *que yo siempre gusté de la gente brava.'»*

Y cuando Gonzalo vio que Enriquez sacaba el alfanje para cortarle la cabeza, le dijo:

«Haz bien tu oficio, hermano Juan.»

El verdugo respondió:

«Yo se lo prometo a Vuesa Señoría.»

«Diciendo esto —añade Garcilaso—, *con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía larga, cerca de un palmo, y redonda, que se usaba entonces traerlas sin quitarles nada; y de un revés le cortó la cabeza con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algún espacio en caer al suelo. Así acabó este buen caballero.»* (Capítulo 43 del Libro Quinto de la Segunda Parte de los *Comentarios Reales*.)

Leoncio Prado

Refiere Palma que cuando el coronel Leoncio Prado (1853-1883) vio que ya se presentaban para fusilarlo, pidió una taza de café, y al probarlo dijo:

«—'Hacía tiempo que no gustaba un café tan exquisito.'

«Y volviéndose al oficial que mandaba a los tiradores chilenos, preguntó:

«'¿A qué hora emprenderé el viaje para el otro mundo?'

«—'Cuestión de minutos'—contestó el oficial.

«—'Pues bien: pido una gracia, y es que se me permita mandar el fuego'

«—'No hay inconveniente'

«—'¿Tienen capellán las fuerzas chilenas?'

«—'No, señor'

«—'¡Paciencia! He hecho lo que he podido por mi patria, y moriré contento'

«En seguida pidió que, en vez de dos tiradores, se colocaran cuatro, y que le apuntasen dos al corazón y dos a la cabeza. Acordada esta nueva gracia, dijo:

«—'Al concluir la taza de café se me harán los puntos —es decir, se me pondrá en la mira—, y al dar con la cuchara un golpe en el pocilio se hará fuego'

«Y continuó tomando reposadamente su café.

«Ninguna idea triste nublaba su rostro. Veía sin zozobra agotarse el dulce líquido, sabiendo que en el último sorbo estaba la amargura.

«Bebió tranquilo el último trago, tocó con energía la cuchara en el pocilio, y cuatro balas diestramente dirigidas lo hicieron dormir el sueño eterno.» (Palma, *Tradiciones*, IV, 234-235.)

La muerte ejemplar del Marqués Gobernador

Valentía notable la de Pizarro cuando se enfrentó a los que venían a ultimarlo.

El historiador José Antonio del Busto, uno de los mayores especialistas en Pizarro, si no el mayor, ha recreado inmejorablemente la escena del acabamiento. Véase en seguida la recreación correspondiente.

«La lucha se entabló sin ninguna ventaja para los de Chile. El Marqués, mientras luchaba, increpaba a sus enemigos duramente: '¿Qué desvergüenza tan grande ha sido ésta? ¿Por qué me queréis matar?'; los almagristas, sin atinar a responderle, sólo gritaban: '¡Traidor!'

«El bravo viejo se defendía como un león. Hasta Gomara nos dice que luchaba 'esgrimiendo la espada con tal destreza, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese'. […]

«[…] *Tan animoso se mostró, que Juan de Herrada entendió que así no lo vencerían nunca y, recurriendo a un ardid traicionero, tomó a uno de los suyos apellidado Narváez y lo empujó hacia Pizarro; el Marqués lo recibió con la espada, pero el peso del cuerpo lo hizo retroceder, aprovechando entonces los de Chile para traspasar el umbral de la cámara a la carrera y rodearlo. Pizarro continuó la lucha; ésta ya no era ofensiva sino defensiva. Era la contienda del águila contra los cuervos hambrientos; era el arrojo que se defendía de la cobardía y la traición. Se hizo un anillo de atacantes en torno del Gobernador: el anillo giró con frenesí de odio, luego se cerró con intención de muerte. Cuando se volvió a abrir para contemplar su obra, el Marqués estaba lleno de heridas y apoyado en el suelo: la mayor de ellas le había causado una estocada en el cuello que le había cortado la carótida.* […]

«[…] El Marqués, todavía consciente, se desplomó sobre el piso ensangrentado. Sintiendo las ansias de la muerte pidió confesión, se llevó la mano izquierda a la garganta y mojando los dedos en la sangre hizo la cruz con ellos, luego balbuceó el nombre de Jesús y pretendió darle un beso a la cruz… No pudo hacerlo, porque uno de los de Chile decidió ultimarlo y, tomando un cántaro de barro, se lo quebró en la cara. El Marqués se desplomó definitivamente y quedó quieto en el suelo.

«Y mientras los asesinos salían gritando: ***'¡Viva el Rey, muerto es el tirano!'*** *y los rezagados bajaban fatigados la escalera comentando:* ***'¡cómo era valiente* [h]*ombre el marqués!'****, arriba —con el rostro hundido en su sangre guerrera— yacía el Conquistador del Perú.»* (José Antonio del Busto, *Pizarro*. Lima, Ediciones COPÉ, Petróleos del Perú, Departamento de Relaciones Públicas, 2000-2001, II, 418-419.)

Un caso de valentía extraordinaria

Un célebre viajero veneciano refiere haber visto en la India una manifestación *por de*

contado[*] casi nunca imitada de valentía en la hora suprema.

He aquí su testimonio:

«Cuando algún hombre ha hecho algo malo, por lo que deba perder la vida, pide si puede matarse él mismo por amor o por honor a tal o cual ídolo. El rey contesta que le place mucho.

«Entonces los parientes y amigos del malhechor lo cogen y lo ponen en una carreta, le dan una docena de cuchillos, lo pasean por toda la ciudad y van pregonando:

«'¡Este hombre valiente se va a dar muerte él mismo por amor a tal ídolo!'

«Cuando llegan al lugar donde debe hacerse justicia, el que debe morir coge un cuchillo y grita muy alto:

«'¡Muero por amor a tal ídolo!'

«Una vez que ha dicho esto se clava un cuchillo en un brazo, luego en el otro y después en distintas partes del cuerpo, hasta que se mata. Cuando ha muerto, los parientes lo queman con gran alegría.» (Marco Polo, *Viajes. «Il Milione.»* Barcelona, Editorial Iberia, 1957, c. 151, p. 187.)

¡Oh, precipitarse en la hoguera!

Había en la India (tal vez haya todavía) otra clase de suicidas a los que no era necesario quemar cuando muertos, por cuanto se mataban quemándose.

Véase de esto la siguiente noticia que entresaco del libro de Abu-Zeidal-Hassan, del año 264 de la era musulmana y del 878 de la era cristiana:

«Cuando un hombre ha tomado la resolución de quemarse, se presenta a la puerta del gobernador y le pide permiso para destruirse. Luego recorre los mercados. Mientras tanto, se enciende una hoguera de madera seca y bien cortada y varios hombres se ocupan de hacerla arder hasta que el color de las llamas se parezca al de la coralina.

«Entonces el hombre empieza a recorrer los mercados, teniendo ante sí unos platillos, y rodeado de su familia y sus allegados. Alguien coloca sobre su cabeza una corona de basilisco en la que se han entrelazado carbones ardientes; al mismo tiempo se vierte sobre su cabeza sandáraca, que, mezclada con el fuego, produce el efecto de la nafta.

«El hombre camina con la cabeza ardiendo y desprende a su paso olor a carne quemada. Sin embargo, camina como si nada sucediera y no se percibe en él ningún tipo de dolor.

«Por fin llega a la hoguera y se precipita en ella, y muy pronto no quedan de él más que cenizas.» (A. T'Serstevens, *Los Precursores de Marco Polo*. Barcelona, Aymá, 1965, 134.)

La terminación pirofórica de Calcuchímac

Esta terminación pirofórica me recuerda la de otro valiente, Calcuchímac.

Calcuchímac fue quemado vivo en la Plaza de Jaquijahuana, el 12 de noviembre de 1533.

«Murió heroicamente —dice Porras—, *negándose a que le bautizaran, invocando a sus dioses, el Sol y Pachacámac, concitando la venganza de Quisquis.»* (Raúl Porras Barrenechea, *Pizarro*. Lima, Editorial Pizarro, 1978, 249.)

Comparada con esta muerte, la de Atahualpa resulta indigna. Tuvo por eso razón Federico More cuando dijo que no entendía por qué no nos daba asco Atahualpa, *«ese emperador cobarde que carece de la noción de su imperio, que ignora la magnitud de su poder y que no mide la impotencia de sus adversarios»*. ([Federico More], *Andanzas de Federico More*. Selección y prólogo de Francisco Igartua. Lima, Editorial Navarrete, 1989, 197.)

X
Los escritores y los burdeles

Faulkner

Cuando preguntaron a William Faulkner cuál era el mejor ambiente para un escritor, no vaciló en decir que el burdelicio.

«El arte no tiene nada que ver con el ambiente. Si usted se refiere a mí, el mejor empleo que me han ofrecido en mi vida ha sido el de administrador de un burdel. En mi opinión, ése es el mejor ambiente en el que un artista puede trabajar. Goza de perfecta libertad económica, está libre del temor y del hambre, dispone de un techo sobre su cabeza y no tiene nada que hacer, salvo llevar algunas cuentas sencillas e ir a pagar una vez al mes a la policía local. El lugar es tranquilo por la mañana, que es la mejor parte del día para trabajar. En las noches hay la suficiente actividad social para que el artista no se aburra.»

García Márquez

Para Gabriel García Márquez, el sitio ideal para escribir *«es la isla desierta por la mañana y la gran ciudad por la noche»*.

«Esto corresponde a lo que quiso decir William Faulkner cuando declaró que la casa perfecta para un escritor era un burdel, pues en las horas de la mañana hay mucha calma para escribir, y en cambio todas las noches hay fiesta. Es curioso que esta declaración la publicó 'The París Review' cuando yo vivía en Barranquilla, y precisamente en un burdel.

«Era un hotel muy grande con cuartos de tabique de cartón, en los cuales se escuchaban los secretos de los cuartos vecinos. Yo conocía las voces de muchos señores respetables de la ciudad, inclusive de algunos funcionarios del alto gobierno, y me enternecía comprobar que la mayoría no iba para hacer el amor sino para hablarles de sí mismos a sus compañeras de ocasión.

«Como yo era periodista, mi horario de vida era el mismo que el de las putas. Todos nos levantábamos al mediodía y nos reuníamos a desayunar en familia en alguno de los cuartos con las muchachas y sus chulos, entre ellos una famosa estrella del béisbol del Caribe, que era un tipo estupendo y un chulo mundial.

«Entre huevos fritos y cerveza helada nos intercambiábamos los secretos de la noche anterior. Es curioso que las muchachas comentaban siempre lo que habían oído en el cuarto vecino, pero no mencionaban nunca lo que les habían dicho a ellas, como si también en la ética de su oficio existiera el secreto de la confesión.»

Alberti

Sencillamente maravillosa fue la primera experiencia burdelicia de Rafael Alberti, la *«revelación del pompeyano lupanar malagueño»*, su primera aventura en *el «corral de esparcimiento nalgatorio»*, según feliz expresión de Eugenio Noel. Veamos lo que con verbo poético nos dice Alberti sobre la *«casa mediterránea de Venus»* que visitó una cálida noche.

«En el centro de aquel patio-jardín se derramaba un cenador agobiado de rosas gualdas y carmines. Bajo él, un guitarrista volcado sobre el hoyo de su guitarra, rasgueaba en sordina para unos marineros prendidos a los cuellos y torsos de sus elegidas. Poco a poco nos fuimos acercando con las nuestras, formando al fin una alegre fiesta de amor, en la que el cante, el bordoneo, el gozo de las risas y los gritos —más encendidos cada vez por la llama del vino—, subían a entrelazarse con el rumor del mar traído por el aire sobre las bajas azoteas.»

Cioran

Y aunque el misantrópico y estimulante Cioran no refiere andanzas prostibularias en ninguna de sus obras, o más precisamente, en ninguna de las que yo conozco, el gran escritor rumano acostumbraba, cuando joven, *«irse de putas»*, como dicen los españoles. (Eso de *«irse de putas»* tiene un carácter cinegético que Fernando Díaz-Plaja analiza en *Mis Pecados Capitales.)*

«En cualquier caso —escribe Cioran—, *mi vida de estudiante se desarrolló bajo el encanto de la Puta, a la sombra de su degradación protectora y calurosa e incluso maternal.»*

El que esto escribe

Yo supe también de ese encanto que menciona Cioran; pero no lo viví en burdeles, sino en Huatica, inolvidable jirón de la putería, donde se tramitaban los polvos de medio Lima. (Véase el capítulo siguiente titulado «Recuerdos huatiqueros».)

Fellini

«La prostituta —dice Fellini— *es el contrapunto esencial de una madre a la italiana. No se puede concebir la una sin la otra. Y así como la madre nos ha nutrido y vestido, así también, con la misma fatalidad —hablo por lo menos de mi generación —, la puta nos ha iniciado en la vida sexual. Todos les estamos agradecidos, obligados, a esas mujeres que han realizado nuestros deseos, nuestras esperanzas,*

nuestras fantasías, y las han transformado en una dirección casi siempre pobre y mezquina, pero de todas maneras fantástica.»

O'Neill

«Con todo el dinero que me he gastado en mis tres esposas —decía el dramaturgo Eugenio O'Neill—, *podía haber montado una cadena de burdeles desde Boston a San Francisco, y hubiera obtenido algún beneficio, y sobre todo me hubiera divertido mucho más.»*

Flaubert

Confesaba Flaubert gustarle la prostitución ***per se***. *«Quizá sea una afición perversa* —declara Flaubert—, *pero me gusta la prostitución por ella misma, independientemente de lo que hay debajo. Nunca he podido ver pasar, bajo los faroles de gas, a una de esas mujeres escotadas, bajo la lluvia, sin un galope del corazón; igual que los hábitos de los monjes, con su cordón de nudos, me cosquillean el alma en no sé qué rincones ascéticos y profundos*.

«En esta idea de la prostitución existe un punto de intersección tan complejo — lujuria, amargura, vaciedad de las relaciones humanas, frenesí del músculo y tintineo del oro—, que si miras al fondo te viene el vértigo; ¡y se aprenden ahí tantas cosas! Ah, fabricantes de elegías, no es sobre ruinas donde tenéis que apoyar vuestro codo, sino sobre el pecho de estas mujeres alegres.» (Carta a Louise Colet, 1 de junio de 1853.)

«El miércoles, por curiosidad, releí Noviembre. Hace once años era, efectivamente, el mismo individuo de hoy (al menos con poca diferencia; primero hay que exceptuar una gran admiración por las putas, que ya no es hoy más que teórica, y que entonces era práctica).» (Carta a Louise Colet, 28-29 de octubre de 1853.)

Moravia

En 1924, el jovencito Alberto Moravia, convaleciente de tuberculosis ósea, escayolado y con muletas, fue a un burdel de Bolzano para iniciarse en el coito. Lo acompañaba un amigo de Trieste, o mejor dicho, lo llevaba, porque el de la iniciativa fue el triestino, el cual iba también con muletas, por enfermito.

El burdel era un chalé burgués y estaba en las afueras de la ciudad.

«Cogimos un coche de caballos con un cochero viejo, de pelo blanco. Los dos andábamos con muletas y debíamos de formar una pareja pintoresca. El cochero se negó a esperarnos, pero en la casa no pusieron dificultad alguna; éramos clientes,

como los demás.

«Mi amigo escogió para mí a la chica que le pareció más adecuada: una ex-maestra de escuela, con ojos negros, dos trenzas negras y una camisa de algodón que le llegaba a los pies. Yo, no sólo tenía muletas; tenía, además, un artefacto de escayola; pero todo transcurrió, a pesar de todo, con sencillez y dulzura. Fue, hay que decirlo, una cosa 'norma' y sana.»

Amado

El célebre escritor brasilero Jorge Amado conserva de las putas el mejor de los recuerdos.

«Pasé mi infancia y mi adolescencia —refiere Amado— *en casas de mujeres. Mucha gente se pregunta por qué hay tantas prostitutas en mis libros. Y es por eso. En la región del cacao no había mujeres, mujeres para casarse; algunas en la ciudad, pero muy pocas. Pero, en cambio, había un mundo de prostitutas, por todas partes, en los sitios más perdidos. Y yo crecí en las casas de esas mujeres, en los prostíbulos. Y guardo de ellas un recuerdo sumamente tierno y fraternal, dulce y puro.»*

Amado declara ser, fundamentalmente, el novelista de los vagabundos y las putas.

«Pienso que esa humanidad es la que tiene más peso en mis libros, tal vez porque es la más abandonada, la más desprovista de defensas en la sociedad; está desprovista de clases, de sindicatos. No hay una clase de los vagabundos, una clase de las prostitutas. Las prostitutas no tienen derecho ni a una jubilación ni a una pensión, no tienen ninguna defensa sindical, han sido puestas al margen de la sociedad por los regímenes capitalistas, los regímenes socialistas, los regímenes feudales; son consideradas como una especie de enfermedad social. Y los vagabundos también. Las putas y los vagabundos. Son personajes que me llegan al corazón; yo los trato con cuidado particular en mi trabajo, me siento realmente próximo a ellos.»

Vargas Llosa

«Sé muy bien —dice Mario Vargas Llosa— *todo lo que hay detrás de la prostitución, en términos sociales, y no la defiendo, salvo para quienes la ejercen por libre elección, lo que no era, sin duda, el caso de la Pies Dorados ni de las otras polillas del jirón Huatica, empujadas allí por el hambre, la ignorancia, la falta de trabajo y las malas artes de los cafiches que las explotaban. Pero ir al jirón Huatica o, más tarde, a los burdeles de Lima, es algo que no me dio mala conciencia, tal vez porque el pagar a las polillas de alguna manera me proporcionaba una suerte de coartada*

moral, disfrazaba la ceremonia con la máscara de un aséptico contrato que, al cumplirse por ambas partes, liberaba a éstas de responsabilidad ética. Y creo que sería desleal para con mi memoria y mi adolescencia no reconocer, también, que en esos años en que fui dejando de ser niño, mujeres como la Pies Dorados me enseñaron los placeres del cuerpo y los sentidos, a no rechazar el sexo como algo inmundo y denigrante, sino a vivirlo como una fuente de vida y de goce y me hicieron dar los primeros pasos por el misterioso laberinto del deseo.»

Silva Tuesta

Max Silva Tuesta, autor de una novela que es sin duda la mejor de la burdelística[*], noticia en ella del proyecto en cuya virtud el Hotel Sementerio se transformaría *«en el burdel de más nombradla de cuantos funcionaban en muchos países a la redonda»*.

«La asistenta social que se ocupó de mi orfandad —escribe Silva— *se esmeraba en decir que doña Basílica había sido mi madre sustituta. En realidad, se llamaba Rebeca; pero le sentaba mejor el sobrenombre, Basílica, tanto por su corpulencia, como por los innumerables fieles que fue conquistando durante los años de servicios prestados en el burdel más famoso de la ciudad: el Hotel Sementerio.*

«La primera vez que la acompañé a su centro de trabajo, ayudándola a cargar un bulto de ropa limpia, doña Basílica insinuó que a mi edad ya debía estar ganándome la vida. Como asentí, me dijo que esa misma noche pediría a su patrón para que me tomara como ayudante de uno de los encargados de la limpieza del hotel.

«—'Qué más quieres —comentó doña Basílica, al volver—, *a la primera de bastos encuentras trabajo. Cómo quisieran otros tener tu suerte.'*

«—'Conforme' —fue lo único que atiné a decir, esforzándome por mostrarle, en vez de repulsa, un fingido consentimiento.

«Convertido en una especie de baja policía del sexo, le di duro y parejo durante seis años.

«Entre tanto, quedé huérfano nuevamente; murió mi madre sustituta (o Rebeca Encarnación López de la Vega, como la nombró, completita, el sacerdote que en su entierro rezó un sentidísimo responso). Ese mismo día conocí un cementerio de verdad. Me impresionó como si se tratara de un hotel ***sui géneris****. Por otra parte, los ahorros de doña Basílica me permitieron reiniciar los estudios que dejé truncos al escaparme del orfanato. Realizados con una pertinacia que dejaba boquiabiertos a tirios y troyanos, dichos estudios no concluyeron sino en la Escuela de Periodismo de la Universidad de San Marcos.*

«Paralelamente, en el Hotel Sementerio fueron ascendiéndome de encargado de la limpieza a portero; luego, a ascensorista; después, a cajero. Cuando todos pensaban que me estancaría en ese puesto, me desvelé hasta ocupar la jefatura del Departamento de Relaciones Públicas.

«Por último, una sólida situación económica, labrada a costa de sacrificios, me brindó la oportunidad de dejar el Hotel Sementerio y fundar un periódico. Sin embargo, fueron tan profundas las raíces echadas en él, que, antes de decidir nada al respecto, preferí proponer a don Jacinto Ramos, mi jefe, un proyecto que me rondaba desde la época de la universidad: transformar al Hotel Sementerio en el burdel de más nombradla de cuantos funcionaban en muchos países a la redonda.

«Una noche de cordialísima borrachera en el ***Café Negro****, luego de unos tanteos y otros regateos, don Jacinto allanó el camino para que yo continuara trabajando a satisfacción en su hotel. Sellamos el pacto jurando por la memoria de doña Basílica que no cejaríamos en luchar hasta ver cumplido nuestro proyecto.*

«Apenas evaporados los humos del facilismo etílico, enfrenté lo más arduo de la responsabilidad asumida por mí de la noche a la mañana. Se trataba de encontrar un gerente a la medida del burdel con el que yo y mi socio comenzamos a soñar las veinticuatro horas del día.»

Sánchez

El ilustre polígrafo Luis Alberto Sánchez, sabedor y memorioso, refiere con enjundia, en su *Testimonio Personal*, lo que era la ramería en la Lima de su tiempo.

«Los clubes no ofrecían alicientes para la juventud. El Country Club se inauguró sólo en 1927. El Club de Tennis de la Exposición era muy celoso y circunscrito. No teníamos otro camino que buscar nuestros propios medios de alegrarnos: ellos fueron la cantina, el prostíbulo y el cine. Dicho así, con sequedad, resulta brutal. Distingamos: la cantina y el prostíbulo de entonces tenían características mundanas que a menudo y en cierta medida los confundían con las tertulias y las 'boites'.

«En las cantinas nadie usaba la barra a la hora de beber, salvo los borrachos profesionales. Dos amigos se sentaban a una mesa, pedían un par de cachos, y mientras se jugaba largamente para saber quién pagaría la copa, se conversaba de todo. Igual ocurría con la música y el baile en el burdel. Eran muchos los que iban sólo a eso y prescindían de la ofrenda a Venus, para lo que tenían altar casero, fuese propio o de prestado, pero de todos modos en lugar aparte.

«Los limeños de 1915-1930, repito, teníamos que acudir a los templetes mercenarios a falta de otros lugares de solaz. No los habríamos sabido usar sin ese condimento. Cuando hacia 1928 ó 29 se abrió 'El Pavilion Azul', especie de 'boîte' con copetineras de alternativa (o sea de bar y cama), no era posible bailar allí sin el riesgo de un altercado alcohólico-amoroso, con su consiguiente secuela de botellazos, silletazos y policías. En cambio, en los prostíbulos se disfrutaba de una bien ganada paz. Las 'madrotas' y sus rufianes se encargaban de administrar sosiego, justicia y regocijo. Existían leyendas estimulantes: las de Sara Mora, La Mamita, Emily Fox, Mercedes Medrano, La Boca de Chapa. Cada una tenía su

respectiva casa amplia, de varios salones, y sus correspondientes y numerosas pupilas. «Yo contaba dieciséis años cuando vislumbré por primera vez uno de esos paganos templos del amor a tarifa. Se hallaba en la calle de Tipuani, en unos altos. El salón lucía empapelado de rojo. Los muebles estaban tapizados también de colorado. Algunas de las niñas vestían, desde luego, de rojo. La dueña, una gringa, Emily Fox, tenía el pelo azafranado. Sonaba el piano, atacando las notas del fox trot de moda: 'Smiles', 'Whispering', 'Hindustan', y ¡a bailar se ha dicho!

«Veníamos de comer en el Zoológico. Mis amigos, el 'Chino' Alfonso de Madalengoitia, Pepe Navarro, mayores que yo, sacaron a bailar a dos chicas. Me sentí mal. No pensé en el casto José, pero estuve a punto de imitarlo. Bajé las escaleras a escape. Me sacudieron el asco, el miedo y la sorpresa. Después, ya no. Cumpliendo el sagrado rito de todo joven limeño, rendí tributo a aquellos templos mercenarios.

«La diversión resultaba sana aunque algo cara. Las mujeres tomaban simpatía a los más tiernos, pero se apegaban a los más gastadores. Cada una lucía su apodo. Lima no perdonaba a las pecadoras; las signaba con caricaturescos motes: La Pantruca, La Pescado con Bigote, La Aguantarrifles, La Mojón de Oso, La Platanito, La Fray Cabezón, La Perilla de Catre, Las Hermanas Catafalco, La Lombriz China, La Veinte Años después, La Pata de Yuca. A las francesas se les daba también remoquetes: La Florete, La Camión, La Gigolette. Era un desfile de motes que evocaban trasgos y caprichos de un Goya plural con maldad aunque sin ingenio.

«Las chicas bailaban apretándose mucho, contoneando las caderas en rítmico ejercicio erótico. Los músicos seguían el conocido compás. Ahí actuaba la flor y nata de los tocadores criollos. Montes y Manrique, el 'Chino' Gamarra, el cholo Villalobos, más tarde Felipe Pinglo, todos pasaron por las horcas caudinas de 'tocadores' de prostíbulo.

«Por lo general, la orquesta se formaba de un piano, una o dos guitarras y una bandurria, más el canto. De vez en cuando las parejas se acercaban a la barra o mostrador. Ellas pedían un oporto, que no era sino agua con chancaca y canela, para no emborracharse; a ellos 'les cargaban' bebidas intoxicantes. De repente desaparecía una pareja. Cuando volvía, estallaban bromas de color subido. Ellas, fingiendo súbito arrebato, abrazaban a sus galanes de media hora y desafiaban a los 'envidiosos'. Ellos se dejaban hacer medio avergonzados. El hecho es que así se mataba la noche, la interminable noche de una aldea pugnando por convertirse en ciudad.

«En 1924 ó 25, el italiano Cristini añadió a su confitería de la calle de Boza, un espectáculo con 'Variedades'. Las noches se hicieron menos largas. Uno de los mejores números donde Cristini, era el de 'Miss Ellis', una jamona, rubianca, de carnes fofas, pero enjalbegadas, que cantaba con voz ronca, mirando a los músicos, uno de ellos muy joven: 'Yo quiero una mujer desnuda, desnuda quiero una mujer.' El público aplaudía y pedía bis. Después pasaban un sombrero. Los aplausos eran más

numerosos que las monedas.

«A todos esos 'eventos', como se dice en la jerga deportiva de hoy, íbamos en pandilla. Inclusive los deportistas rompíamos nuestro entrenamiento con visitas a aquellos 'cabarets' con cama y lo demás. Muchas veces, después de una sudorosa sesión de esgrima en la Sala Cavallero, comíamos en el restaurante 'Venezia' y acudíamos a tomar la última copa en una de las 'casas' de la calle de Patos, el Huevo o La Salud.

«Ocurría que, además, en pos de debates literarios y, vista la orfandad de mujeres letradas, llamábamos a la puerta de Lily Márquez, una brasileña sabihonda y realmente bonita, un tanto sofisticada, en cuya casa de Quilca se encontraban los últimos poemas de Cendrars, los inolvidables de Machado de Assis y Olave Bilac, y los primeros de Manuel Bandeira.

«Otra mujer, llamada profesionalmente Lily, nacida en Marsella, rompía su modorra matinal para conseguir, donde Rosay, los últimos libros de los vanguardistas y surrealistas de la primera hora: Apollinaire, Breton, Cendrars, Soupault, Radiguet, Cocteau. Nadie habría supuesto que un grupo de jóvenes entrara de noche en una de esas casas, para sólo beber unos tragos de menta, cognac o de absintio, y discutir el último libro de París. Naturalmente, con frecuencia los debates tuvieron desenlaces más gratos. No había escapatoria.

«Los toreros, los conferenciantes, los políticos, los poetas, los pintores, los boxeadores, los militares, los civiles, acostumbraban encontrarse en aquellos mentideros de indiscutible mala fama. Una noche, Ignacio Sánchez Mejías asaltó un prostíbulo tratando de demostrar su hombría y persiguiendo al joven 'camote' de una hetaira tunecina, larga, flaca y ya dos veces madre. Un edecán del Presidente Leguía ostentaba el 'record' de escándalos burdeleros. Un conocido político antileguiísta solía interesarse en la llegada de 'costureras' de Francia, por el gusto de practicar su francés y saborear la ilusión de ser amado, aunque con paga y a destiempo.

«Como todos viví a plenitud ese ambiente, con una desventaja: que como ya ejercía el magisterio escolar, debía estar en mi aula a las ocho de la mañana, fresco y optimista, para no alarmar a mis tudescos patrones. Porque desde los veinte años había yo empezado la carrera docente.»

More

Don Federico More, uno de los periodistas más notables que ha habido en el Perú, pluma brillante e incisiva, hombre culto, de verbo fácil y elegante, abordó cierta vez, con esa franqueza tan suya, el tema de la prostitución. Y por ser, como era, tan sonado el asunto, pidió a sus lectores que le permitieran hacer lo que no solía, hablar en primera persona. Idea feliz, ciertamente, porque así, en primera persona, confesándose, manifestando con verdad sus hechos, ideas y sentimientos, logró

plasmar una auténtica pieza de antología, a la que puso por título: «Vamos a tratar acerca del oficio más antiguo del mundo»; y entre otras cosas expresaba las que a continuación transcribo.

«El amor de la prostituta es el más bello, el más puro, el más comprometedor de todos [[*]]. *Será tal vez porque me he pasado la vida en las casas de ellas, en las encantadoras 'casas cerradas' que dicen los franceses. Será que a ellas les debo los mejores recuerdos de mi juventud. Sólo ya pasados los cuarenta años he conocido el encanto de la mujer honrada sin ferocidad. Porque debo confesar que a las mujeres honradas les tiemblo. Generalmente lo son porque no hay quien les proponga pecar. Rara vez son bellas o graciosas. Y siempre se ocupan en martirizar con celos al hombre que tiene la desdicha de caer en sus manos. Es como para decirles:* ***'Búscate un amante y déjame en paz'****»*.

«Mi sueño dorado fue siempre ser rufián. Pero los sueños dorados jamás se realizan. Y he aquí que hasta mi último centavo —los lindos centavos de mi juventud — se han quedado en las manos de mis adorables amigas, bellas como el pecado, irresistibles como el deseo. Y no porque ellas me explotaran. No. Siempre creí que mi dinero era de ellas. En resumen, mi dinero ha sido siempre para mujeres. No he podido ser rufián. No me atrevo a decir que sea una lástima.»

Macera

Pablo Macera, que sólo quiere guardar con sus paisanos *(compatriotas* le parece un término excesivo) una relación de *mutua prescindencia* (encomiable actitud que comparto plenamente), manifestó en cierta ocasión que el Perú era un burdel, razón por la cual hubo alharaca y se profirieron como siempre mayúsculas inepcias. El único que dijo algo significativo fue el psicólogo Baldomero Cáceres. Dijo: *«Macera se equivoca. Los burdeles son lugares bien organizados.»*

Y «El Aguilucho» sin duda lo era, humilde prostíbulo trujillano que durante la Revolución de 1932 se convirtió provisionalmente en tribunal militar. Aunque usted no lo crea.

«'El Aguilucho' —dice Thorndike— *tenía un patio grande, sombreado por guabos. Y un portón grande y sólido y también urinarios de cemento y una pianola y ocho cuartos que olían a ruda y desinfectantes. En las noches bailaban allí turbias parejas, nobles, ruidosas putas, nobles animales, nobles y peludos sexos. Era un prostíbulo de mala muerte y sus inquilinas habían huido despavoridas desde el mismo jueves de la revolución. En un cuarto se encontró cerveza, coñac de Ica y aguardientes. El comandante Daniel Matto hizo funcionar la pianola, rió, pidió que consiguieran hielo y paseó el burdel con sus ayudantes*.

*«—****'Éste es el sitio que necesitamos'*** *—dijo.*

«Y el comandante Matto, flamante presidente de la Corte Marcial, dispuso que en

el burdel se instalara la oficina provisional de la justicia militar. Sí, era un sitio conveniente.»

Que haya sido, como fue, sitio conveniente «El Aguilucho» para convertirse transitoriamente en tribunal militar, es indicativo de que no era ejemplo de desorganización, sino de orden y concierto. Con lo cual se demuestra cuánta validez tiene la observación antes citada del psicólogo Baldomero Cáceres.

Chávez Peralta

«En los años sesenta apenas si existía la prostitución callejera y sólo el 'Chez Maxim's' ofrecía un ambiente nocturno para bailar con mujeres también dispuestas a practicar el sexo. Para estos casos lo normal era los burdeles, callejones flanqueados de cuartos minúsculos donde las prostitutas alquilaban sus cuerpos por los escasos minutos que dura una cópula. En Trujillo funcionaban tres: 'El Quinto Patio', 'La Flor de la Canela' y 'La Laura', todos ubicados al final de la calle José Gálvez, en el extremo sur del barrio Chicago.

«El de mayor prestigio —y por eso el más concurrido— era 'El Quinto Patio' (nombre posiblemente inspirado en la letra de un bolero, popular en la década del cincuenta, cantado por Bienvenido Granda). A este burdel llegaban semanalmente contingentes de meretrices jóvenes y atractivas, inclusive extranjeras, a pesar de ser el más estrecho y modesto (paredes de adobe, techo de caña brava y torta de barro); en cambio, los otros dos —más amplios y modernos— lucían generalmente despoblados, porque recepcionaban a las mujeres con menos demanda en 'El Quinto', las otoñales y las 'cachaqueras' (putas baratas para los soldados del cuartel).

«Abrían a partir de las cuatro de la tarde, pero a esa hora sólo atendían las pocas mujeres que vivían allí. Normalmente empezaba a funcionar a las siete de la noche, de manera que uno podía decidir entre ir al cine o visitar Chicago. Y, en efecto, todas las noches, cientos de varones de todas las edades, de diferente nivel social y económico se daban cita en los burdeles de Chicago: jóvenes, adultos y viejos; solteros y honorables padres de familia; obreros, empleados, profesionales, magistrados y autoridades no podían resistir la tentación.

«El servicio costaba quince soles, pero también había de diez, veinte y veinticuatro soles (la del cuarto número uno, en 'El Quinto Patio', era la única que gozaba de ese privilegio). Como en los cines de entonces, había colas y tumultos para 'ocuparse' con las 'nuevas' o algunas siempre deseadas por sus pericias en el arte amatorio. Una de las 'estrellas' conocida como 'La Shilica' (por ser oriunda de Celendín, supongo), contaba con una clientela fija y selecta. Era alta, blanca, de ojos verdes y cuerpo escultural. Sólo atendía una o dos horas y, a menudo, sin ningún aviso, se encerraba hasta el siguiente día o salía repentinamente del local.

«La versión opuesta era 'La Negra' Doris, una mulata alta, grácil, de carnes durísimas y en cuyas entrañas parecía haberse concentrado todo el fuego del universo. Atendía como ninguna otra: nunca un gesto de mal humor, nunca un reproche ni una palabra grosera; permitía caricias y prolongar el coito deliberadamente; además, se entregaba con verdadero frenesí y parecía disfrutar del orgasmo con la pasión de una amante enamorada, sin importarle quién era su cliente de turno. A diferencia de 'La Shilica', atendía puntualmente, desde las siete hasta las once de la noche, con la misma jovialidad y entusiasmo. Creo, sinceramente, que nació para ser puta; y fiel a su vocación, fue única, excepcional, extraordinaria.

«'La Negra' Doris alimentó las fantasías libidinosas de toda una generación. En el colegio, los adolescentes la convertimos en una leyenda y en un fetiche. Durante los recreos nos complacíamos en describir —y fantasear— la forma 'especial' como habíamos sido atendidos por ella. La poderosa feminidad de hembra arquetípica que producía el contacto con el cuerpo de la Doris, su sonrisa y sus modales, nos creaba la ilusión de que algún día podíamos merecer su preferencia. Y así como nosotros, cientos de hombres en Trujillo vivían perdidamente enamorados de su irresistible magnetismo y la incandescencia de sus entrañas.

«Un caso excepcional fue el de un profesor nuestro. Era de baja estatura, rechoncho y dotado de una nuca descomunal (se mandaba confeccionar sus camisas y nunca pudo usar corbata); solterón, frisaba aproximadamente la cincuentena y exhibía dos debilidades: la comida y 'La Negra' Doris. Tenía fama de tragaldabas, pero su pasión por la hetaira de ébano rebasaba cualquier medida imaginable. Todas las noches —sin faltar una— se le veía en 'El Quinto Patio' esperando su turno en la misma puerta de siempre. Nosotros nos precavíamos de que no nos viera, porque tenía otra debilidad ocasional: la violencia. Una mañana, a la hora del 'gran recreo' (un descanso de treinta minutos), a un compañero de aula se le ocurrió una palomillada. Con tiza escribió en el pizarrón: ***Doris, negra riquísima: todos te amamos. La sección 'C'****. Cuando el profesor ingresó al aula y leyó el texto, escrito en grandes letras a lo largo de toda la pizarra, su rostro, su calva y su descomunal nuca cambiaron de mil colores, antes de fijarse en un cárdeno encendido. Nos miró a todos con un odio infinito, uno por uno, como buscando al responsable de tamaña afrenta, y como no lo ubicó, empezó a repartir sopapos y pescozones a diestra y siniestra, a berrear insultos ininteligibles. Pudo haber reventado de ira, sufrir un colapso y morir allí, si no hubiese aparecido el auxiliar para calmarlo e invitarlo a abandonar el aula. Esa semana hubo reclusión para todos y el resentimiento del ofendido amante —expresado en sutiles represalias— duró varios meses.*

«Era ***vox populi*** *que 'La Negra' Doris recibía, cada noche, varias propuestas matrimoniales; la más reiterada y patética, la de nuestro profesor. Nunca lo aceptó y debió resignarse a vivir solo. Estoy seguro de que al morir su último pensamiento fue para la puta más simpática y eficiente de los burdeles de Trujillo en la década del sesenta.*

«Otra puta memorable —aunque en el extremo inferior— fue 'La Brasileña'. Su fama estaba asociada a la beneficencia: ella evitaba la insulsez del acto masturbatorio a cambio de cinco soles. Era una negra gigantesca —una zulú— y bastante madura (su rostro, siempre adusto, no registraba el tiempo) y se teñía el pelo de un color rojizo, de tal manera que en la oscuridad de la noche su aureolada cabeza era lo único visible. Trabajaba detrás de 'El Quinto Patio', a cielo descubierto, al borde de una chacra, sobre una estera. Fue una prostituta informal, sin carnet sanitario, y por eso su clientela la componían los estudiantes de la secundaria menores de edad, los soldados del cuartel 'O'Donovan' y los fornicadores menesterosos. Nadie podía garantizar su origen brasileño porque nunca hablaba, no tenía amigas ni caficho conocido. De día desaparecía misteriosamente y aparecía al anochecer, espectral, siempre con vestidos multicolores o estampados con flores exóticas. Tampoco se le conocía su verdadero nombre y su apelativo, 'La Cinco Soles', circulaba —así lo recordamos— con una doble relajación fonética: 'La Shinco Sholes', reproduciendo con exactitud como ella pronunciaba su frase de 'oferta' sexual. Tampoco nadie pudo explicarse jamás cómo una prostituta que eludía el control ginecológico semanal en el dispensario y ni siquiera cumplía con el ritual obligatorio de revisar el pene del cliente (todas las prostitutas lo hacían para cerciorarse de una posible gonorrea o de un chancro), nunca contagió una enfermedad venérea.

«La atención en los callejones concluía a las once de la noche. Desde las diez y media, el mismo empleado encargado de llevar agua en baldes a los cuartos y los rollos de papel higiénico, empezaba a tocar las puertas y anunciar: ***'¡Chicas, al salón! ¡Chicas, al salón!'****. El salón en 'El Quinto Patio' era muy amplio: en el centro, la pista de baile acordonada con las mesas; en un rincón, junto a la puerta, una gigantesca 'rockola', la batería y dos timbales; las paredes pintadas con colores chillones y grotescas figuras de cuerpos de mujeres totalmente desnudas. La fiesta empezaba a las doce en punto. Desde las once y media las prostitutas y parroquianos iban acomodándose con sus parejas, a veces formando pequeños grupos. Cuando el orquestín y la 'rockola' anunciaban el baile, las parejas se lanzaban a la pista. Las mujeres se vestían como para excitar y despertar la lujuria: vestidos pegadísimos con raja al costado, hasta la media pierna; faldas 'tubo', ceñidas y brevísimas; zapatos de taco alto, tipo aguja. Los boleros se escuchaban con mucha frecuencia y se bailaban pegados, cara a cara y losbrazos enlazando las cinturas; los mambos, merengues y chachachás, separados, desplazándose por toda la pista y, en cuanto era posible, la mujer frotaba sus nalgas contra la pelvis del hombre.*

«Los clientes que esperaban la 'hora de salón' para escoger la mujer de su gusto, convenían allí el precio y las condiciones del servicio (el doble o triple de la tarifa normal). De cuando en cuando una bronca entre 'faites' y cabrones, o entre parroquianos —siempre por la preferencia de una prostituta—, le añadían colorido y rubricaban esas noches pletóricas de alcohol, humo, música y sexo. No puedo

borrarlo de mi memoria, en el equipo del orquestín, un espectáculo aparte lo ofrecía el maraquero, un viejo parsimonioso y jovial apodado 'Camote': cuando sacudía frenéticamente las maracas, gozaba tanto con la emoción de la música y del ambiente, que entrecerraba los ojos, congelaba una sonrisa y todo él parecía poseído por un éxtasis orgásmico.

«En los años sesenta concurrir a un burdel era tan normal como ir al cine, al circo, a un concierto o a la retreta. La mayoría de adolescentes de mi generación —salvando la estricta vigilancia policial— hicimos nuestro 'debut' sexual con una prostituta, en un cuarto impregnado de olor a ruda y ron de quemar, y con el ronroneo del motor como música de fondo. Y no nos sentimos avergonzados —no podíamos— de haber experimentado esa iniciación sexual bastante precaria y casi siempre insatisfactoria, porque la considerábamos preferible frente a la alternativa de la torturante abstinencia o la frustrante masturbación. Inclusive nos importaba poco el riesgo de contraer una enfermedad venérea (la gonorrea era la más frecuente y sufrir una 'quemada' equivalía a un bautizo en el ámbito de la virilidad) o el tormento insoportable de las ladillas. Como en la década del sesenta ni se soñaba con el flagelo del Sida, los burdeles nos ofrecían, no sólo la oportunidad de un aprendizaje y entrenamiento sexual que después íbamos a necesitar, sino la emoción y la ilusión del amor que aún aguardábamos encontrar y conocer. «El incipiente crecimiento urbano de Trujillo, las quejas de los vecinos de Chicago y el terremoto de 1970 determinaron el cierre definitivo de los tres burdeles y su traslado a 'La Cumbre', un arenal al norte de la ciudad. En locales modernos y amplios, el entusiasmo de la antigua clientela y la costumbre de las ruidosas fiestas en el salón, se mantuvo hasta la década del setenta. Un sábado, a fines de la década del ochenta, contándole a un amigo cuzqueño cómo habían sido las noches de burdel en Trujillo, lo invité a visitar 'La Cumbre'. Cuál no sería mi sorpresa, a las once de la noche, 'El Quinto Patio' ofrecía apenas media docena de prostitutas gordas, viejas y feas. Le pregunté a alguien que me pareció un empleado del local:

«—¿Y las otras mujeres?

***«—Sólo trabajan veinte** —me respondió—. **Las otras ya se fueron. Estamos cerrando**.*

«—¿Hoy, sábado? ¿Y a qué hora funciona el salón?

«—¿Salón?** —me respondió mirándome de pies a cabeza como si yo fuera un gringo o un marciano—. **El salón ya no funciona desde hace varios años, quizá ocho o diez…

«Y agregó:

«—Ese tiempo se acabó, ¿sabe?

«Sabía, pero no estaba muy convencido. En el taxi, mientras atravesábamos los arenales y a la distancia se veía Trujillo como un inmenso enjambre de libélulas, evoqué la ciudad chata, pequeña y triste de mi adolescencia cuando vivíamos atemorizados por la guerra nuclear; escuchábamos a Los Beatles, a Enrique

Guzmán; bailábamos twist; íbamos al cine para derretirnos con la Bardot; Claudia Cardinale y Rossana Podestá; admirábamos al 'Che' Guevara, a Pelé, a Cassius Clay; leíamos a Marx, a Krishnamurti, a Louis Pawels y Jacques Bergier, a Khalil Gibrán; en fin, cuando podíamos disfrutar de una mujer sin el temor de contagiarnos con un virus mortal; cuando aún no era una locura soñar con un mundo menos violento y más justo. ¿Qué había pasado? ¿Adonde había volado toda la originalidad, la novedad, la calidad y la emoción romántica de esa época? Me vi caminando, adolescente, por la ancha y penumbrosa calle José Gálvez, mientras desde una cantina se escapaba la taladrante y melosa voz de Lucho Barrios cantando 'Marabú':

Adiós, ya me quedo sin ti

y así para qué más vivir,

sin ti no podré más luchar

sin ti para qué más vivir

«Sí, ese tiempo se había acabado. Y acabado para siempre.»

Fuentes

La cita de Faulkner, en Luis de Paola, «El escritor en su taller». *La Estafeta Literaria*, 1977, N.º 605,4. / La cita de García Márquez, en Plinio Apuleyo Mendoza, «Entrevista con Gabriel García Márquez». *Libre*, N.º 3, Marzo, Abril, Mayo, 1972, 7-8. Véase también Gabriel García Márquez, *El Amor en los Tiempos del Cólera*. Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1985, 108. / Rafael Alberti, *La Arboleda Perdida. Memorias*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1977, 119-120. / E. M. Cioran, *Ensayo sobre el Pensamiento Reaccionario y Otros Textos*. Barcelona, Montesinos, 1985, 215. / Fernando Díaz-Plaja, *Mis Pecados Capitales*. Barcelona, Plaza & Janés, 1977, 158. / Federico Fellini, *Apuntes*. Barcelona, Muchnik, 1987, 94. / La cita de O'Neill, en Gonzalo Bravo Zabalgoitia, «Enfermedad de Parkinson». *Índice*, 1975, 30:373-374, 45. / Gustave Flaubert, *Cartas a Louise Colet*. Traducción, prólogo y notas de Ignacio Malaxecheverría. Madrid, Ediciones Siruela, 1989, 282, 337. / Alberto Moravia, *Mi Vida. En conversación con Alain Elkann*. Madrid, Espasa-Calpe, 1991, 28-29. / Jorge Amado, *Conversaciones con Alice Raillard*. Buenos Aires, Emecé, 1992, 203, 283. / Mario Vargas Llosa, *El Pez en el Agua. Memorias*. Barcelona, Seix Barral, 1993, 109-110. / Max Silva Tuesta, *Hotel Sementerio*. (Versión definitiva.) Tercera edición. Lima, Editorial Leo, 2000, 42-44. / Luis Alberto Sánchez, *Testimonio Personal. Memorias de un peruano del siglo XX*. Lima, Ediciones Villasán, 1969, I, 165-169. / El artículo de More se publicó originalmente en *Caretas*, 1954, 5:70, 43, 46, 48. Dieciocho años después yo lo volví a publicar, muy bien

ilustrado, en el cuarto número de mi revista *Fáscinum*, republicación prácticamente coincidente con la que *Oiga* hizo por entonces. / Pablo Macera, *Las Furias y las Penas*. Lima, Mosca Azul, 1983, 229, nota. / Guillermo Thorndike, *El Año de la Barbarie*. *Perú 1932*. Lima, Editorial Nueva América, 1969, 307-308. / Jorge Chávez Peralta, *Los Años 60: una Década Singular. Noticias casi olvidadas acerca de la época más espectacular, revolucionaria y romántica del siglo veinte.* Trujillo, 2000, 171-177.

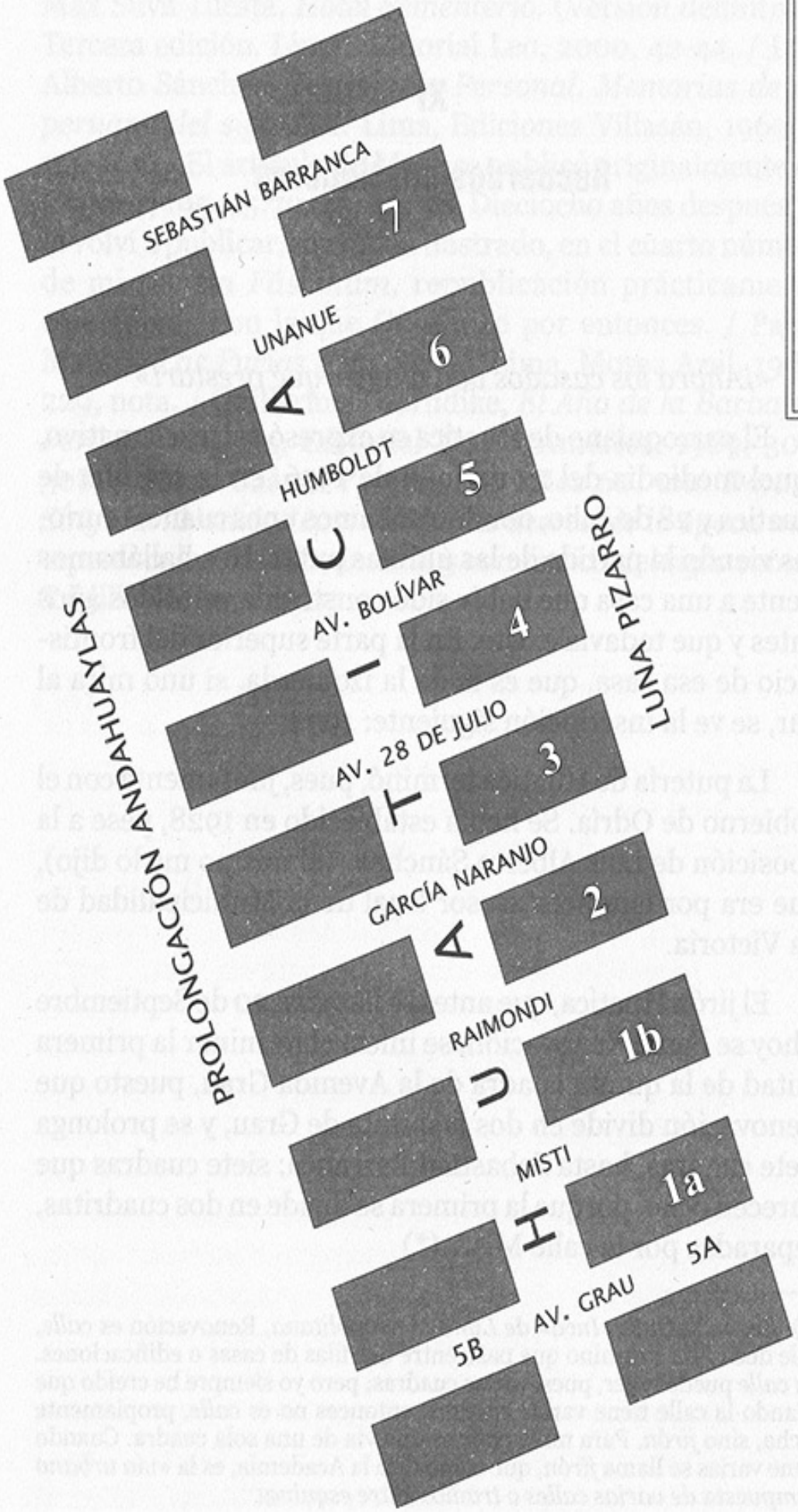
XI
Recuerdos huatiqueros

«¡Ahora los casados van a tener que prestar!»

El parroquiano de Huatica se expresó así, exclamativo, aquel mediodía del 27 de julio de 1956, en la esquina de Huatica y 28 de Julio, donde estábamos unos cuantos curiosos viendo la partida de las últimas putas. Nos hallábamos frente a una casa que había sido construida veintidós años antes y que todavía existe. En la parte superior del frontispicio de esa casa, que es la de la izquierda, si uno mira al Sur, se ve la inscripción siguiente: *1934*.

La putería de Huatica terminó, pues, juntamente con el gobierno de Odría. Se había establecido en 1928, pese a la oposición de Luis Alberto Sánchez (él mismo me lo dijo), que era por entonces asesor legal de la Municipalidad de La Victoria.

El jirón Huatica, que antes se llamaba 20 de Septiembre y hoy se llama Renovación, se inicia al terminar la primera mitad de la quinta cuadra de la Avenida Grau, puesto que Renovación divide en dos la quinta de Grau, y se prolonga siete cuadras, hasta Sebastián Barranca; siete cuadras que parecen ocho, porque la primera se divide en dos cuadritas, separadas por la calle Misti[*].



Plano levantado por **MARCO AURELIO DENEGRI** el 6 de diciembre de 1976

PLANO DEL JIRÓN HUATICA

En la cuarta cuadra, entre 28 de Julio y Bolívar, estaban las putas caras: cobraban diez soles por polvo; las restantes, cinco. (Tarifa de 1954.) Había dos o tres vejestorios extranjeros de escasísima clientela; posiblemente sobrevivientes del grupo muy solicitado de polacas y francesas que hubo en los inicios. En las dos últimas cuadras no había muchas putas, quiero decir, de las que atendían hasta la una de la mañana, pero a partir de esa hora y hasta las cinco de la mañana funcionaba en la séptima cuadra el establecimiento puteril de Luz Gómez, sito exactamente en Huatica 754 y cuyo número telefónico era el 39577. (Véase la *Guía Telefónica de Lima, Callao y Balnearios*, primera edición, 1951, primera columna de la página 101. Véase también el libro de Roberto Prieto Sánchez, *Guía Secreta. Barrios Rojos y Casas de Prostitución en la Historia de Lima*. Lima, Centro Cultural de España y Universidad Ricardo Palma, 2009, 194-201.)

El horario de atención al público era, oficialmente, de siete de la noche a una de la mañana; pero, en realidad, a partir de las dos de la tarde, poco más o menos, ya había algunas mujeres que ofrecían sus servicios, esmerándose las pobrecitas en provocarnos inútilmente luciendo sus inapetecibles cuerpos decadentes y otoñales.

Nunca vi putas en las mañanas: todas dormían; todas las que vivían allí, que no eran todas las que trabajaban. Las residentes pagaban alquiler mensual; las otras, semanal o diario. En cada casita había dos o tres mujeres; muy rara vez una sola.

Era de rigor, ¡cómo no!, la presencia del mandadero, que invariablemente se llamaba Juan o Pedro; iba y venía de una parte a otra, incansable; era un mozo eficiente al que las putas solían mandar a gritos:

«¡Juan, recoge el balde!»

«¡Pedro, estoy esperando el papel higiénico; apúrate, pues!»

El hacernos pasar a las casitas y recorrerlas hasta llegar al cuarto de la *ocupación*, conversando como buenos amigos; y una vez en el cuarto, la relativa impremura del servicio, el trato familiar, el ambiente hogareño, todo esto era de veras solazante.

Ocupación, dije, y dije bien, porque en Huatica, efectivamente, todos *nos ocupábamos*, nadie brincaba, y hasta las mismas putas, sobre todo cuando escaseaban los marchantes, nos decían con algún apremio:

«Oye, papito, ¿no quieres ocuparte? Ven, pues, te voy a hacer de todo, bien rico, ¿ya?»

A mí me gustaba conversar con las putas, conversación que era cháchara, desde luego, pero me gustaba conversar con ellas, ¡Y la de cosas que conversábamos! Recuerdo que una pichona negroide me contó cierta vez que tenía un hijo llamado Sigfrido, y yo, ¡qué tal cojudo!, tratando de culturizarla, le dije que ése era, precisamente, el nombre de un drama musical de Wagner.

La cháchara callejera era linda, de preferencia en las tardes, a eso de las cuatro, cuando un Sol suavecito entibiaba el jirón y el que esto escribe, junto a la puerta o arrimado a la ventana, se entretenía con sus amigas intercambiando trivialidades de marca mayor. Sí, *amigas*, porque no se trataba de las putas de Huatica, sino de *mis*

amigas las putas. Y con ser esto distinto, era además mejor.

Sin embargo, no porque lo fueran podíamos pagarles después de la encamada; no, tenía que ser antes; de suerte que, previo pago, nos desvestíamos semicompletamente, sólo de la cintura para abajo, y ella nos acercaba a la lamparita de la mesa de noche para inspeccionar el miembro. Aprobado el examen, venía la *ocupación* propiamente dicha.

Cuando adornábamos el polvo con *platos*, pagábamos naturalmente más. Los *platos* eran las poses, el uso de la vía estrecha y vecina, y lo que popularmente se llamaba *corneteo* y técnicamente se llama *felación*. Un servicio completo incluía varios extras y podía llegar a costar cincuenta soles.

Escrita con tiza en la puerta, figuraba a veces la minuta, encabezada por el nombre de la ofreciente. Por ejemplo:

ESTHER
Platos y servicio completo

— Corneteo
— Doy el chico

Poses:

— «El perrito»
— «Filo al catre»
— «Piernas al hombro»

Atención esmerada

Al cabo de la jornada, la amiga traía una palangana con agua tibia, que nosotros sosteníamos con ambas manos, mientras ella jabonaba y lavaba al combatiente inaltivo. Nos secábamos con papel higiénico. Después, a vestirse, y hasta la próxima.

Nunca me olvidaré de esos cuartitos donde se tramitaban los polvos de medio Lima. Pintados de rosado, carmesí o añil, y en algunos casos, prácticamente empapelados con fotos de mujeres calatas en poses sugerentes. En un rincón, el *primus* infaltable. Y el olor, ¡ese olor!, que caracterizaba a los cuartitos, olor a hierbas aromáticas y alcohol. Y la música, ¡ah, la Sonora Matancera! No había puta sin radio y todas sintonizaban la emisora más populachera, Radio Libertad. ¡Cómo no voy a recordar «El corneta», por Daniel Santos, o «Las muchachas», por Carlos Argentino, o «Burundanga», por Celia Cruz!

A estas memorias, muy claras y agradables, sumo de paso la siguiente, de carácter anecdótico:

Un buen día, allá por 1952, me encontré en Huatica con mi profesor de

Castellano. Fue en la cuarta cuadra, lo recuerdo perfectamente. No me sorprendió mucho el encuentro (al fin y al cabo, quién no iba a Huatica), pero a él sí, y la suya fue grandísima sorpresa. ¡Oh, si me parece estarlo viendo, todo descompuesto e incómodo! Al buen hombre se le había planteado un problema *moral*. Pues claro, ¿qué ejemplo era éste para la juventud?

Trató de explicarme que no había ido expresamente a ese sitio, sino que *«pasaba por allí»*. Fingí creerle, pero él reparó en mi fingimiento y siguió explicándome. Total, nos dirigimos a un restaurantito cercano de 28 de Julio y mi profe quiso invitarme un tamal, sólo le acepté un café; y casi durante un par de horas me endilgó una perorata acerca de los inconvenientes y peligros de acostarse con putas.

Lo divertido es que años después vi a este rectorcillo de moralina en uno de los corralones de la Avenida México, donde se había establecido el nuevo barrio rojo.

En lugar de reprobar, o atenuar, o disimular, el lance prostibulario, debió este profesorcito —¡hubiese sido más pedagógico!— compartir con su alumno la experiencia y decirle, por ejemplo:

«¡Caramba, qué gusto de verlo por acá! ¿Y? ¿Cómo está la putería? ¿Usted ya se ocupó? ¿No? Ah, entonces venga conmigo, acompáñeme; vamos a dar un vistazo.»

Pero no ocurrió esto; pudo más la moralina y ese afán de querer dar ejemplo a la juventud. ¡Maldita la falta que nos hacen semejantes ejemplos!

Corría válida por aquel tiempo la creencia de haber mucha peligrosidad en el mentadísimo jirón Victoriano.

«No vayas a Huatica, te pueden asaltar o cortar; hay hampones, no vayas, ten cuidado.»

Así se advertía a los jóvenes, así nos advertían los mayores. Y, sin embargo, la delincuencia reinante en Huatica era supuesta. Lo comprobé repetidas veces recorriendo el jirón a las horas más peligrosas: a las dos de la mañana, a las tres, a las cuatro, o sea cuando no había el menor asomo de vigilancia policial. Nunca me pasó nada. No digo que la gente de por allí fuese celestial. Tal vez había hampones, uno que otro, tal vez; pero lo que no había era *hampa organizada*. Eso, no[*].

Por otra parte, las matonadas no pegaban en Huatica. Recuerdo al respecto haber visto un día a dos cabos semiebrios que estaban aprovechando su licencia para hacer lo que les venía en gana. Insultantes, recorrían el jirón fastidiando a las mujeres y pateando las puertas de las casitas. El público circunstante fue indignándose a medida que crecían los abusos. Y he aquí lo interesante: la indignación popular fue tanta, que la gente terminó por apedrear a los dos matones vociferantes, que por supuesto tuvieron que salir disparados.

Ni morada de delincuentes ni escuela de carteristas y chaveteros. Nada de eso era Huatica. ¿Y entonces qué era, el Paraíso? Pues no, tampoco; pero sí un barrio rojo pintoresco que tenía cierto aire edénico. Por eso el ingenio de nuestro pueblo, valiéndose del título de una de las películas de James Dean, había forjado el siguiente

chiste en tres actos:

Primer acto: Aparece la Plaza Manco Cápac.

Segundo acto: Al centro de ella se aprecia la estatua de Manco Cápac.

Tercer Acto: Se ve al Inca señalando con el brazo extendido.

¿Cómo se llama la obra?

Al Este del Paraíso.

Efectivamente, Manco Cápac está señalando justamente en dirección a Huatica, señala al Este, al Este del Paraíso…

Textos multiautorales concernientes a Huatica

Luis Alberto Sánchez

«En La Victoria nacía un distrito legalmente crapuloso. El barrio rojo se asentaba al pie del río pestilente y escuálido llamado Huatica, brazo de río, esquirla acuática, calle navegable sólo por los desperdicios humanos a cuyo borde abrían sus bermejas puertas los míseros lenocinios de la calle 20 de Setiembre. Una retahíla de soldados francos, de estudiantes provincianos, enardecidos pero grises, montaban guardia a las puertas de esos aciagos templos del amor barato. Hasta el amor era gris.»

(Luis Alberto Sánchez, *Los Burgueses*. Segunda edición. Lima, Mosca Azul, 1984, 7.)

«Los vicios de las ciudades se llaman cantinas, burdeles y casas de juego. Los tres con aromas coloniales. Los más abundantes eran los segundos; y como los había en muchas calles, y de todo tipo, aquel año de 1928, las autoridades resolvieron concentrarlos en un solo barrio, como en Brasil, como en Buenos Aires, como en Montevideo y un poco como en la vieja Roma. El Ministro de Gobierno resolvió que las prostitutas se concentrasen en un barrio de La Victoria y escogieron la calle 20 de Setiembre, en los bordes del río Huatica, como el lugar que reemplazaría en la mente de los pobres empleados de tercera fila y de los obreros de segunda, la leyenda del Edén.

«El Municipio de La Victoria se vio súbitamente enriquecido pero mal poblado, según decía el Alcalde, un médico apellidado Morán, aficionado al grito y a las patadas. Las pobres heteras criollas, polacas, francesas y algunas chilenas, desfilaban en largas hileras para obtener sus respectivas licencias. Las había de todo tipo, predominantemente feas, gordas y mal pintadas. Sólo una que otra conservaba su atractivo juvenil. La mayor parte se llamaba Lilí, Solange, Marión, pronunciados con todos los acentos del mundo, desde la fonética aserranada de las provincias

hasta la gutural de las polacas y la dengosa de las francesas.

«El Alcalde miraba solícitamente a sus nuevas súbditas. El médico municipal se frotaba las manos pensando en los suculentos honorarios que percibiría semana a semana de los exámenes pertinentes. El Secretario elaboraba cálculos fantásticos sobre posibles orgías sin costo alguno; los inspectores daban vueltas en torno de sus futuras presas que, a su vez, les hacían guiños y dirigían miradas al cielo como prometiéndoles éxtasis sobrenaturales.

«Todo el distrito andaba alborotado. Los padres de familia se juntaron para protestar en nombre de la moral contra aquella medida. El cura párroco lanzó hasta tres sermones dominicales para censurar la pública presencia del demonio en el distrito de La Victoria. Dos propietarios inescrupulosos abrieron la posibilidad de arrendar sus casas por horas.

«A partir de las 6 p.m., columnas de 'clientes', de saco y de uniforme, hacían cola frente a las casas predilectas esperando su turno. La gloriosa fecha del 20 de Setiembre, que hasta 1923 fue la Fiesta Nacional de Italia, en memoria de Giuseppe Garibaldi, pasó a ser símbolo de pecado grato y sucio, de mercancía carnal, de parvo deleite tarifado. Se podía alcanzar el éxtasis desde dos hasta diez soles; todo dependía del color de la piel, la edad y la experiencia de la mercancía.»

(Luis Alberto Sánchez, o. c., 111-112.)

Raúl Serrano Castrillón

«A sólo dos cuadras [del antiguo jirón Garibaldi, hoy Huascarán], *estaba el jirón 20 de Setiembre. Las francesas, las polacas, las italianas, la chalaca Betina, la china Mery, la Caballo Blanco, la negra Sonia. Decenas de mujeres rubias, cholas, negras, altas, bajas, flacas y gordas que vendían caricias y alegría en el barrio rojo de Lima. También se le conocía como el Veinte o como Huatica, por el río que cruzaba debajo de su pista.*

«La gran fiesta empezaba a eso de las siete, cuando oscurecía la ciudad; y terminaba con los albores de la mañana siguiente. El Veinte reflejaba la rígida organización social de Lima. En sus primeras cuadras, a partir de la avenida Grau, estaban 'las de ventana', mujeres que ofrecían sus servicios a través de las ventanas de casitas americanas. En las últimas cuadras, colindantes con chacras aún no urbanizadas, estaban las famosas casas de cita o burdeles, en las que se encontraba una clase superior de prostitutas, que no se limitaban al mero ejercicio carnal, sino que además, o previamente, conversaban, reían, tomaban su traguito y bailaban al compás de la orquesta estable del burdel.

«A 'las de ventana' acudían muchachos timidones de todos los barrios, decididos a debutar como hombres; y señores comunes y corrientes que, insatisfechos con sus parejas, tiraban una furtiva canita al aire. A las casas de cita sólo tenían acceso los

faites y los señorones, aquellos que por pinta, fama, dinero o alguna otra virtud especial, gozaban de las preferencias de las mujeres de vida alegre.

«El Veinte estaba a tres cuadras de la Plaza de La Victoria, en el centro mismo de uno de los barrios más jóvenes de Lima. Era como la casa del jabonero, donde quienes no caían, resbalaban. Los más famosos de la época, artistas, futbolistas, boxeadores, acaudalados comerciantes, políticos, periodistas, llegaban a divertirse o mantenían una relación extramatrimonial con las mejores de la vitrina.

«Una de las más exclusivas casas de cita era la signada con el número 392, que regentaban las comadres Fresia y Grelia; esta última, mujer del chino Polo, guardaespaldas engreído del Presidente Benavides. El propietario de una famosa sombrerería del Jirón de la Unión, mantenía un volcánico idilio con Luz, una de las más bellas y deseadas damiselas. Una linda ecuatoriana, apodada Mona, decía estar perdidamente enamorada del cholo Alcázar, conocido en todo el barrio rojo por su bravura.

«Entre los cabrones de 'las de ventana', sobresalía el negro Matías, capaz, según se decía, de romperle el alma a cualquiera con sólo ponerle una mano encima. Cada noche del Veinte daba origen a uno o varios sucesos policiales, siempre aderezados por licor, pichicata y una extraña combinación de alegría, sexo, violencia y amor.»

(Raúl Serrano Castrillón, *Confesiones en Tono Menor. Óscar Avilés: Setenta Años de Peruanidad*. Prólogo de Ricardo Miranda Tarrillo. Lima, 1994, 19-20.)

«En pleno Huatica, es decir, dentro del mismo Veinte, funcionaba una pulpería de japoneses que se conocía con el nombre de 'Niza' o 'La Punta de Cañete', a la que acudían un grupo de morenos criollos, fervientes devotos del Señor de los Milagros. Allí iban el 'curita' González, famoso cantor de jarana limeña; Enriqueta Cavero, la única mujer que tocaba cajón con la falda arriba y trepada en el viejo mostrador de la pulpería; Eulogio Cavero, simpatiquísimo negro que se ufanaba de su apelativo 'Querubín'; el ***Gato Ruso*** *y María Esther, una entonada cantante de valses criollos. Los hombres pertenecían a la undécima cuadrilla de cargadores del Señor de los Milagros, teniendo el privilegio especial de ser 'esquineros', y las mujeres eran sahumadoras.»*

(Raúl Serrano Castrillón, o. c., 25-26.)

«El ***Gago Cepero****, uno de los hijos de 'Afeitaburro', lo llevaba continuamente* [a Óscar Avilés] *a la casa de su novia en La Victoria, en la única cuadra no corrompida del jirón 20 de Setiembre, o Huatica, la que hacía esquina con la calle Misti*.»

(Raúl Serrano Castrillón, o. c., 52.)

Sofocleto (Luis Felipe Angell]

«Aparentemente sólo se trata de una fecha pero, en realidad, el ***'Veinte de Septiembre'****, familiarmente conocido como* ***'El Veinte'*** *por los miles de parroquianos*

*que semanalmente lo frecuentaban, era en nuestra juventud el único barrio rojo de Lima y un democrático centro de reunión heterosocial donde los marchantes solíamos tropezar, sin mayor escándalo, con nuestro severo profesor de Química o con el cura de la parroquia, vestido de civil. «**'El Veinte'** era, desde luego, una palabra proscrita en los hogares, donde se le consideraba como sinónimo de perdición y, como decían las señoras, un antro de **'mujeres malas'**, sin saber que algunas eran buenísimas, que casi todos los maridos moralistas eran **'habitúes'** de solapa levantada y que a lo largo de sus ocho cuadras el amor estaba (desde cincuenta centavos en la primera hasta dos soles en la última) al alcance de todos los bolsillos. En un país sin instituciones como el nuestro, yo siempre he creído que **'El Veinte'** fue un interesante ensayo institucional, donde los siete días de la semana estaban escrupulosamente repartidos entre una multitudinaria clientela de empleados públicos que iban los sábados; de conscriptos y soldados rasos, que iban los domingos; de curas que iban —inexplicablemente— los lunes; de profesionales que se descolgaban por ahí los martes; y de estudiantes (tanto escolares como universitarios) que nos constituíamos en el teatro de los acontecimientos apenas juntábamos los dos soles reglamentarios para suscribirse en la cuadra de **'las francesas'**. En realidad eran todas polacas y, como una galantería de la casa, despedían al cliente con unas gotitas de agua perfumada, sospechosa mezcla de permanganato con esencia de vainilla que, en un lamentable rapto de ingenio, se me ocurrió calificar como **'Agua de Polonia'**, recibiendo —por concepto de derechos de autor— una cachetada con ida y vuelta de Georgette (en el mundo, Sonia Stokolowski) y la amenaza de contárselo a uno de mis tíos, que también era su parroquiano.*

"—¿Y en esas épocas usted estaba en el colegio o en la universidad, ingeniero?

"—En el colegio. Cuando entré a la universidad, 'El Veinte' se llamaba 'Jirón Huatica' y la cuota de ingreso había subido a cuatro soles. Si no cree, pregúnteselo a cualquier profesor de la Católica, porque todos iban…

*"Bueno, **'todos'** no, porque algunos eran misóginos (que iban a Misa a diario) y otros se conformaban con lo que tenían en casa. Pero, en realidad, **'ir'** no estaba mal visto, ya que en alguna forma la ciudadanía tenía que arreglárselas. Lo censurable era movilizarse en una cuadra incompatible con la condición y los recursos económicos del interesado. En otras palabras, ser sorprendido en la primera cuadra del **'Veinte'**, resolviendo con cinco reales una urgencia que después le iba a costar doscientos soles entre tratamiento y **'Salvarsán'**, que era algo así como la penicilina de esa época. Muchos, sobre todo los que alguna vez pasaron del **'Veinte'** al Dispensario, tienen hasta ahora una idea sórdida y negativa de lo que fueron esa época y esa larga calle por donde han trotado —con excepción de Paco, que pretendía llegar a los altares, y de Petipán, porque los menores de un metro estaban estrictamente prohibidos— todos los personajes de la política nacional que ahora tienen más de cuarenta años. Pero, en realidad, **'El Veinte'** era algo más que una*

arteria donde no se hacía el amor sino se compraba hecho. ***'El Veinte'*** *tenía un alma, un encanto y una personalidad tan particulares que a veces, de noche, nos dábamos una vuelta por la cuarta cuadra para comer anticuchos o, simplemente, lo recorríamos de un extremo a otro, saludando a las viejas amigas o poniéndonos al día con las anfitrionas que nos daban crédito mientras juntábamos las propinas escolares o ya, más tarde, llegaban los días de nuestras primeras quincenas. ¿Qué será de Blanche, me pregunto, que en sus días de descanso (?) me invitaba a tomar té para hablar de Literatura, como en efecto hablábamos y nada más? ¿Qué será de Katia, con quien jugaba a las damas cuando me hacía la vaca en el colegio…?*

"—¿Cómo, ingeniero… que usted se iba al 'Veinte' sólo para jugar damas?

"—Sí, pero a veinte cobres partido… Y como yo era un fenómeno jugando damas, con diez partidos ya tenía los dos soles para cubrir el presupuesto, ¿se da cuenta?

"¡Veinte de Septiembre! Como en el poema de Rubén Darío, se fue para no volver. Y con él se llevó su infinita melancolía, su mundo de tristeza subterránea y su marco de ventana a la cual nos asomamos un día con la asombrada curiosidad de quien descubre demasiado temprano el otro lado del mundo y de la vida…"

(Sofocleto [Luis Felipe Angell], «¡Veinte de Septiembre!» *La República*, 20 Septiembre 1982, 4. En la sección «Sofocleto en dos columnas».)

Pompilio Inglesi D'Accico

«Menudo problema hablar del tema que incluye La Victoria y dos países del Eje: Japón e Italia. Mejor comenzamos por aclarar las cosas. No se trata de ninguna guerra, no es mi intención el tratar mal ni a uno ni al otro país, sólo intento analizar qué sucedió en La Victoria, nuestra primera urbanización construida a extramuros de la ciudad amurallada de Lima. Por supuesto que no hablamos de esa época, sino de una más reciente; en 1921, para el Centenario de la Independencia, la colonia japonesa radicada en el Perú le obsequió a los peruanos la estatua de Manco Cápac, obra de nuestro escultor el maestro don David Lozano, y que fue inaugurada el 4 de abril de 1926 por el presidente don Augusto B. Leguía.

«Cuando recién la levantaron, se encontraba ubicada en una rotonda que habían construido exprofesamente en el cruce de la avenida Grau con la avenida Manco Cápac, frente al antiguo local del Hospital Italiano de Beneficencia. Al hospital lo recuerdo claramente y hasta fui una vez intervenido en él. El resto no lo llegué a conocer, pero me lo contaron así: mientras se encontraba allí, nuestro primer inca no causaba ningún problema a nadie, y como ésta es otra de las estatuas itinerantes de nuestra ciudad, fue trasladada de su ubicación original a la plaza de La Victoria, la que lleva ahora su nombre. Allí comenzaron los problemas. Hay que observar hacia dónde indica nuestro primer inca, con el índice levantado de la mano derecha: nos

decía dónde quedaba la calle 20 de Setiembre, nominada así para conmemorar el día nacional de Italia, pues los bachiches —incluido el que escribe esta nota— celebrábamos con orgullo la toma de Roma por los partidarios de la unificación italiana que fue preparada por Cavour y Mazzini, para que el rey Vittorio Emmanuele II de la Casa Saboya ***(Casa di Savoia)*** *reinase en la Italia unificada y en los dos reinos de las Sicilias en el año 1870. Luego de la Segunda Guerra Mundial, fue cambiada también la fecha de conmemoración del aniversario patrio de Italia al 2 de junio, día de la República, por lo que no podemos decir que sólo acá se cambian las cosas, también allá, pues es cierto que en todas partes se cuecen habas. El Perú siempre es y ha sido un país muy bien considerado por Italia, así como por muchos de sus ciudadanos que vinieron a radicar a nuestra patria y dejaron sus restos en el cementerio Presbítero Matías Maestro, así como sus fortunas y sus conocimientos tecnológicos para el engrandecimiento de nuestra patria.*

«Los italianos que llegaron al Perú no sólo fueron bodegueros o panaderos —como por fastidiar suelen decirles—, que tampoco es una ofensa serlo, como tampoco es cierto esa famosa letanía que les endilgan, a saber, la de que a los italianos les gustan las negras; pero también las cholas, además las indias, y por qué no las gringas y en general todas las mujeres. Cuántos son los bachiches que aquí contrajeron matrimonio con mujeres de las más diversas razas y se quedaron para siempre. ¿De qué otras nacionalidades se puede comentar sobre este fenómeno de adaptación a nuestro medio? No es por nada, pero los otros extranjeros siempre procuraban emparentarse sólo con sus compatriotas o con los descendientes de los mismos para luego, a una edad madura, cuando ya habían hecho la América y se habían llenado muy bien los bolsillos, tomaban las de Villadiego y se mandaban a mudar a su patria. De confeccionarse una lista con los nombres de ilustres ciudadanos italianos que vinieron a trabajar y dejar sus conocimientos, sus fortunas, sus industrias, sus familias y sus vidas aquí, ésta sería interminable: para muestra, dicen, basta un botón: el sabio Antonio Raimondi.

«Cuál sería la indignación de los ciudadanos italianos, cuando se presentaba el caso de algún extraviado turista que andaba en búsqueda del barrio rojo de Lima y le contestaban:

«'Te vas a la Plaza Manco Cápac y sigues las indicaciones del Inca, él te indicará con su dedo índice cuál es el camino que debes seguir para llegar a tu destino.'

«Cuando llegaba allí, se encontraba siguiendo las indicaciones del Inca, regalo japonés y llegaba a la calle que se llamaba ***'20 de Setiembre'****, día de la Unificación Italiana. Ofensa que no era nada justa, para con un pueblo con el que tenemos tantas afinidades.*

«Craso error el de los dirigentes ediles de la época, que permitieron que sea ubicado el barrio rojo de nuestra ciudad justo en la calle que servía para conmemorar una fecha tan importante para una colonia de gente amiga. El

resentimiento aumentaba de día en día, pues las meretrices se dedicaron a celebrar su día, ofreciendo tragos y servicios profesionales gratuitos, justamente el día en que los ciudadanos italianos celebraban el día de la unificación de su patria. Qué fue lo que no hicieron los de la colonia para que se le cambiara de nombre a la tristemente célebre calle.

«Cuando era niño, no me percataba del problema, a pesar de que en más de una conversación escuché cómo le tomaban el pelo a mi padre —quien, como yo, muchos pelos no tenía— y se pegaba cada calentura, que para qué les cuento.

«Cuando llegué a la adolescencia, todos los muchachos del barrio iniciaban sus primeros pasos en el descubrimiento del sexo. En esa época, ya habían ganado los italianos su primera batalla: lograron que se le cambiara el nombre a la calle del barrio rojo, por el de calle Huatica. Pero nunca pudieron hacer borrar de la memoria a las niñas de la vida alegre, el día que ellas habían institucionalizado como el Día de las Putas y su celebración anual; gracias a los cambios producidos por la Segunda Guerra [Mundial], *se cambió también la fecha del aniversario patrio italiano, tal como lo indiqué líneas arriba, lo que fue un alivio momentáneo. Pero todavía hay algunos que no han olvidado la tradición o conocen la historia y continúan con la chanza. Para los italianos, aunque hoy en día celebran en junio su aniversario patrio, el 20 de Setiembre seguirá siendo con orgullo la marcha sobre Roma y no el Día de las Putas.*

«Yo conocí el jirón Huatica. Creo que todos los de mi generación desfilaron algún día por allí, aunque sea por curiosidad, y no temo equivocarme, pues era como la casa del jabonero: el que no caía, se resbalaba, ya sea para cerciorarse de la cuadra de las gringas naturales, la cuadra de las gringas con su plata, la cuadra de las de primera, de segunda y de tercera categoría, variando el monto del valor de la mercadería según la ley de la oferta y la demanda. No es que yo sea un puritano o cucufato, pero gracias a Dios lo erradicaron de tan céntrica calle, porque ese barrio verdaderamente aunque era muy folclórico, era nauseabundo y asqueroso: cuadras de cuadras llenas de mujeres de todos los tipos, semidesnudas, mostrando sus bondades o desastres a través de una puerta, la que cortaban en dos. Por la parte alta, mostraban su mercadería y en el caso de encontrar algún marchante que deseaba sus servicios —que algunas los ofrecían y pregonaban—, abrían la otra media hoja para hacerlos pasar a un mugroso cuarto, sin servicio de agua potable ni desagüe y que para remate apestaba a ruda mezclada con aromas de colonia barata.

«Como el Hospital Italiano quedaba allí, más o menos dos cuadras hacia la Plaza Grau, dicen que un día una señora italiana, conocedora del problema de la nominación de la calle, pero que desconocía dónde se encontraba ubicada, tuvo que llevar a su niño al centro hospitalario. Luego de la visita, se vio precisada a tomar un taxi para que la llevara a su domicilio.

«El chofer, criollo, mañoso y pendenciero, se percató al escuchar las primeras palabras de la dama, de que era italiana. Por jugarle una mala pasada, subió dos

cuadras por la avenida Grau y giró a la derecha Justo por el jirón Huatica. Eran aproximadamente las cinco de la tarde y las niñas de la vida alegre se encontraban en las ventanas, los clientes y oletones llenaban las veredas y parte de las pistas. Inocentemente, el niño le preguntó a su madre, qué hacía allí tanta gente.

«Ella, en una situación un poco embarazosa, le trató de desviar la conversación, pero el niño insistía. No tuvo más remedio que responderle.

***«—'Las señoras que están allí se dedican a adivinar la suerte'**, le comentó la madre.*

«El chofer, con ganas de mortificar, que era su objetivo, replicó:

«—'Señora, no sea mentirosa, dígale la verdad a su hijo, ¡dígale que son putas!'

«El niño, aún con mayor curiosidad, le volvió a preguntar a su progenitora:

«—'¿Mamá, mamá, y qué hacen las putas?'

«—'Te explicaré'**, le contestó calmadamente la madre, **'son tan mujeres como yo, pero con los años llegan a ser madres, y sus hijos, cuando crecen, sólo sirven para ser choferes de taxi'."

(Pompilio Inglesi D'Accico, *lo Lima*. [Lima], 1994, 51-56: «La calle Huatica, hoy calle Renovación.»)

Domingo Tamariz Lúcar

«En La Victoria se acurrucaba el famoso barrio de Huatica, que en su legión de mujeres licenciosas aún mantenía a algunas prostitutas francesas —que diz habían llegado a Lima en los tiempos de Leguía—; ya viejas, gordas, y pintarrajeadas, forzando una sonrisa para vender, acaso, sus últimos encantos. El ambiente en esas cuadras estaba impregnado de un fuerte olor a aguarrás, que las meretrices, todas solícitas, usaban después de cada práctica.

«El servicio fluctuaba entre 5, 8 y 10 soles. Ningún muchacho de mi época dejó de visitar este pintoresco barrio, en el que muchos gozamos por primera vez del placer del sexo, palabra que, por otro lado, su sola mención sonrojaba a los mayores.

«Huatica, que también se le conocía como 20 de Setiembre, hoy se llama Renovación, nombre que lejos de hacer olvidar su pecaminoso pasado, lo asocia, más bien, a lo que fue.»

(Domingo Tamariz Lúcar, *Memorias de una Pasión. La prensa peruana y sus protagonistas*. Tomo I, 1948-1963. Lima, Jaime Campodónico, 1997, 31.)

Manuel Bentín Diez Canseco

«Hace más de cinco décadas reinaba en el mundo diplomático y en los salones limeños el Excelentísimo Ambasciatori D'Italia, Don Ricota di Cristaldi i Calabria, rico y ocioso, criado entre gente mundana y desenvuelta, encarnándose en él al ***vero maschio*** *italiano, haciendo alardes de mujeriego y de fiel practicante de los ritos cristianos. Sus abiertos golpes de pecho dominicales corrían parejas con los desbandes a que sometía a su cuerpo. Sumado a esos atractivos, que extasiaban a beatas y libertinas, él era el sumo sacerdote de una colonia que contribuía visiblemente al desarrollo del país andino.*

«Don Ricota atravesaba por el mejor momento de su vida, enormemente satisfecho con los logros de la pujante colonia, del aura y prestigio que encumbraba a todos ellos y, por encima de todo, engolosinado con su estampa viril de cara al gran espejo. Esos laboriosos inmigrantes controlaban con largueza el más poderoso Banco del sistema y las más renombradas textilerías de interminable trama; se multiplicaban los molinos de codiciada harina, las compañías de ***navigazione*** *incrementaban su ir yvenir al Mediterráneo,* ***'La Voce D'Italia'*** *tiraba más de tres mil ejemplares, el semanario* ***'Alalá'*** *era bien recibido por las prédicas y el torso desnudo de Mussolini; era exaltado con locura el dominio de escena de barítonos y tenores; se preferían ostensiblemente las bellas* ***màcchine*** *ensambladas en Torino, los triunfos constantes de los* ***Canottieri*** *con contagioso júbilo en la rada, las veladas culturales que descollaban en el Museo Italiano y, como si fuera poco, todos respondían con una rica bolsa para causas nobles y humanitarias.*

«Un día de semana se excusó con su mujer por tener que ausentarse todo el día en misiones propias de su cargo, quien desolada frunció el ceño pero sumisa no dijo nada. Más tarde hizo lo mismo con el Cónsul, el ***signore*** *Renato de la Cavalla, un genovés irremisiblemente perdido por el trabajo, quien con ojos escrutadores y un disgusto velado observó a su paisano: finos pantalones de pana, camisa de seda y un casaca de ante del Piamonte, acompañados de ese aire burlón y satisfecho, encendido de salud y alegría, enmarcados en un cuerpo alto, robusto, de prominente barriga que afirmaban su buen* ***dente*** *por la pasta* ***asciutta*** *italiana. Era a no dudarlo una clarinada de que se embarcaba en una aventura de la que los tenía acostumbrados. Al* ***Signore Ambasciatori*** *las habladurías a sus espaldas le importaban tres pepinos: a su* ***donna*** *la callaba con un potente rugido napolitano, y a sus subalternos, si lo perturbaban, les insinuaba perversamente una demora en sus ansiados aumentos.*

«Tomó asiento repantigándose en el mullido Bugatti de doce cilindros, una auténtica maravilla de la ingeniería móvil, brillante y reconocible, con la orgullosa tricolor en bronce y esmalte en su parrilla. Era una gracia que se permitía en una ciudad entrañable y provinciana, desatando en el populacho gritos eufóricos de adhesión y simpatía y que él, agitando los dedos, bienvenía con zalamería. Después de unas vueltas y de recorrer estrechas calles, recogió a Concetta, una criolla guapa que no era otra que Consuelo García, dama quepor aquel entonces le merecía

atenciones y era blanco de sus desvelos. Luego de internarse por los Barrios Altos y bordear los extramuros, tomaron la dirección hacia el sur por rutas polvorientas, flanqueadas por chacras de diversos matices y espaldas dobladas en la cosecha, mientras dirigía a su pareja miradas furtivas, llenas de ansiedad y calentura.

«Luego de hora y media por caminos de herradura comenzaron a avistar el hermoso valle de Surco, una copia limeña del incomparable panorama verde de Orvieto, con sus racimos colgantes que brillaban como prismas, colmando el ambiente con una sensación a nostalgia y reminiscencias. Era para Don Ricota lo más cercano del cielo, casi un paraíso a tiro de piedra, en donde se habían asentado generaciones de sus queridos compatriotas, maestros vinificadores de sabiduría heredada, genios en la botánica, brotes, injertos, desqueje, acodura y amugronamiento. Era un terruño vedado a profanos, muy lejos de entender los maravillosos efectos que un soberbio aterciopelado podía causar en el guargüero. En ese remanso de Italia él era casi un héroe, un Don Juan salido del ***écran****, un manantial de vitalidad y, a decir de todos, el alma del festejo.*

«Los doscientos metros finales que lo conducían al rancho y a las bodegas, bordeados de tapias de adobe, dejaban flotar en el aire un penetrante olor a carne puesta con anticipación al fuego. De pronto, como cuando el diablo mete su cola, comenzó a tomar forma una dificultad imprevista: se acercaba en sentido contrario un camión repleto de canastas y damajuanas de vino, desafiante en la parte central y haciendo sonar su bocina con inusitada vehemencia. Al volante iba un negro de espanto con bíceps de troglodita. El diplomático agitó una mano y lo conminó a ceder sitio, gruñéndole su protesta:

«'Largo, fuora da via, largo' *—para continuar insolente como dueño del predio —* ***'Diàmine! Non capite niente?'****, balanceando ambas manos en un signo evidente. El negro, ya muy cerca, se infló los carrillos presionando los labios contra su lengua salida, soltando una réplica sonora muy similar a los pedos. Enardecido y rabioso por el intolerable irrespeto chilló con más fuerza:* ***'Fuora da via… porca miseria… mascalzone di merda!'***

«El moreno manipuló el camión lo mejor que pudo y mirándole desafiante le espetó de hito a hito: ***'¡Gringo bachiche, anda a gritar a tu tierra… carajo!'****, una orden comandada con el furor del trueno, para añadir groseramente:* ***'¡Antes de dártelas de pendejo averigua en La Victoria qué hacen tu madre y tus hermanas, que tú, al igual que ellas, celebras como un cojudo el 20 de Setiembre!'****. Enganchó primera con parsimonia y, por si acaso recibía vuelto, remató por todo lo alto:* ***'¡Muera Mussolini, el tirano fascista!'***

«Don Ricota, hombre de control y experto en mil astucias, evitó maldecir abiertamente ante la humillación recibida, consciente además de que estaba huérfano de auxilio y, entre confuso y torpe, intentó devolverle el color a su cara y no hacer el ridículo delante de Concetta. Como quien desprecia las valentonadas de un enano a quien se le perdona la vida, musitó una cólera asordinada desprovista de

pasiones: ***'Porca miseria… Figlio da puta.'*** *Pero para sus adentros la ofensa recibida lo hundía en una oscura atmósfera de vergüenza y sufrimiento: ¡pase el insulto a Benito —se decía—, comprensible envidia al Imperio Italiano!… pero, ¿quién se creía ese atorrante para mancillar un símbolo patrio? El acordeón, el gentío, unas* ***canzonettas*** *a coro lo sustrajeron del lamentable incidente, el vino ayudó con más efecto, las* ***lasagnas y spaguettis*** *le alegraron las tripas, la pasó feliz repartiendo viejas liras, cantando a voz en cuello y besando con aspaviento los carnosos labios de Concetta.*

«Al día siguiente de camino al consulado, hirviendo de mala leche, parecía que su vida anterior se había esfumado y sólo comenzaba a partir del momento en que lo había increpado el negro. Espoleado por la injuria se preguntaba: ¿Quién era aquel osado que se atrevía a insultar a Italia?… ¿Cómo conocía la fecha exacta de las efemérides patrias? Estaba encrespado, empachado, pero al mismo tiempo incapaz de poder pensar en otra cosa. De por medio estaba su amor propio, el trastrocamiento de la adulación continua por el más vil de los desprecios y no se detendría hasta encontrar el castigo, aquel que le devolviese la respetabilidad deseada, ¡Ya aprendería ese negro como mono tras las rejas!

«De la Cavalla vino corriendo, dispuesto a solucionar los embrollos de su amo. ***'¡Certo… certo*** *—le decía inclinándose—,* ***los camioneros son a veces unos irresponsables!'****, pero Don Ricota, emperrechinado, con las velas desplegadas por la ofensa recibida, irritado como un trasero al que le frotan una lija, quería sanciones drásticas y ver rodar la cabeza con la lengua bien metida. Con gran tacto, mientras lo calmaba con las palmas muy abiertas, empezó por las razones de más peso: el chofer era un servidor de la zona, de su trabajo dependían ocho bocas morenas, su padre era un siciliano arrejuntado con la zamba Mary, de aquellos de la* ***omertà*** *y el beso de despedida y, para más señas, le hizo ver que el escándalo no convenía, que las resonancias podían llegar hasta la curia romana, de su intachable imagen ante la villa de mil iglesias, de la imprudencia de sacar a la luz sus arrechuras con Concetta. Esas reflexiones lo asustaron y lo frenaron un poco, aunque sin olvidar los acertijos misteriosos:* ***'Ma, caro, ¿qué pasa con el 20 de Setiembre?, ¿quién es ese desgraciado para denigrar a mia sorella, a mia mamma, a mi querida patria****?' De la Cavalla, angustiado en extremo, fue desenrollando con prudencia la cortina de manchas, cruda, fea y desagradable, aquella que mancillaba en lo más recóndito el orgullo patrio.*

«Efectivamente —dijo de la Cavalla— el 20 de Setiembre, día glorioso y nacional de Italia, había sido asignado a una calle del barrio de La Victoria. Eran cinco cuadras en donde se concentraba el pecado, el vicio, la lujuria, las peores aberraciones sexuales; y por allí pululaban rufianes, atorrantes, toda la escoria; una peregrinación vergonzosa de comecuras, agnósticos, malandrines, inmorales, viciosos, corrompidos, el lumpen en busca de relaciones ilícitas, mujeres de la vida alegre, lupanares por cientos, un barrio pecaminoso, más rojo que el fuego del

infierno. Una vez que don Ricota pudo regresar su mandíbula caída, comenzó a dar de gritos jalándose de los pelos: ***'Mamma mía, porca miseria… puttane, puttane!'*** *Y, eso no era todo, las putas celebraban a nivel nacional, como su día, el 20 de Setiembre.* ***'¡Qué deshonra! Puttane di merda!'***

«El excelentísimo ***ambasciatori*** *comenzó a laborar desde ese día como nunca antes lo había hecho, tercamente concentrado en sus obstinadas pesquisas, como un sabueso tras la pista, dispuesto a hacer la luz sobre ese baldón de tinieblas, intentando llegar a la génesis de tan vergonzoso desatino. Así pudo saber quién era el responsable de semejante cacasenada y de la culpa ingenua desprovista de malicia. Veinte años antes, don Giovanni Bolognesa, un próspero industrial en chocolates y golosinas, había descollado como empresario, sufriendo además debilidades por la política, por lo que se embarcó en una campaña de relaciones que lo llevaría a ser cabeza del municipio moreno. Al juramentar invocó a Dios, agradeció a la colonia, a su madre, y prometió crear una* ***píccola*** *Italia como en otras metrópolis. A las pocas semanas, unas cuadras más arriba, hacia donde apunta Manco Cápac, bautizó con gran pompa dos calles paralelas, una con el nombre 20 de Setiembre y la otra con Garibaldi, el paradigma de la reunificación italiana.*

*«****'A la puttana!'****, bramó Don Ricota con indignación y asombro. Desde ese mismo día puso sus mejores esfuerzos para borrar, en aquella zona, todo vestigio de vergüenza. Movió influencias de rey a paje y, en medio de gran sigilo, esta vez sin ceremonias, las calles fueron rebautizadas, tocándole a la más famosa el nombre de Jirón Huatica, un riachuelo desconocido de tiempos de la Colonia y que, con el discurrir del tiempo, se haría más popular que Amat y la Perricholi. La actividad de aquel lugar, invariable en su comercio carnal, sería el lugar de tiro y entrenamiento de muchas generaciones, de victorias y derrotas, de grados por hazañas, de capitán a teniente por las heridas recibidas. Hasta hoy día, por servicios en campaña, se recuerda sin vergüenza a los más destacados huatiqueros. Con el referéndum, celebrado en Italia, el país se convirtió en 1946 en República, cambiando la fecha patria por la de 2 de Junio, borrándose para siempre cualquier vestigio incómodo.*

«'En el valle de Huatica habitó un pueblo hasta 1594, situado a espaldas de Limatambo, que se cree haber sido la población donde estaba el templo del Rímac, cuyo riachuelo del mismo nombre servía para irrigar las haciendas de Santa Beatriz, Lobatón, San Isidro, Lince, Orrantia, Oyague, Desamparados, Matalechuza, entre otras.' (D. José María de Córdova y Urrutia: *Estadística Histórica de los Pueblos del Departamento de Lima*, 1839.)

«A finales de 1956 el nombre del Jirón Huatica fue sustituido por el de Renovación y, a pesar del tiempo transcurrido, su recuerdo permanece indeleble en toda conversación picante. ¿Y qué pasó con Don Ricota di Cristaldi i Calabria? Ironía del destino, falleció un 20 de Setiembre de 1963, siendo enterrado en un majestuoso mausoleo del cementerio Presbítero Maestro, coronado con un ángel esculpido en mármol de Carrara, abarrotado de flores y ungido, por una

equivocación, como patrono y beato por las veteranas y sus seguidoras del Jirón Renovación.»

(Manuel Bentín Diez Canseco, «El jirón innombrable». En: *Cuarenta Años después. Escritos de compañeros de la Decimocuarta Promoción del Colegio Santa María, 1956-1996*. Lima, 1997, 47-50.)

Alberto Massa Gálvez

«El siguiente domingo, después de un partido de fútbol de rompe y raja en el Estadio Nacional, entre blancos universitarios y negros quimbosos, conocido como elclásico peruano, decidimos visitar el jirón Huatica, eje de la prostitución nacional.

«No se trataba, ciertamente, del barrio rojo de Amsterdam: eran sólo cinco cuadras en un distrito proletario, una calle diseñada para prostíbulo, un ***boulevard*** *cholo en que los hombres se cruzaban en ambas direcciones, no siempre con el propósito de acostarse con una mujer, sino también de socializar. Se trataba de una suerte de* ***cocktail*** *menestral, al aire libre, donde todos se conocían y saludaban.*

«Generalmente se encontraban después de siete días, se increpaban cariñosamente inasistencias de semanas anteriores y se despedían prometiendo volver el próximo domingo. Se bebía cerveza en las esquinas, con fórmulas de cortesía y con el dedito meñique levantado. 'Salud' era la palabra obligada. La gente hacía esfuerzos por invitar, o sea, por pagar el consumo de sus contertulios a pesar de los magros presupuestos. Era bien visto este tipo de gestos, que confería mucho prestigio.

«El fútbol era siempre un tema de conversación, y daba la impresión de que alguna vez el equipo peruano hubiese tenido un desempeño acertado. Las hazañas de 'Tatán', el Robin Hood de los Barrios Altos, suscitaban la atención de la población; cada quien alegaba conocer a un primo o vecino del antihéroe y daba fe de la fortuna o las mujeres que poseía el hampón.

«Las meretrices se exhibían a los transeúntes a través de ventanucos hechos con ese propósito, y las menos agraciadas lo hacían casi desnudas, conscientes de que las redondeces podían atraer parroquianos. En la cuadra cinco [en la cuatro, en realidad] *estaban las bien parecidas, quienes, lógicamente, cobraban mayor tarifa. Las había francesas y polacas, nacionalidades excéntricas que hacían aumentar el clientelaje. Las reales hembras tenían una hilera de hombres en su puerta, lo que las obligaba a despacharlos en menos de diez minutos.*

«Las habitaciones eran pequeñas, alumbradas por luces mortecinas, de paredes adornadas con recortes de periódicos, generalmente bailarinas de anatomías prominentes y poses provocativas; el cuadro del Corazón de Jesús no podía faltar para darle al ambiente un toque de fetichismo. En la mesa de noche se encontraba una radio, un jabón, un rollo de papel higiénico y un desinfectante. Si el cliente veía

una ampolleta de Benzetacil, debía tomar las de Villadiego, pues era fija la presencia de una enfermedad venérea. En una mesa apartada había una palangana y una jarra de agua.

«La pobre mujer, al recibir al usuario, comprobaba rudimentariamente la ausencia de infecciones y probaba el estado del glande ajustándolo, y luego, con unas palmaditas que parecían premiarlo, le aplicaba una cuota de desinfectante. Después se levantaba la falda, se recostaba en su angosta cama y esperaba, en posición de parturienta, la visita de su inquilino.

«—'Vamos, papito, que no tengo toda la noche.'

«—'Es que, ¿sabes?, es la primera vez que…'

«—'No soy supersticiosa, apúrate, que pierdo plata.'

«El cliente necesitado de afecto no encontraba ambiente en esos cubículos automatizados. La anfitriona, totalmente desaprensiva, mascaba chicle, miraba el techo y cambiaba la estación de radio. Quien se sintiese en el paraíso de las huríes mahometanas arrullado por una canción de María Victoria, volvía a la triste realidad abruptamente con la explosión de un fox-trot, y tenía que alejarse del lugar pagando la tarifa y sin cumplir con su lúbrica intención.

«Cuando un jovenzuelo terminaba satisfactoriamente la tarea, vencido el trance nervioso, podía apreciar sólo entonces con tranquilidad el movimiento de la calle y el aspecto de la gente. Estaban los meditabundos, los filosóficos, los montubios, que caminaban con las manos en los bolsillos, capaces de desarrollar complicadas tesis sobre el amor y el erotismo, parientes cercanos del lobo estepario. Otros observaban a las mujeres con codicia, acercándose a ellas, comiéndoselas con los ojos; se les apodaba 'Mirandas', jamás rindieron culto a Venus y eran sospechosos de onanismo.

«Los había negros gritones y revoltosos, de vulgaridad ostensible incluso en aquel lugar de por sí ordinario. Existían también personajes acicalados con temos domingueros, bigotito de cantante de boleros, pantalones tubos y chaquetas hasta la rodilla; los zapatos eran de dos colores y el sombrero, adornado con plumita, imitaba la moda del pachuco mejicano representado por el cómico 'Tintán'. El futbolista Germán Calonge [o mejor dicho, Germán Colunga] *era el abanderado de estos 'elegantes'.*

«Jóvenes ambulantes de ambos sexos ofrecían cigarrillos y preservativos. ***'Jebe, jebe, jebe'****, voceaban los vendedores, pues la palabra condón hubiese sido chocante, incluso en ese ambiente.*

«Los cafichos eran una suerte de administradores de las meretrices, y los más exitosos tenían a su cargo hasta media docena de mujeres. Vendían protección. También se definían como 'maridos'. Se sentían seductores, y posiblemente lo fuesen a esos niveles. Se creían valientes, pues no sentían reparos en encajarle un par de bofetadas a cualquiera de sus pupilas. Su orgullo radicaba principalmente en su condición de prósperos mantenidos.»

(Alberto Massa Gálvez, *Con Ojos de Cocodrilo*. [Lima], Ediciones Pájaro Azul,

1997, 170-173.)

Carlos Alberto Seguín

«[Sesión del] *25 de Junio* [Dialogan el psicoterapeuta y el paciente.]

«Sí; mi iniciación en el prostíbulo. No pude negarme a ir. La presión de los amigos se hizo irresistible. Varias veces, con pretextos diversos, había evitado acompañarlos. Tenía miedo. No sabía a qué, pero la idea de enfrentarme con una de esas mujeres me llenaba de pavor, curiosamente acompañado de excitación y deseo.

«Una noche no pude evadirme y me uní al grupo. Me llevaron al Jirón Huatica de mis recuerdos infantiles.

«El Jirón Huatica. Desde mi niñez había tratado de acercarme a él, pero me invadía un temor vago cada vez que lo hacía. Algún día, en compañía de mis amigos, me atreví a recorrerlo, caminando por el centro de la calle y mirando, temeroso y lleno de curiosidad, a ambos lados.

«¡Tanto habíamos hablado del Jirón Huatica! Eran siete cuadras, desde la Avenida 28 de Julio, y, típicamente, algunas eran las preferidas, sea por su vecindad a esa arteria, sea porque, como se comentaba, allí se hallaban las mejores mujeres y ciertamente las más caras. Los recuerdos de mi infancia se mezclaban con la realidad presente, pero no lograba perder el miedo.

«Esa noche nos encaminamos hacia allí. Confieso que yo estaba angustiado, casi temblando. Recorrimos la calle de arriba abajo, entre grupos de hombres y mozalbetes que la llenaban, y no me atreví a entrar por ninguna de las puertas abiertas ni a acercarme a las mujeres que, desde las ventanas, se mostraban más o menos desnudas.

«Comprendí que no podría evitarlas en esa ocasión e, inconscientemente, caminé una callejuela lateral y entré en una de las casuchas que, por estar fuera del Jirón mismo, me produjo menos miedo.

«Recuerdo vagamente que cruzamos una habitación, luego un pequeño corredor, que se me antojó larguísimo, y llegamos a otra. Me fascinó mirar las paredes. En la cabecera de la cama se veía la imagen de una Virgen. Era un cromo, reproducción de algún cuadro colonial. La virgen, con esa carita linda, que no dice nada, llevaba en sus brazos a un niño que era, más bien, un pequeño adulto. Estaba ricamente vestida y rodeada de angelitos, que flotaban a su alrededor. Una lucecita la alumbraba, dándole sombras y reflejos inusitados.

«El resto de las paredes estaba casi cubierto con desnudos, sacados, seguramente, de algún almanaque.

«La voz de la mujer me hizo reaccionar y pude mirarla, entre asustado y atraído. Era más bien baja, cubierta apenas con un sostén y un pequeño calzón. Bastante joven. No me atrevería a calcular su edad. Creo que no llegaría a los treinta. Su piel

morena, que se adivinaba cálida y suave, me atraía. Bien formada, ancha de caderas, con muslos redondos y firmes. Pude entonces mirarla de frente. Sonreía, pero su sonrisa era puramente facial. Detrás de sus ojos, negros y hondos, había algo de lejano y ausente.

«—¿Es la primera vez? *—me dijo y se acercó lentamente. Ante mi terror contenido, procedió al ritual de limpieza y preparación que ya me había explicado.*

«Me pareció hermosa. Su cuerpo, de color canela, se hacía más vivo sobre la sábana blanca y sus curvas se acentuaban al destacarse por contraste.

«El temor se extinguió y un calor agradable y creciente fue apoderándose de mí. Sentí mi erección y me dirigía hacia ella, encendido.

«Me eché sobre su cuerpo, tibio y suave, con la intención de penetrarla. Entonces, sucedió lo peor. Ella, en su afán de ayudarme, tomó mi pene en sus manos y lo condujo hasta la entrada de la vagina. Bastó ese gesto para que perdiera completamente la erección, que no pude recobrar.

«Se mostró comprensiva.

«—No te preocupes. Les pasa a todos, al principio.

«No pudo dejar de notar mi pánico y, entonces, se colocó a mi lado y, muy suavemente, me acarició la cabeza y el pecho. Mis manos resbalaron por sobre su piel y volví a excitarme. Esta vez, el pensamiento de que iba a iniciar el coito produjo, instantáneamente, que la erección desapareciera.

«Casi me puse a llorar pero ella, dulcemente, siguió acariciándome un largo rato. Me fui calmando.

«—No te asustes *—repitió, y en su voz había una serenidad y diría que una bondad, inmensa.*

«En lo más hondo de mi ser agradecía su actitud y la besaba blandamente.

«—La próxima vez será distinto *—me dijo, y en su voz había una mezcla de seguridad y paz.*

«Volví. Me recibió sonriente, como a un viejo amigo. Me tomó nuevamente de la mano y me condujo a la habitación. Confieso que estaba casi temblando.

«Luego del ritual higiénico, me ayudó a despojarme de la ropa y se acostó a mi lado.

«Su voz me parecía buena y en su actitud no había dureza ni agresividad.

«Mi tensión fue desapareciendo poco apoco y comencé a acariciar su cuerpo. Una ola cálida me invadió y sentí que estaba erecto. No hice ningún movimiento y ella, siempre conversando, se acostó sobre mí y se quedó allí quieta. Por un momento creí que volvería a fracasar pero, cuando quise intentar la penetración, me lo impidió.

«—No te apures. Me resultas simpático y me quedaré contigo todo el tiempo que quieras.

«Ahora, pienso que lo que hacía estaba estudiado para tranquilizarme, pero entonces me aferré a su simpatía y la dejé hacer.

«Luego de un rato, en medio de caricias, que eran, a la vez, suaves y lascivas, se sentó sobre mí y mi pene se hallaba en su vagina.

«Me olvidé de todo y me entregué completamente al momento y al placer.

«Salí enamorado de la muchacha morena y jurándome que jamás me acostaría con otra. Recordaba la sensación de sus labios en mi mejilla, al despedirse, con una mezcla de ternura y pasión.

«—¿No sintió miedo?

«—Algo me detuvo un momento, pero las caricias de la mujer, su sabia conducción, su voz suave en mi oído, me hicieron olvidar de todo.

«Muchas veces volví a buscarla. Si alguna la hallaba ocupada, una ola de desilusión y celos me envolvía y abandonaba el local como ofendido.

«Pensaba en ella constantemente y soñaba con ella. Un día me informaron que se había ido de la casa y que no volvería. Creo que lloré. Nunca más, lo digo porque así lo siento aún hoy, doctor, me he sentido tan feliz en el lecho con ninguna mujer y todavía la recuerdo con cariño, a pesar de todo…

«Quedé en silencio.

«—¿A pesar de todo?

«—Los días siguientes estuve, al mismo tiempo que envuelto por la seducción de la mujer, desorientado y confuso. Recordaba mi niñez, las prédicas de mi madre, su horror cuando hablaba de 'esas' y me preguntaba a qué se habría debido todo ello cuando mi experiencia actual me probaba lo contrario. Desgraciadamente, el entusiasmo duró poco. Muy pronto comencé a sentir síntomas y cuando, a escondidas, consulté a un médico, supe que había contraído una gonorrea. Comprendí por qué ella se había ido."

(Carlos Alberto Seguín, *La Calle Larga*. [Lima], 1983,67-70.)

Luis Millones

«También los veteranos del cuadro llevaron a los jóvenes a descubrir las delicias prohibidas de la vida nocturna. Fue así como los novatos conocieron el jirón Huatica, centro de prostíbulos ubicado en La Victoria.

«Nuestros amigos guardan en la memoria a las ***'madamas'*** *o* ***'mamis'*** *famosas de aquella época. Ivonne y La Chalaca perduran junto con los faroles rojos de las puertas y los* ***'bailaderos'*** *(como llamaban a los salones donde se ubicaba el bar) en cuyos costados se abrían y cerraban los cuartitos en los que se atendía a la clientela.*

«El espacio que rodeaba a la barra servía para que los visitantes escogieran a las anfitrionas y bailasen con ellas. Los compases tropicales que atronaban en el lugar hacían casi inútil todo intento de conversación prolongada.

«Las entradas tenían el control de uno o dos matones que alejaban sin contemplaciones a los borrachos y a los insolventes. Al interior, tres o cuatro

jovencitos, casi niños, corrían entre la cantina (que a su vez hacía de administración) y los cuartos, llevando baldes de agua caliente y las fichas que aseguraban que el cliente había pagado. Ramas de ruda en lo cuartos completaban y daban su olor al escenario.»

(Luis Millones, «El nuevo 'Rodillo Negro'. El equipo de don Adelfo Magallanes». En: Luis Millones, Aldo Panfichi, Víctor Vich, *En el Corazón del Pueblo. Pasión y gloria de Alianza Lima, 1901-2001*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2002, 79a.)

Mario Vargas Llosa

«Entonces [*en* 1953 ó 1954, mi padre] *me consiguió un trabajo de horror en el Banco Popular, en la oficina de La Victoria, donde venían todas las putas del jirón Huatica a depositar sus ahorros. Tenía que contar los soles que traían las putas, que hacían largas colas en las mañanas. Eso era una angustia porque pensaba que se me iban a perder los billetes. Odiaba el banco.»*

(Alonso Cueto y Úrsula Freundt-Thurne, editores, *Mario Vargas Llosa. La vida en movimiento*. Presentación de Luis Bustamante Belaunde. Prefacio de José Manuel Prieto Grandal. Introducción de Alonso Cueto. Prólogo de Fernando Savater. [Lima], Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 2003, 37.)

Eloy Jáuregui

"El jirón Renovación [antes Huatica] *es un tajo cicatrizado en el mismo vientre el distrito de La Victoria. Nueve cuadras son suficientes para exponer la filosofía y la polisemia del barrio. Y el barrio —según los fastos de las ciencias sociales— es el espacio controversial de su cultura, su economía y su leyenda. El jirón Renovación tiene la música latina como marco cultural, ejerce el mercadeo de la pasta básica de cocaína —básicamente desde las seis de la tarde— como uno de sus ejes económicos y fue (es) habitado por personajes del hampa, la vida alegre, los bajos fondos, la bohemia, el acero criollo y el fútbol.*

"Lima, 1945, se acaba la Segunda Guerra Mundial. En las primeras cuadras operaba el lupanario central de la capital. El jirón se llamó entonces 20 de setiembre, pero tiempo después fue simplemente Huatica, porque el acequión del mismo nombre lo hería a la altura de la sétima manzana.

"Las prostitutas 'se vivían' en pequeñas casas con lamparines rojos, con ventanas como escaparates, donde se mostraban sin refajos sus encantos corpóreos. Las había extranjeras —las francesas, las chilenas, las argentinas— y nacionales. Las ofrecían de varias edades, núbiles, maltoncitas, duras o blanditas.

“Las crónicas de la época cuentan de batidas y crímenes. El lugar sin límites era refugio también del lumpenaje capitalino. Delincuentes del bravo y de toda calaña convivían con cadetes de Leoncio Prado —según Mario Vargas Llosa—, señoritos de barrios clasemedieros con estibadores y catchascanistas, con centros ***halfs*** *de equipos de Segunda.*

“[…]

“Desde la avenida Grau, la calle trasuntaba lujuria de pobre y escozor en los rescoldos de las ingles. Era la Lima de la pichicata, la butifarra y el chilcano Cuatro Bocas.”

(Eloy Jáuregui, *Usted es la Culpable. Crónicas periodísticas*. Lima, Carvajal, S. A., División de la Editorial Norma, 2004, 205-206.)

Juan Gargurevich Regal

“Las noticias de que había en La Victoria muchas putas de verdad y que cualquiera podía verlas, hacían obligatoria una excursión. Así que una tarde, luego de las cinco, a la salida del colegio, nos fuimos para allá, excitadísimos por la novedad.

“Todo era cierto. El jirón Huatica comenzaba en la avenida Grau, donde una inusual concentración de hombres nos confirmó que allí era nuestro destino.

“Era la cuadra que llamaban de Las Francesas, todo de puertas y ventanas bajas donde las señoras se exhibían recostando sus enormes senos rosados y haciendo guiños a los viandantes. De cuando en cuando —comprobamos— alguno se acercaba y luego de un cuchicheo entraba a la casita, mientras la bella cerraba la ventana. Eso significaba que allí mismo se ponía en práctica el comercio sexual.

“Estábamos en la tercera o cuarta cuadra, cuando una voz autoritaria nos paralizó de miedo:

“—‘¡Gargurevich! ¿Qué hace aquí?’

“Era el Teniente Ramírez, nuestro instructor de Premilitar.

“—‘Bueno, estamos aquí, paseando… como usted, mi Teniente’ —atiné a contestar.

“Y para nuestra sorpresa nos saludó con cariño, nos felicitó y agregó:

“—‘Vengan, los voy a llevar donde mis favoritas… les encantan los jóvenes.’

“—‘Pero, no tenemos plata; quizá otro día.’

“Creo que temblábamos ante la posibilidad de enfrentarnos a una de esas señoras de tetas desbordantes que se reían a carcajadas de nosotros.

“—‘Otro día, mi Teniente.’

“Pero ante nuestra sorpresa, Joaquín, el huevón de la clase, al que le decíamos ‘El Pajero Solitario’, dijo con entereza:

“—‘Yo me quedo; aquí tengo veinte soles.’

"Y enfilando directo a una de las doñas de carnes más generosas, le preguntó:
"—'¿Cuánto me cobra por un ratito nomás?"'

(Juan Gargurevich, *Lo Mejor de Cucú Press*. Lima, Juan Gargurevich Regal / Cucú Press Features Syndicate, 2006, 21-22.)

Nicomedes Santa Cruz

«El Veinte»

Llegaron por los años veintitantos,
de París, de Versalles, de Marsella.
'Nanette' era un bombón, 'Lulú', tan bella,
que Lima sucumbió por sus encantos.

Aquí nuestros paisanos, poco santos;
quién más por el favor de su doncella,
entablaron terrífica querella,
donde quedaron muertos unos cuantos.

El tiempo, inexorable en su sentencia,
trajo con la vejez la decadencia,
y la Francia no fue tan inmortal

Y surgió una 'Manuela' y una 'Rosa',
y fue esta competencia… amorosa
¡un triunfo de la industria nacional!

(Nicomedes Santa Cruz, *Obras Completas*. Compilación de Pedro Santa Cruz Castillo. Buenos Aires, Libros en Red, Amertown International, S. A., 2004, I, 430: «El Veinte.»)

Nota final

En la revista *Caretas* del 21 de octubre del 2004, N.º 1845, página 50, se publicó una antigua fotografía, muy interesante y tal vez única, del jirón Huatica, quizá de los primeros años de la década de 1930, cuando aún se podía ver el río adyacente del

mismo nombre, aunque en realidad lo que se aprecia es un simple riachuelo.

XII
Viaje macrofalosomial

Noticias y comentarios sobre la dimensión genital masculina: magnitud mayor

«Ventaja, y no pequeña,
tengo en mi carajo:
ninguna mujer puede resultarme
demasiado ancha.»
(***Priapeos***, 18.)

«Los hombres que tenían un pene pequeño
le pedían a Rucanacoto que se los agrandara.
Éste, por tener un pene grande; consiguió una
vez satisfacer plenamente a Chaupiñamca.»
(Gerald Taylor, ***Ritos***
y Tradiciones de Huarochirí, c.10, vv. 22-23.)

«Señora, sabed de cierto
que podedes bien a osadas
medir nueue o diez pulgadas
en mi mango gruesso e yerto; […].»
(Cancionero de Baena,
composición 104, versos 57-60.)

«San Jorge, ya te lo he dicho,
gusta de que la mujer
aguante sin inmutarse
ocho pulgadas o diez…»
(La Abadesa a Doña Inés,
en la primera escena del quinto
acto de la *Parodia de Don Juan*,
de Leonidas Yerovi.)

«Es el mejor de los buenos
quien sabe que en esta vida
todo es cuestión de medida
un poco más algo menos.»
(Antonio Machado)

El macrofalo homicida

Una de las historias de la India milenaria asegura que originalmente el falo era tan grande, que el hecho de estar la mujer a cien metros de distancia no impedía el ayuntamiento.

Además de ser la suya magnitud formidable, sorprendía hasta el pasmo su fortaleza. Miguelangelesco, pasmaba también su movilidad.

Cierto día, este respetabilísimo señor horada la pared de una casa, ingresa en ella, tumba a la moradora, penétrala incontenible hasta el recodo de la garganta, dobla, alcanza la boca y, cual boa hematopinta, desemboca ensangrentado y se dirige presto a la cocina; allí destapa la olla, zambulle la cabezota en ella, y de un tirón, gozosamente, la vacía de la rica sopa. Antes de retirarse, mata, o más bien, remata, a su víctima.

Indignadas sobremanera por semejante delito, las mujeres salen en tropel para castigar al asesino, que por su gigantez se las ve negras para esconderse. No tardan, pues, en encontrarlo y en un santiamén lo acorralan. Rabiosísimas, le pegan un revolcón frenético; lo cortan y punzan (iban armadas), lo abren y traspasan (armadas de cuchillos), lo tasajean de lo lindo (cuchillos filudísimos).

Desfalleciente, culebrea el titán acuchillado, al paso que las furientes vengadoras se ceban en él.

Hubo por fortuna un pedazo, uno solo, el único que el hombre logró evitar que le cortaran; precisamente el que toda la humanidad tiene ahora.

Por eso, y así termina la historia, hoy el miembro mide solamente un palmo de extensión. ([14], 105.)

Y generalmente, ni eso; pero el de Rosendo mide más, y como el suyo, el de otros, que sobrepasan largamente los 21 centímetros del palmo.

Rosendo y los otros

El coruñés Camilo José Cela, escritor de nota y esmerado lexicógrafo, contaba a la periodista Lola Salvador, y sólo como él sabía hacerlo, con inimitable gracejo y salpimentando su discurso con expresivos tacos, o como nosotros diríamos, aderezándolo con lisuras, le contaba algunas anécdotas sabrosísimas, como la siguiente:

«En Padrón [distrito judicial de la provincia de La Coruña], *cuando va un matrimonio de forasteros visitantes, enseñamos* —dice Cela— *el pedrón donde se amarró la barca del Apóstol, la casa donde murió Rosalía de Castro, la casa donde nací yo (que ahora ya la empiezan a enseñar), la Colegiata, el cementerio y… la polla de Rosendo[*].*

«Rosendo era un peón caminero que tenía una polla descomunal, una polla que daba gusto verla… Así que íbamos a Rosendo y le decíamos:

«—‘Rosendo, enséñale la polla a estos señores.’

«Y él decía:

«—'Hombre, no, Camiliño, no, que me da vergüenza…'

«—'Hombre, pero qué dirán estos señores, que vienen de fuera. Te invito a una copa de aguardiente.'

«—'No, tienen que ser dos.'

«—'Bueno, pues dos.'

«Y entonces se desabrochaba el pantalón y le caía, como una liebre muerta, una polla descomunal que le llegaba hasta las rodillas [[*]]; *y entonces él miraba muy tímido hacia la señora forastera y decía:*

«—'Señora, usted dispense, pero así tiene poco lucimiento…'» ([37], 26.)

Buena polla, pollaza, la rosendina, evocadora de la *«masculinidad inverosímil»* del José Arcadio garcimarquezano, que la lucía *«enteramente tatuada con una maraña azul y roja de letreros en varios idiomas»*. ([17], 84.) Pródiga fue también Natura con el Boa, a quien Vallano le decía siempre: *«haznos una demostración, orina por encima de la correa», «muéstrame esa paloma que te llega a la rodilla»*. ([42], 174.)

En su obra *L'Ethnologie du Sens Génitale*, dice Jacobus haber visto entre los sudaneses musulmanes el pene más grande: 30 centímetros de longitud y 6 de diámetro. Era una *«máquina terrorífica»*, manifiesta Jacobus, más propia de un burro que de un hombre. ([13], 55.)

A propósito de la mención jumental: ¿Y el moreno fálico-asniforme que conoció Arguedas, aquel negro preso cuyo miembro era *«inmenso como el de una bestia de carga»* y que por mostrarlo cobraba *«un solcito nomás»*?

«Tenía los pantalones rotos; eran trozos de tela sucia que colgaban y mostraban el cuerpo, la piel dura del negro. Pero la parte de adelante estaba toscamente remendada con pedazos de costal y trapos.

«—'Son cuarenta centímetro, patrón, naides tiene en Lima…'

«Estaba idiotizado, pero las palabras con que proponía su ***'negocio'*** *no las había olvidado. Y todos los días revisaba la tupida tela que protegía su bragueta. Cada preso nuevo que caía al segundo piso le pagaba por la exhibición. Si iban especialmente donde él, cobraba más.*

«—'Un solcito, nada meno… Son cuarenta centímetro. ¡Hay que ver!'» ([2], 142.) (En la página 28, Arguedas dice que el negro cobraba diez centavos. Presumo que ésa era la cantidad, y no un sol, porque un sol, en los últimos años de la década de 1930, era mucha plata.)

Que *«naides»* tuviese en Lima a la sazón un pene de cuarenta *«centímetro»*, era sin duda cierto. Pero es opinable que medida tan extraordinaria correspondiese exactamente a la de la prieta verga del recluso. Porque nadie, que yo sepa, verificó tal medición; y el negro pudo haber exagerado, o medido mal.

La impresión de Arguedas fue la de ser cuasi asnal la longitud de aquel miembro. Pero la ciencia no vive ni medra de simples impresiones; ha menester de datos

precisos. Y en este caso, desgraciadamente, no los hay.

Y dígase otro tanto de la polla de Rosendo. ¿Medirían ambos príapos, si eran tan magnos como nos los pintan, 12 pulgadas, 13, 14? Posiblemente.

¿Estarían encorbatados? Pregúntolo porque en esta tres veces coronada villa hubo un fulano de impresionante verga, que *«a lo mejor de la jodienda»*, como dice el tradicionista, quitaba el pañuelo que servía de corbata al monstruo y largaba el chicote en banda. Resta por averiguar si para dicha o desdicha de la recipiente. ([31], 29.)[*]

Mi padre conoció a una sufriente confesa por la macrofalosomía de su consorte, que para que decrezca la supercriatura, poníale toalla, que no pañuelo; y aun así, incomodaba mucho a la señora; de suerte que el trámite talámico era casi martirial.

Peter Quennell reprocha a Cleland la comisión reiterada de la *«falacia longitudinal»* ([7], xii); pues efectivamente los más de sus personajes tienen miembros colosales. Y al menos en un caso, con ser tanta la largura, admira más la prodigiosa anchura, como que podían haberse echado tranquilamente los dados sobre el portento, cuya *«enorme cabeza parecía, en cuanto color y tamaño, algo así como el corazón de una oveja corriente»*. ([7], 171.)

Sin duda ni el poeta Horacio tenía un atributo así; y conste que él era dueño de uno muy considerable. El emperador Augusto, sabedor de ello, lo nombraba diciendo *«potissimum penem»*; y el mismo Horacio decía de su potentísimo pene que era un *«homuncionem lepidissimum»*, un lindísimo hombrezuelo.

Aquel rey de demasías que fue Heliogábalo estimaba muchísimo las méntulas sobresalientes (*commendatos sibi pudibilium enormitate membrorum*). (*Mentula* llaman Catulo y Marcial al miembro viril; y *mentulatus* —mentulado— se dice en la *Priapeia* del que lo tiene muy grande.) Heliogábalo llegó a elevar a las primeras dignidades del Imperio a ciertos personajes que justificaban tal munificencia por el solo título de la magnitud hiperbólica de sus atributos viriles.

«En las comesaciones [***comessationes***, festines] *les hacía sentarse a su lado, en íntimo contacto, deleitándose en obscenos y vergonzosos tocamientos (**eorumque attrectatione et tactu praecipue gaudebat**); y sólo de mano de ellos quería tomar la copa en que bebía, en honor de sus altos hechos y de los suyos.»* ([12], I, 528; véase también la página 300.)

Una damisela llamó muy sorprendida *«monstruoso»* a Casanova cuando el célebre donjuán le enseñó su atemorizante carajo; *«me dais miedo»*, dijo ella al verlo. ([4], I, 648.) Marañón considera presunta esta grandeza viril del famoso aventurero veneciano, y dice que no concuerda con su improcreatividad. ¡Pues qué, aun si no concordara, qué más da! ¡Qué tiene que ver el culo con las témporas! ¡Confundir la capacidad fecundante con la magnitud genital! ¡Dios mío!

Marañón, que no ocultaba su desafecto por Casanova[*], siente ridiculísima la confesión de éste, en una de sus cartas, en la que se consigna un dato *«del que pueden inferirse, en centímetros, las dimensiones de sus atributos viriles»*. Parecía esto a don

Gregorio *«sospechoso afán exhibicionista»*. ([24], 22.) A mí, al contrario, me parece simple orgullo fálico (y de alguien que no era lisiado al revés).

Consta en el *Zaratustra* nietzscheano una observación sobre el lisiamiento a la inversa, conexionable con la macrofalosomía, porque se podría dar el caso (seguramente se da) de un gran desarrollo vergal coexistente, contrapuestamente, con el ningún desarrollo del resto del individuo. Pudiera ser éste *pura verga*, y, por lo demás, una nulidad. *«Lisiados al revés»* llamaba Nietzsche a estos *«seres humanos a quienes les falta todo, excepto una cosa de la que tienen demasiado»*. ([29], p. 2, «De la redención», 203.)

Hans, poseedor de un luengo príapo, dice que en el cotejo del suyo erecto con el de otros competidores, los supera casi siempre por tres pulgadas y ocasionalmente por una sola. *«Personalmente he examinado a Hans* —dice Cory— *y puedo asegurar que no exagera.»* ([8], 65.)

Exagerado, sí, ese Aureliano de *Cien Años de Soledad*, que podía llevar *«en equilibrio una botella de cerveza sobre su masculinidad inconcebible»*. ([17], 328.)

Y exageradísimo aquel teniente de un megalofalo de 18 pulgadas (casi 46 centímetros), pero incapaz de erguirse por su excesiva longitud. (Información del mentulado Holmes.)[*] Inereccionabilidad descalificante para intervenir en esta especie de *Yobutsukurabe* (como dicen los japoneses) o competencia fálica que mi pluma viene desarrollando.

Cuenta Hinostroza que su padre *«tenía una pinga impresionante»*; y en uno de los recuerdos oníricos del poeta, éste compara pingas con su amigo: *«él sacó la suya que era extraordinaria enorme como un brazo y muy gruesa pero además perfecta»*. ([20], 17, 46.)

Que *«parecía un brazo de muchacho»* dice Gálvez Ronceros del miembro de uno de sus personajes, un negro que orinaba de lo lindo. ([18], 79.)

Bruno también el dueño de una estupenda masa priápica que, *en reposo*, alcanza la friolera de un palmo.

(Véase la ilustración correspondiente en [9], 87.)

Arturo, *«poseedor de un pene de extraordinaria longitud»*, *«asumía una postura beatífica en la que su cuerpo se cerraba sobre sí mismo y lo aislaba en un nirvana hermético, con la cabeza de su sexo dentro de su boca extático e inmóvil»*. ([34], 33.)

Mi amigo, el psiquiatra José Max Arnillas Arana, me contó que don José Gálvez, buen poeta y personaje político, se enorgullecía de haber sido dotado por Natura de un respetable atributo viril, que le había dado, según propia confesión, *«más satisfacciones que la poesía y la política juntas»*. Además, el chiste que solía contar Gálvez, el de un zambo que se manejaba una de padre y muy señor mío, era para él, no solamente un buen chiste (y lo era), sino *«el chiste por excelencia»*, como él mismo decía. (Una amiga íntima de Gálvez confió al doctor José Morón que la dotación genital del vate evocador de la Lima ida era *«excepcional»*. Me lo dijo el propio Morón, en 1980, en casa de Walter Ledgard.)

Me dijo también José Max Arnillas Arana, interlocutor donairoso, cuanto más en sus *«expansiones catatímicas»*, según expresión que él solía repetir, que Toulouse-Lautrec era de una falicidad notable, asniforme, y por eso se ufanaba de tener tres piernas. Era, pues, supuestamente, *triscelo* (del latín *tres*, tres, y el griego *skelos*, pierna).

Sin embargo, en el capítulo «Rasgos físicos», del *Toulouse-Lautrec*, de Gotthard Jedlicka, ni siquiera se alude a ello. Silencio insorprendente, por lo sólito que es el ocultamiento de esa clase de datos. No abundan los propensos a publicarlos. Si no hubiese sido por Marañón, yo ignoraría hasta ahora la criptorquidia de Servet.

Hace cincuenta años, oí decir al billarista Ricardo «Pulseras» Vicuña, que la sabia Natura, cuando escatima la talla, compensa al enano dándole largueza vergal y hasta demasía. Vicuña citaba un caso concreto, con nombre y todo, confirmativo de su explicación. Explicación evidentemente popular y acaso la misma responsable de la atribución de una tercera pierna al piernicorto y célebre artista de Albi.

Razones hay, sin embargo, para pensar que éste no fanfarroneaba, porque siendo, como era, frecuentador de burdeles y hasta residente, su ufanía fálica habría estado en riesgo propincuo de ser bulliciosamente desmentida por sus amigas de las *maisons closes*. Además, cuando se dice de alguien que es aventajado, el dicho tiene, generalmente, fundamento.

Antes, entre nosotros, se llamaba *aventajados* (se les llama todavía) o *abestiados* (ya no se les llama así) a los tenientes de colosales tracamandangas. *(Tracamandanga* es una designación antigua y popular del pene, más eufónica y graciosa que muchas de las vigentes.)

Llamábaseles también *desculados*, porque se creía que difícilmente encontraban mujer dispuesta para el coito. ([41], I, 311.) El *desculado* de por acá equivale al *chuzalongo* ecuatoriano.

*«**Chuzalongo** se denomina, en el habla ecuatoriana de ciertas áreas rurales o de influencia rural de la Sierra, al varón provisto de verga de excepcional tamaño.»* ([35], 363.)

Y a propósito de nominaciones fálicas: José Lezama Lima llama barrocamente al luengo miembro, *«aguijón del leptosomático macrogenitoma»*. ([38], 169.)

Es un hecho que la hipervergalidad resulta para muchas mujeres ofensiva; y un hecho reconocido ya por antiguos tratadistas.

«El desarrollo anormal en grosor —decía Roubaud— *puede producir contusiones y roturas en los órganos genitales de la mujer; y su longitud excesiva puede ocasionar inflamaciones en el cuello del útero y, por consiguiente, lesiones más o menos graves; no hablo del dolor; que, en este caso, siempre es muy grande; como lo prueba el ejemplo referido por P. Zacchias, de aquella cortesana de Roma a quien una organización semejante de uno de sus amantes hacía caer siempre en síncope.»* ([36], 97.)

Aunque la *«organización»* de Nicolás Felipe Augusto de Forbin era también

considerable, no le llegaba a causar síncope a Paulina Bonaparte, pero sí le ocasionó *«graves trastornos vaginales». «En contraste con el* ***'pene muy pequeño'*** *del príncipe Borghese, el señor de Forbi poseía un enorme órgano de copulación.»* ([43], 113.)

No por eso ha de creerse que el macrofalo origina siempre perturbaciones. No. Téngase presente que la capacidad dilatacional de la vagina es muy grande, y lo mismo la del recto. Parificaciones no faltan. Véase la siguiente, de la casuística de Clark. Se trata de una consultante deseosa de saber por qué su marido tarda tanto en orgasmear. En cada cohabitación, ella orgasmea, en hora y media, no menos de seis veces, y con intensidad creciente; y él, una sola. La señora pregunta si es anormal la tardanza de su consorte. Desde luego, no; y las diez pulgadas del demorón son justamente las convenientes para tan buen gozamiento. ([6], 41.)

Y ni las de Holmes, 12 pulgadas y media, lo convirtieron en desculado. John C. Holmes, superestrella de la pornografía fílmica y prostituto solicitadísimo y muy bien pagado, aseguraba que la mitad de las mujeres con las que se acostaba, admitían, completito, su formidable miembro; y la otra mitad, *casi*. Solamente un treinta por ciento soportaba por el recto tamaña carga, que en estado de erección medía, exactamente, 31 centímetros y 7 milímetros y medio.

Refería Holmes que en las encamadas ocasionales con mujeres que no sabían quién era él, todas reaccionaban religiosamente, con sobrecogimiento y temor reverencial, con una especie de *sacer horror*.

«Siempre —dice Holmes— *es la misma reacción, y hasta las exclamaciones son las mismas:* ***¡Oh, Dios mío! ¡Jesucristo!*** *Siempre es algo religioso.»* ([3], 68.)

Según Holmes, el tamaño pingal sí importa; es decir, *the bigger the better*, cuanto más grande, tanto mejor. Para gozar como es debido y para que ella goce como nunca, la grandeza fálica es *conditio sine qua non*. Lo decía Holmes, teniente del macrofalo más conocido de los Estados Unidos y tal vez del mundo; popularísimo personaje de fantástica experiencia, que llegó a superar el *record* del famoso escritor belga Georges Simenon, que confesaba haber *conocido* (bíblicamente) a diez mil mujeres, antes de hallar a la que iba a ser su compañera, la italiana Teresa.

Holmes, hasta 1975, había *conocido* a más de once mil, que no son precisamente las vírgenes por las que pregunta Poncela.

«Si tomamos en serio el cálculo de Simenon —dice una nota de la revista ***Luz***—, *tendríamos que creer que él hizo el amor a un promedio de 164 mujeres diferentes cada año, o sea, una mujer diferente cada dos días de su vida.»* ([10], a.: «¡Once mil!»)

Holmes fue el símbolo fálico de Norteamérica[*], y su caso es probablemente indicativo del creciente interés femenino por la dimensión vergal; cuanto más si los mentulados son como él, gentiles, no como ese Kanáibari de la tradición cashinahua, que al verse solicitado insistentemente por su ganosa nuera, le dijo tajante: *«No puedo hacerte el amor. Tengo una pinga tan grande, que si te uso, te voy a desfondar*

y morirás.» No quiso creerlo la loca peticionaria y siguió instando a su suegro para que la poseyera. Entonces, ante tanta insistencia, él la poseyó. *«Y cuando Kanáibari* —dice la historia— *se levantó de encima de ella, la sangre escapaba a grandes chorros de su vagina destrozada.»* ([1], 338-339.)

Se ha insinuado que Carlomagno, el emperador pedilargo de talla procer, tenía por eso mismo un miembro de polendas. ([12], II, 56-57.) Pero lo cierto es que, ni la largura podal ni la gran talla, significan, necesariamente, magnificencia priápica.

«Se halla muy popularizada la creencia de que el tamaño de los pies guarda relación con el tamaño que se oculta tras la cremallera. Quien lo crea a pie juntillas, no tardará en saborear amargas decepciones.» ([16], 46.)

«Los romanos —dice Ellis— *creían firmemente que una nariz grande se relacionaba con un pene grande.* ***'Noscitur e naso quanta sit hasta viro'****, dijo Ovidio. La vigencia de esta creencia se prolongó hasta la Edad Media, especialmente en Italia y los fisonomistas la consideraban fundada. Mujeres licenciosas, como Joanna de Nápoles, solían tenerla en cuenta, aunque lo usual era que la supuesta correlación no se confirmase.* […] *Fue también común en Inglaterra, durante el siglo dieciséis, creer que en las mujeres existía relación entre la nariz larga y el impulso sexual Estas suposiciones existen aún, porque a las antiguas creencias han venido a sumarse los testimonios de varios observadores modernos, aun cuando en concreto no se ha podido probar nada hasta la fecha.»* (Havelock Ellis, *Studies in the Psychology of Sex*. Nueva York, Random House 1936, I, p. 3, 67.)

«Como lo dijo Piersol, el tamaño del pene tiene menor relación con el tamaño del cuerpo del individuo que cualquier otro órgano de la economía. Muchas culturas han establecido que, cuanto más grande es el hombre en armazón muscular y esqueleto, tanto más grande es su pene, así en estado de flacidez como en erección. Un examen detallado de nuestra población de 312 hombres, entre los 21 y los 89 años, nos sirvió para corroborar a Piersol en cuanto a que no existe relación entre el armazón del sujeto y sus genitales externos. El pene mayor de nuestra población medía 14 centímetros de largo en flaccidez y pertenecía a un hombre cuya altura era de 5 pies 7 pulgadas y que pesaba 152 libras. El pene más pequeño, apenas algo más de 6 centímetros en flaccidez, correspondía a un sujeto de 5 pies 11 pulgadas de alto y que pesaba 178 libras.» ([25], 172.)

Bajo también, como el campeoncito de los 14 centímetros, era el torero Juan Belmonte; pero su pequeñez incomprendía el *arma ventris*. Su bajura no corría, pues, a las parejas con la grandura de su pene. Esto me lo contó Armando Robles Godoy, y a él se lo dijo Luis Guzmán, «Zapaterito», torero acompañante de Belmonte en una de sus temporadas limeñas, y que se estableció entre nosotros en tierra chosicana y murió allí.

Contaba «Zapaterito», desaprobándolo, el gusto (o acaso fuera más propio decir pasión) de Belmonte por las muías; las poseía subido en un montículo de piedras, para alinear el instrumento y encajárselo derechamente al animal. Érase, pues, este

don Juan Belmonte García, zooerasta de los buenos.

Hace muchos años, cuando leí el *Emilio*, de Rousseau, en la versión de Rafael Urbano, que es básicamente la del abate Marchena, sólo que hermoseada, supe lo principal de la biografía de Marchena, expuesto por Urbano en un par de páginas. ¡Qué me iba a imaginar que el tal abate había sido aventajadísimo! Claro está que Urbano calla la noticia, tal vez porque la ignoraba; Cela, en cambio, nos la ofrece, con la desenvoltura que suele, citando a un biógrafo francés del abate, que se expresa como sigue: *«sátiro notable por cierta enorme monstruosidad de la que estaba orgulloso como un asno y se vanagloriaba de saber hacerse amar por su causa»*. ([5])

Según Henry Miller, la verga del estadista y escritor francés Edouard Herriot (1872-1957) era tan grande, que se la tenía que sujetar a la pierna. ([26], 58.)

A los que poco les falta para estar en la base 3 y a los que de hecho ya están en ella, les dicen *«Fin de mes»*.

«Estaba [el miembro] *grande, realmente grande* —cuenta Manuel Rilo—, *casi llegaba a los treinta centímetros (por eso me decían 'Fin de mes';mínimo, veintiocho).»* ([33], 119.)

Casuística macrofalosomial

En la casuística macrofalosomial de Dickinson se registran dos miembros de once pulgadas y tres cuartos (Charpy y Kinsey), uno de trece pulgadas y tres cuartos (Charpy), y otro, el príncipe, de catorce pulgadas. ([11], figuras 112 y 113.) Las equivalencias centimétricas de Dickinson son éstas: 30, 35 y 36 centímetros, respectivamente.

Creo que este pene de 14 pulgadas, el más largo de que se tenga registro fehaciente, es el mismo que cita Oliven, suponiéndolo con razón consecuencia probable de un trastorno pituitario. ([30], 181.)

Magnitud normal

Las longitudes antedichas son atípicas. La longitud promedial del pene humano erecto es de 14 a 16 centímetros, en medición dorsal desde la superficie de la piel del ángulo peneano-púbico hasta la punta del glande. La circunferencia promedial, tomada en la mitad del miembro, es de 9 a 12 centímetros.

Quienes tengan por escasas estas medidas normales, sepan que la magnitud peneana del ser humano es mayor que la de cualquier otro primate. Como dice Morris, el hombre *«prefiere atribuir injustamente este honor al vigoroso gorila»*, pero lo cierto es que *«la especie* [humana] *tiene el pene erecto más largo de todos los*

primates actuales». ([27], 15, 73.)

Masters y Johnson, los respetables sexólogos del *Establishment*, muy admirados y solicitados por las parejitas conyugales, se afanan en convencer a la vasta grey de ignorantes y ansiosos de que el tamaño del miembro no interesa. Por eso no tuvieron reparo en cometer la siguiente omisión punible, confesada por el propio Masters:

«Cuando publicamos ***Respuesta Sexual Humana*** —dice Masters—, *omitimos deliberadamente la información relativa al tamaño promedio del miembro. Hasta cierto punto esperábamos neutralizar el concepto de que el tamaño del pene es fundamental en la respuesta sexual.»*

Petersen, que entrevistaba al dúo de *«expertos»*, comenta sobre el particular: *«Sin embargo, ustedes sostienen que los hechos son la única manera de combatir los prejuicios. En este aspecto, no se están portando como científicos.»*

A esto responde Johnson lo siguiente: *«No publicar los datos es el punto de vista de Bill, y yo lo entiendo. Pero creo que lo que usted dice es exacto; no es científico. Estamos más comprometidos con la prevención que con la ciencia pura de la información. Yo estoy genuinamente enamorada de la información; quiero saber cualquier cosa, todo lo que me sea posible. Pero cuando usted ve la increíble susceptibilidad de la gente respecto a lo que debe hacer y alo que sucederá si no lo hace, no queda otra cosa que desarrollar un instinto de protección.»*

«Creo que si publicáramos el tamaño —señala Masters—, *el resto de la investigación sería inútil. Todo el mundo empezaría a usar una regla. Y eso sería el principio del camino a la impotencia.»* ([32], 58, 60.)

¡Qué tal estupidez! ¿Pero qué creen Masters y Johnson, que el uso de la regla depende de lo que ellos digan? Nadie se ha privado de usar la regla esperando la venia aprobatoria o justificante de los neopuritanos Masters y Johnson.

Magnitud subnormal

¿Y el microfalo? Pues tenerlo, según Stokes, no debiera deprimir ni acomplejar, habida cuenta de que exista amor y comprensión en la pareja, cordialísima armonía y mucho afecto, confianza, entendimiento; en fin, todo eso, que no es poco. ([39], 428.) Amén de que quiera la suerte, agregaría yo, que nunca conozca la mujer otro pene que el penecillo de su adán; porque si no, en conociendo distinto miembro, comprobaría que el gusto deparado por la palomita conyugal, es sólo gustillo frente a otros que causan variedades columbinas impequeñas. Las pequeñas, además, originan ocasionalmente franca desestimación, según lo expresa esta declarante del Informe Hite:

«Los [penes] *que son cortos y pequeños me inspiran desprecio hacia su propietario.* […] *Para mí es una decepción descubrir que un nuevo amante lo tiene pequeño. Entonces tengo la seguridad de que no podrá satisfacerme.* […] *Me*

agradan los penes grandes, aunque no demasiado.» ([21], 191-192.)

La *more-than-average housewife* del estudio de los Kronhausen, declara esto:

«Algunos dicen que el tamaño no importa, pero les aseguro que a mí me importa. Siempre han sido hombres bien dotados los compañeros coitales con los que he sentido más cercano el orgasmo.» ([22], 75.)

La pequeñez fálica no es indicativa, necesariamente, de pobreza copulatoria. Salvo que sea extrema; digamos, ni 10 centímetros en estado de erección. La señora cuyo marido tiene un pene así, declara francamente en el Informe Hite que cuando ella, por la cercanía del orgasmo, comienza a moverse más, el miembrillo (no confundir con membrillo) de su consorte *«frecuentemente se sale, y eso echa a perder todo el placer»*. ([21], 208-209.)

Rufino Blanco Fombona dividía a los escritores insignificantes en ***corpúsculos*** y ***microbios***. *«Yo puedo ver* —decía—, *aun sin quererlo, a un corpúsculo como Linares Rivas, pero mis lentes no son microscopios para descubrir microbios* [como Sanchiz].» ([19], 135.)

Se me viene a las mientes que de un pajarito de 12 centímetros, por ejemplo, se podría decir que es un *corpúsculo*, y de uno menor, un *microbio*.

Aunque la grandeza no es necesarísima, ni la pequeñez, maldita, lo cierto es que hay atributos de largor pasmante, y cosillas apenas perceptibles, que funcionalmente son, los primeros, de primera, y las otras, deficientísimas o nulas.

Pareciera que en esto es menester no ponerse gracianesco, porque está visto que lo bueno, si breve, no es dos veces bueno. Una, si acaso, pero generalmente desirven las *«quintas esencias»* encomiadas a otro propósito por Baltasar; y al contrario, sirve y hasta persirve el *«hombre largo»* que Gracián desestima.

El falo divino

Comenzó en la India mi luengo viaje, y ahora, al cabo de él, vuelvo a ella; vuelvo, porque es de la India la historia que he de contaros.

El día primordial de la Creación, *in illo tempore*, discutían Vishnu y Brahma acerca de su origen. Se afanaban, disputantes, por establecer, y pronto, a quién correspondía la precedencia y de quién era la indiscutible primacía.

Estaban enfrascados en esta controversia, cuando vieron que a su lado se erguía, majestuoso, un falo resplandeciente y de dimensiones tan colosales, que uno de sus extremos se hundía en el vasto océano y el otro, atravesando las nubes, se perdía en el cielo infinito.

Deslumbrados por la magnificencia del fenómeno, Brahma y Vishnu cesaron de discutir y se preguntaron qué significaba la aparición de aquel falo luminoso y aparentemente interminable.

«Lo primero que tenemos que hacer», dijeron, *«es averiguar la verdadera*

longitud del impresionante ***lingam****»*.

Entonces Vishnu, convertido en boa, se sumergió en el océano para alcanzar la base del portentoso miembro; y para alcanzar el otro extremo, Brahma, convertido en cisne, emprendió el vuelo.

Transcurrieron varios años y Vishnu seguía buceando, pero sin que fructificara la diligencia. La base del *lingam* no era vislumbrable ni por casualidad. Considerando, pues, inútil cualquier esfuerzo ulterior, retornó Vishnu para encontrarse con Brahma y confesarle el fracaso de su misión.

La de Brahma, en cambio, había resultado exitosa. *«Reconozco»*, dijo Brahma, *«que el* ***lingam*** *es muy grande, pero no lo es infinitamente; tiene cima y os confieso que llegué a ella luego de muchísimo volar»*. Dicho esto, Vishnu no tuvo más remedio que aceptar la superioridad de Brahma.

Pero he aquí que aparece en ese momento Shiva, el mismísimo teniente del falo fantástico; y Shiva exige a Brahma perentoriamente una prueba de haber alcanzado el extremo, de haber llegado, como decía Brahma, a la cumbre o cima del colosal atributo. Brahma se confunde, no sabe qué decir, tartamudea. Ello bastaba: era el mentís de su pretensión. Entonces, por falsario, Shiva le cercena una de sus cinco cabezas y felicita efusivamente a Vishnu por haber sido tan honesto. ([40], 113-114.)

En el principio, no fue pues el Verbo, sino el *Lingam*, el falo divino, interminable y eterno.

Referencias

[1] ANS, Marcel-André d'. *La Verdadera Biblia de los Cashinahua*. Lima, Mosca Azul, 1975.

[2] ARGUEDAS, José María. *El Sexto*. Lima, Librería-Editorial Juan Mejía Baca, 1961.

[3] CAÑE, Barbara. «Conversation with John C. Holmes.» *Oui*, 1975, 4:7, 67-68, 80, 82, 114-115.

[4] CASANOVA, Jacobo. *Memorias*. México, Compañía General de Ediciones, 1967, 2 tomos.

[5] CELA, Camilo José. *Enciclopedia del Erotismo*. Barcelona, Ediciones Destino, 1984, III (Gabacho-Óvulo), *s. v.* «Marchena Ruiz de Cueto, José».

[6] CLARK, LeMon. «Respuesta a sus preguntas personales.» *Luz*, 1970, 18:3, 35-43.

[7] CLELAND, John. *Fanny Hill. Memorias de una cortesana*. Introducción de Peter Quennell. México, Edasa, 1969.

[8] CORY, Donald Webster. «La homosexualidad y la mística del pene gigantesco.» *Fáscinum*, 1972, 1:5, 56-67.

[9] DENEGRI, Marco Aurelio. «Apuntaciones macrofalosómicas.» *Fáscinum*, 1972,

1:5, 86-90.
[10] —. «El mundo del sexo.» *La Calle*, 1979, 1:40, 11.
[11] DICKINSON, Robert Latou. *Atlas of Human Sex Anatomy*. Segunda edición. Baltimore, Williams & Wilkins, 1949.
[12] DUFOUR, Pedro. [Paul Lacroix.] *Historia de la Prostitución en Todos los Pueblos del Mundo, desde la más Remota Antigüedad hasta nuestros Días.* Barcelona, Juan Pons, 1870-1874, 2 tomos.
[13] EDWARDES, Allen, y R. E. L. Masters. *The Cradle of Erotica*. Nueva York, The Julian Press, 1963.
[14] ELWIN, Verrier. *The Kingdom of the Young*. Bombay, Oxford University Press, 1968.
[15] FELLINI, Federico. *Apuntes*. Barcelona, Muchnik, 1987.
[16] GALLOTTI, Alicia. «Su Majestad el Tamaño.» *Playboy*, Noviembre de 1981, 44-46.
[17] GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Cien Años de Soledad*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967.
[18] GÁLVEZ RONCEROS, Antonio. *Monólogo desde las Tinieblas*. Lima, Inti-Sol, 1975.
[19] GUILLÉN, Alberto. *La Linterna de Diógenes*. Segunda edición, aumentada. [Madrid], «La Aurora Literaria», 1923.
[20] HINOSTROZA, Rodolfo. *Aprendizaje de la Limpieza*. Lima, Mosca Azul, 1978.
[21] HITE, Shere. *Sinceridad Sexual*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1977.
[22] KRONHAUSEN, Eberhard, y Phyllis Kronhausen. *The Sexually Responsive Woman*. Nueva York, Grove Press, 1964.
[23] MARAÑÓN, Gregorio. *Meditaciones*, Santiago de Chile, Ediciones «Nueva Época», 1933.
[24] —. «Historia clínica y autopsia del Caballero Casanova.» [Segunda y última parte.] *Fáscinum*, 1973, 2:10, 3-23.
[25] MASTERS, William H., y Virginia E. Johnson. *Respuesta Sexual Humana*. Buenos Aires, Editorial Inter-Médica, 1967.
[26] [MILLER, Henry.] *Dear, Dear Brenda The Love Letters of Henry Miller to Brenda Venus*. Prefacio de Lawrence Durrell. Nueva York, William Morrow and Company, Inc., 1986.
[27] MORRIS, Desmond. *El Mono Desnudo*. Barcelona, Plaza & Janés, 1968.
[28] [NEWSWEEK.] «A decade of loss.» *Newsweek*, 18 Enero 1993, 42-43.
[29] NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zaratustra*. Segunda edición. Madrid, Alianza Editorial, 1973.
[30] OLIVEN, John F. *Sexual Hygiene and Pathology*. Segunda edición. Filadelfia y Toronto, J. B. Lippincott Company, 1965.
[31] PALMA, Ricardo. *Tradiciones en Salsa Verde*. Segunda edición. Lima, Ediciones de la Biblioteca Universitaria, 1973.

[32] PETERSEN, James R. «[Entrevista a] Masters y Johnson.» *Caballero*, 1979, 14:153, 39-40, [42], 46, 48, 51, 54, 56, 58, 60, 62, 64.
[33] RILO, Manuel. *Contraeltráfico*. Lima, Ediciones El Santo Oficio, 1997.
[34] ROBLES GODOY, Armando. *El Amor está Cansado*. [Lima], 1976.
[35] RODRÍGUEZ CASTELO, Hernán. *Léxico Sexual Ecuatoriano y Latinoamericano*. Quito, Ediciones Libri Mundi, Instituto Otavaleño de Antropología, 1979.
[36] ROUBAUD, Félix. *Tratado de la Impotencia y de la Esterilidad en el Hombre y en la Mujer*. Tercera edición. Madrid, Carlos Bailly-Bailliere, 1877.
[37] SALVADOR, Lola. «Encuentros con… Camilo José Cela.» *Play Lady*, 1976, N.º 34, [23]-[27].
[38] SARDUY, Severo. «El barroco y el neobarroco.» En: César Fernández Moreno, editor, *América Latina en su Literatura*. México, Siglo XXI, 1972, p. 2, c. 2, 167-184.
[39] STOKES, Walter R. «Pregunta del mes: Preocupación por la dimensión genital del rival.» *Luz*, 1969, 17:7, 427-428.
[40] THOMAS, P. *Kama Kalpa*. Bombay, D. B. Taraporevala Sons & Co., 1959.
[41] VALDIZÁN, Hermilio, y Ángel Maldonado. *La Medicina Popular Peruana*. Lima, 1922, 3 tomos.
[42] VARGAS LLOSA, Mario. *La Ciudad y los Perros*. Segunda edición. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1962.
[43] WALLACE, Irving. *Las Ninfómanas y Otras Maníacas.* México, Editorial Grijalbo, 1971.

Coda

El viernes 21 de enero del 2005, en un conversatorio sobre prostitución celebrado en la Municipalidad de Lince, oí decir al doctor Artidoro Cáceres Velásquez que él había medido un pene de 38 centímetros, cuyo propietario era un moreno de La Victoria, muy solicitado por varios hombres y mujeres gustadores y aun amantes de lo insólito.

Espigo de un libro recién publicado de Carvallo lo siguiente:

«El baño de profesores estaba ocupado. He ido al de los alumnos y estaba orinando cuando entró un pequeño de nueve años y se puso a mi lado. Inexplicablemente he sentido pudor, incomodidad. Y no sé por qué he recordado el inicio de la autobiografía del escritor y poeta inglés J. R. Ackerley: ***'El pene de mi padre medía treinta centímetros y medio'****»* (Constantino Carvallo Rey, *Diario educar. Tribulaciones de un maestro desarmado.* Lima, Aguilar, Grupo Santillana, 2005, 89.)

XIII
¿Cuántas horas diarias es soportable un ser humano?

En relación presencial, cara a cara, uno puede soportar a otro ser humano dos o tres horas seguidas; y tres o cuatro si éstas no son seguidas, sino espaciadas. Lo cual rige para las relaciones normales y cotidianas con familiares, amigos y parejas estables. No rige para las relaciones especiales y desorganizantes en que hay pasión, deslumbramiento, admiración, obstinación, arrebato, obcecación y frenesí; verbigracia, el enamoramiento, que implica un régimen atencional completamente anómalo. Tampoco rige la cuantía de horas mencionada en el inicio de este párrafo para los casos de seres humanos aburridos y patéticamente desprovistos de vida interior que se reúnen horas de horas para mitigar su tedio.

El gran poeta italiano Giacomo Leopardi (1798-1837) dijo la siguiente frase célebre que a mi juicio es verdad axiomática:

«No hay nada más raro en el mundo que una persona habitualmente soportable.»[*]

Jean-Paul Sartre soportaba muy poco a los hombres y muchísimo a las mujeres, y ello me extraña, salvo que las tales hayan sido como la Beauvoir, o si no precisamente como ella, al menos parecidas.

«Con los hombres —dice Sartre—, *una vez que se ha hablado de política o de algo parecido, gustosamente me callaría. Me parece que la presencia de un hombre durante dos horas en un día, aunque no vuelva a verle al día siguiente, es más que suficiente. Mientras que con una mujer eso puede durar todo el día y además continuar al día siguiente.»*

Julio Ramón Ribeyro embrutecía si estaba más de tres horas con los seres humanos.

«Sé por experiencia —confiesa Ribeyro— *que no puedo soportar la presencia de una persona más de tres horas. Pasado este límite, pierdo la lucidez, me embrutezco, las ideas se me ofuscan y al final, o me irrito o me quedo sumido en un profundo abatimiento.»*

«Algún día analizaré con calma los orígenes de mi incapacidad para la vida social. Me gustaría determinar la época exacta en que comienzo a sentirme incómodo entre mis semejantes, a sufrir su presencia como una agresión, a buscar la soledad y el silencio. Si me remonto a los años de mi infancia, descubro que mi reserva y mi hermetismo son tan antiguos como mi uso de razón.»

Coda

En un texto unamuniano que se titula «Leyendo a Flaubert», don Miguel se expresa

como sigue:

«Sí; comprendo, más que comprendo, ***siento****, ese sentimiento que en* ***Bouvard et Pecuchet*** le hace *decir* [a Flaubert]:

*«'Entonces se les desarrolló una lamentable facultad [****une faculté pitoyable****], la de ver la estupidez y no poder tolerarla.'*

«En francés tiene más fuerza la palabra ***bêtise*** [necedad, tontería, estupidez].

«Y en 1885 escribía [Flaubert] *a su amiga* ***madame*** *Roger des Genettes: «'He pasado dos meses y medio absolutamente solo, como el oso de las cavernas; y, en suma, perfectamente bien; verdad es que no viendo a nadie no oía decir tonterías. La insoportabilidad de la tontería humana ha llegado a ser en mí una* ***enfermedad****, y aun me parece débil la palabra. Casi todos los humanos tienen el don de* ***exasperarme*** *y no respiro libremente más que en el desierto.'»*

«Lo comprendo y aun diré más, aunque se me tome a petulancia: conozco esa enfermedad.

«[…] *Me ocurre lo que al pobre Flaubert: no puedo resistir la tontería humana, por muy envuelta en la bondad que aparezca. Dios me perdone si ello es algo perverso, pero prefiero el hombre inteligente y malo al tonto y bueno.* […]»

«El trato con seres humanos —escribe Nietzsche— *es para mí una prueba nada pequeña de paciencia. Mi humanitarismo* ***no consiste*** *en participar del sentimiento de cómo es el hombre; sino en* ***soportar*** *el que yo participe de ese sentimiento. Mi humanitarismo es una permanente victoria sobre mí mismo.»*

Fuentes

Vicente Vega, *Diccionario Ilustrado de Frases Célebres y Citas Literarias*. Cuarta edición. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, S. A., 1966, *s. v.* «Sociabilidad», 583a. / Santiago Ramón y Cajal, *El Mundo Visto a los Ochenta Años*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1941, 35. / Simone de Beauvoir, *La Ceremonia del Adiós, seguido de Conversaciones con Jean-Paul Sartre*. Barcelona, Edhasa, 1982, 387. / Julio Ramón Ribeyro, *La Tentación del Fracaso. Diario personal, 1950-1960*. Lima, Jaime Campodónico, 1992, 112, 156. / Miguel de Unamuno, *Ensayos*. Quinta edición. Madrid, Aguilar, S. A. de Ediciones, 1958, II, 1039-1040. / Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo. Cómo se llega a ser lo que se es*. Traducción, Introducción y Notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1971, 33.

XIV
La Iglesia Católica y la pena de muerte

¿Defensa insólita?

«Aunque parezca insólito —decía el encabezamiento de una noticia publicada en un diario local—, *obispo defiende la pena de muerte.»*

Séame permitido aclarar que tal defensa no es insólita; todo lo contrario, es sólita, y lo demostraré inmediatamente.

Según la doctrina tradicional de la Iglesia Católica, la pena de muerte no contradice la ley divina, aunque tampoco es estrictamente necesaria; su necesidad depende de las circunstancias. Cuando éstas la justifican, se aplica.

Espeluznantes matanzas bíblicas

Dios mismo ha sido aplicante de medida tan extrema; y si bien consta en la Biblia el precepto *«No matarás»*, prohibición tal sólo rige para los miembros del pueblo supuestamente *elegido*. Lo cual es tanto más evidente cuanto en la Biblia se refieren varias matanzas espeluznantes ordenadas por Dios o ejecutadas directamente por él. Convénzase el lector de ello por los ejemplos siguientes:

«Esa noche pasaré yo por la tierra de Egipto y mataré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los animales, y castigaré a todos los dioses de Egipto. Yo, Yavé.» (**Éxodo**, 12:12.)

«En medio de la noche mató Yavé a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde el primogénito del Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito de los animales. El Faraón se levantó de noche, él, todos sus servidores y todos los egipcios, y resonó en Egipto un gran clamor, pues no había casa donde no hubiera un muerto.» (***Éxodo***, 12:29.)

Ocho capítulos después, en el capítulo veinte, Dios revela al hombre el Decálogo; sin embargo de lo cual, casi inmediatamente, en el capítulo veintidós, versículo diecisiete, se olvida Dios de que acaba de prohibir, entre otras cosas, el homicidio, y lo ordena tranquilamente. En efecto, el versículo diecisiete dice así:

«No dejarás con vida a la hechicera.» (Siglos después se apoyaría la Iglesia en este lugar veterotestamentario para justificar la absurda y cruenta cacería de brujas.)

«Avanzaron contra Madián, conforme a la orden que Yavé había dado a Moisés, y mataron a todos los varones.» (***Números***, 31:7.)

Una orden divina realmente increíble

«Matad de los niños a todo varón —ordena Dios—*, y de las mujeres a cuantas hayan conocido lecho de varón; las que no han conocido lecho de varón, reserváoslas.»* (**Números**, 31:17-18.)

Alberto Colunga y Maximiliano García Cordero, de la Pontificia Universidad de Salamanca, comentan en los siguientes términos el atroz pasaje recién transcrito:

«Esta cruel ordenación no tiene justificación dentro de la ética humanitaria elemental, pero ha de entenderse dentro de las leyes de guerra de la antigüedad y dado el fanatismo religioso de la época.» (***Biblia Comentada***, I, 888.) (Agrego: *«y en vista de la viveza de la época»;* porque efectivamente es una viveza eso de reservarse a las vírgenes para llevárselas a la cama.)

«Pero en las ciudades de las gentes que Yavé, tu Dios, te da por heredad, no dejarás con vida a nada de cuanto respira.» (***Deuteronomio***, 20:16.)

Los teólogos Ludovico Bender y Agostino Pugliese, en su artículo sobre la pena de muerte, incluido en el *Diccionario de Teología Moral*, editado por el cardenal Francesco Roberti, prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, manifiestan que de acuerdo con la Sagrada Escritura, la autoridad civil tiene el derecho de matar a un delincuente, y esto como derecho perteneciente a su competencia ordinaria y natural. (Véanse los pasajes bíblicos siguientes: *Génesis*, 9:6; *Éxodo*, 21:22ss; *Levítico*, 24:17; *Deuteronomio*, 19:11; *Romanos*, 13:4.)

La misma Iglesia podría imponer la pena de muerte

La Iglesia no se opone, pues, a la pena de muerte y podría incluso imponerla a los delincuentes súbditos suyos. Que de hecho no lo haga, no significa que no tenga el derecho de hacerlo.

Véase lo que dice sobre el particular el canon 2214, inciso 1, del ***Código de Derecho Canónico***:

«La Iglesia tiene derecho connatural y propio, independiente de toda autoridad humana, a castigar a los delincuentes súbditos suyos con penas tanto espirituales como también temporales.»

Tres ilustres catedráticos salmantinos, Lorenzo Miguélez Domínguez, Sabino Alonso Morán y Marcelino Cabreros de Anta, comentan así este inciso:

«Dado su carácter de sociedad perfecta, puede la Iglesia imponer ***toda clase*** *de penas en tanto en cuanto sean necesarias para conseguir su fin y tutelar el orden social. Por eso no vemos inconveniente en admitir que pudiera también imponer la pena de muerte, si en algún caso la juzgara necesaria. El que a la Iglesia no le sea dado* ***de hecho*** *ejecutar ciertas penas temporales, no quiere decir que no tenga el*

derecho *a imponerlas.»*

Lejos, pues, de ser insólito el favorecimiento eclesiástico de la pena de muerte, se evidencia, antes bien, por los textos aducidos, que la misma Iglesia, en principio y por derecho connatural y propio, podría imponer semejante pena a los delincuentes súbditos suyos.

Un defensor insigne de la pena de muerte

Por otra parte, según leo en el quinto tomo de la *Enciclopedia de la Religión Católica*, en el artículo «Pena», ha sido Santo Tomás de Aquino, teólogo de talla procer, quien ha defendido con más autoridad, en favor del bien común, la pena de muerte impuesta por la suprema autoridad legítima en casos de delitos gravísimos.

Agregaré, para terminar, y como dato curioso, que en el apartado 33 del tercer capítulo de la novela de Julio Ramón Ribeyro, *Cambio de Guardia*, uno de los personajes de la obra, el obispo, se expresa como Santo Tomás en relación con la pena de muerte, aunque seguramente sin haberlo leído.

XV
Los celos

Hay definiciones formales y académicas de los celos y otras agudas, ingeniosas y mordaces.

Formalmente se pueden definir los celos así:

«Inquietud, desasogiego y preocupación de la persona que teme que aquella a quien ama dé la preferencia o conceda la primacía a otra.»

Una definición informal y cáustica de los celos es la del gran satírico norteamericano Henry Louis Mencken, que al respecto dice lo siguiente:

***«Celos:** creencia que consiste en suponer que hay gente que tiene tan mal gusto como uno.»*

Pero aunque hoy no escasean las definiciones de los celos, antes no solamente escaseaban, sino que prácticamente no las había.

¿Por qué no se mencionaban antiguamente los celos?

Varios pensadores, filósofos y psicólogos no mencionan los celos cuando se ocupan de las emociones y pasiones. Aristóteles no los menciona; tampoco Locke, ni William James. Montaigne no dice sobre el particular ni pío en sus *Ensayos*. Pascal no mienta los celos ni siquiera una vez en su *Discurso sobre las pasiones del amor*. Voltaire, en su *Diccionario Filosófico*, dedica todo un capítulo al *celo*, pero de los *celos* no dice nada[*].

Algunos de estos autores, todos ellos de nombradía, mencionan ocasionalmente la envidia, pero no los celos. ¿Por qué?

Porque *los celos no son una emoción única*, sino más bien un producto social que, de acuerdo con valores y normas vigentes, utiliza varias emociones, como son el amor, el odio, el temor, la ira, el orgullo y el resentimiento.

Los celos son una constelación emotiva cuya intensidad y manifestación se conexionan íntimamente con la estructura social. Los cambios que se producen en ésta, provocan cambios en la vivencia, expresión e interpretación de los celos.

Celos y sociedad

Kingsley Davis, en el primer tomo de su tratado sociológico, *Human Society*, incluye un capítulo acerca de los celos y la propiedad sexual. Indica Davis, al comenzar su trabajo, y entre otras cosas, que la manifestación de los celos está determinada por la

estructura normativa e institucional de la sociedad. Esta estructura define las situaciones en que aparecen los celos y reglamenta la forma de expresarlos. De ello se deduce que una apreciación inteligente de los celos, como fenómeno humano, sólo es posible si se observa la conducta celosa en diferentes culturas y se adopta un punto de vista comparativo.

Propiedad sexual y celos

La propiedad sexual, en relación con los celos, no debe entenderse, claro está, como propiedad económica, como algo que yo puedo comprar y vender; por ejemplo, un terreno o un televisor. No. Debe entenderse, primeramente, en el sentido original del latín *proprius*, un sentido que por cierto aún se conserva.

Proprius significa lo que es exclusivamente de uno, lo que no se comparte con otros. *«Propria culpa mea est»*, dice Cicerón; o sea, es mi culpa, sólo mía, personalmente mía, no la culpa de otro; no es *aliena culpa*, culpa ajena, sino *propria culpa*, culpa mía, sólo mía.

En el arrebato de la pasión amorosa —curiosa suerte de emperramiento occidental que en otras partes del mundo no entienden en absoluto o no terminan de entender—, en el arrebato, decía, de la pasión amorosa, son comunes frases como éstas:

«Tú eres mía, sólo mía», o *«Tú eres mío, sólo mío», «Tú me perteneces, yo te pertenezco, nos pertenecemos»*.

Los amantes se sienten, pues, propietarios.

Pero además de este aspecto etimológico-semántico de la propiedad, hay otro relacionado con la experiencia misma del sexo; quiero decir, el sexo es posesión, el amor erótico es posesivo. Y aunque no todo poseedor es propietario, el que se va a casar y, de hecho, ya posee, lo hace con ánimo de dueño; y naturalmente cuando se casa resulta dueño cabal.

Refiriéndose a esto mismo afirma Davis que estamos ante la *«posesión institucionalizada del afecto»*.

El propietario sexual asume, frente a los que pudieran codiciar el bien que él tiene, una actitud de *«¡Fuera las manos, no me toquen eso!»*

Pero cuando, no obstante la advertencia, que por lo demás no necesita ser explícita, por cuanto está institucionalizada y la gente en consecuencia *sabe* que está mal pretender lo que no es *proprius* sino *alienus;* cuando, a pesar de esto, la pretensión se consuma, es decir, la transgresión, ésta se siente como un robo. El transgresor rompe la relación *robando* el bien ajeno. *Se apropia* de éste, sin tener título para ello.

Monogamia y celos

La exclusividad del vínculo se institucionaliza en el matrimonio monogámico; y los celos son una reacción, generalmente de temor y cólera, destinada a proteger, mantener y prolongar el vínculo.

Evidentemente, cuando los celos frustran su objetivo por exceso, resultan disfuncionales; lejos de proteger, destruyen; alteran la relación y la envenenan; en lugar de corregir un principio de desarmonía, intensifican la desarmonía. Entonces la relación se vuelve, o un infierno, o una mentira.

Al ser la monogamia forma prescrita de unión marital, y al gozar la propiedad exclusiva de público reconocimiento, tienen los celos la misma normalidad social que la monogamia y que la propiedad.

Por eso, salvo los celos aparatosos, delirantes y manifiestamente disfuncionales, la sociedad no desfavorece los celos, sino al contrario, los favorece, porque tienden a preservar y conservar las instituciones fundamentales de la propiedad.

Amor y celos

Suele afirmarse que los celos son incompatibles con el verdadero amor. Sin embargo, distinguidos pensadores sostienen lo contrario.

El filósofo español Manuel García Morente asevera en su «Ensayo sobre la vida privada» que los celos son *esenciales* en el amor, por ser éste, si verdadero, fusional. El amor es la fusión total y exclusiva de dos vidas. Por eso, cualquier traba que se le ponga, la siente el amante como negativa; es decir, equivale a una distracción, a una traición.

El amante recela de todo y cela permanentemente al objeto de su amor; vive inquieto y temeroso de que una unión tan exclusiva y completa se quebrante. Y diría, consecuentemente, gustosísimo, lo que Ibn Hazm, en ***El Collar de la Paloma****:*

«Desearía rajar mi corazón con un cuchillo, / meterte dentro de él y luego volver a cerrar mi pecho, / para que estuvieras en él y no habitaras en otro.»

Dice Chateaubriand, en el libro vigésimo cuarto de *Los Mártires*, que los *«nobles celos» «acompañan al verdadero amor hasta el sepulcro»*.

El psicoterapeuta Rollo May, en su obra *Fuentes de la Violencia*, sostiene que probablemente es normal y saludable una cierta medida de celos, como función del cuidado y preocupación por la otra persona. Y añade:

«Pero aquello a lo que normalmente se denomina ***celos*** *va sin duda mucho más allá de esa medida normal. Es una posesividad que aumenta en proporción directa con la impotencia del individuo.»*

Lo que May quiere decir es que *el sentimiento de los celos* es normal e inevitable. Lo malo es *la pasión de los celos*. ¿Y cuándo son pasionales los celos? Nos lo explica Gregorio Marañón al prologar el libro *Los Celos*, de Rodríguez del Castillo:

«Los celos, para ser pasión, implican una obsesión, es decir, un estado artificial,

ya creado sobre falsos indicios, ya hiperbolizando motivos reales, aunque leves para la sospecha. El verdadero celoso sospecha, en efecto, no tan sólo de lo que hace, sino de lo que ocurre tras la frente del amado; sospecha del destino del aire que exhala su pecho; sospecha del nombre que quiere repetir, en silabeo balbuciente, el latido de su corazón. Ninguna cárcel, ninguna esclavitud puede, pues, compararse a la que imponen los celos.» «El matar a la mujer amada —señala Marañón— *por infidelidades efectivas o supuestas, rara vez es genuina venganza; es casi siempre monstruosa manifestación de deseo. Muchas veces el pretexto para matar —los celos — se inventa, notoriamente, y el crimen tiene algo de bárbaro éxtasis supremo.»* (Gregorio Marañón, *Obras Completas,*

V, 712-713.)

En su libro *Fragmentos de un Discurso Amoroso,* Roland Barthes confiesa ser celoso.

«A causa de ello —dice— *paso por cuatro etapas de sufrimiento:*

«La primera es la de no poder dominar mis celos.

«La segunda, porque éstos pueden herir a la otra persona.

«La tercera, porque suelen ser provocados por verdaderas trivialidades.

«Y la cuarta, porque todo esto me lacera y me llega a ser incluso agresivo.

«Por eso he sentido siempre compasión de los celosos, ya que ello me obliga a compadecerme a mí mismo.»

El melodrama y la desdicha signan de antiguo la tradición amorosa de Occidente. Somos aficionadísimos a la pasión de sufrir, y sobre todo nos encanta el sufrimiento estéril; por eso los celos, desfigurantes radicales de nuestro arbitrio, son normalísimos en nuestra práctica amorosa.

«El arreglito»

A la pareja celosa, o bien la toleramos (tolerancia que Adler llamaba *«el arreglito»),* o bien la mandamos al diablo. Lo usual es *«el arreglito»,* es decir, la relación contrahecha y dependiente. Renunciamos, pues, a ser comensales y nos volvemos simbiontes.

En biología, *comensal* es el organismo que vive con otros en el mismo hueco, concha o aposento, pero *independientemente;* en cambio, los *simbiontes* u organismos simbióticos establecen siempre relación dependiente, o por mejor decir, *archidependiente;* verbigracia, la relación de ciertas bacterias fijadoras de nitrógeno con plantas leguminosas; relación que vendría a ser, por su extrema simbioticidad, como la relación humana sádico-masoquística.

Cercenativos evidentísimos de la libertad individual, los celos descansan sobre la premisa infantil y primitiva en cuya virtud *«Tú eres mía y sólo mía»,* o *«Tú eres mío y sólo mío».*

Claro que si la libertad (nuestra propia libertad) no nos interesa, entonces no son vitandos los celos, sino inmejorable muestra de afecto e inclusive señal palmaria de devoción.

El predominio de la estupidez llamada celos, el prevalecimiento de este mandero de infortunios, revela que continuamos siendo, respecto al sexo y el amor, de una elementalidad impresionante. Cuánta razón tuvo por eso Hooton cuando definió al hombre de la siguiente manera:

«Un ser con el que todo mono que se respete rehusaría la hipótesis de un parentesco ancestral.»

¿Son modificables los celos?

Creo que los celos, en perspectiva antropológico-sociológica, son modificables si se producen mudanzas substanciales en el Sistema o *Establishment;* y hasta eliminables, si se cambia de plano el Sistema.

Pero mientras sigamos con el mismo guión, mientras no sea otro el libreto, seguiremos celándonos, esto es, suponiendo, como decía el cáustico escritor norteamericano Henry Louis Mencken, que hay gente que tiene tan mal gusto como uno.

Creo que cambiar el guión sería, si no arduísimo, imposible. Baste decir, para que descuelle la imposibilidad, que tendríamos que rebajar grandemente la importancia desmesurada que hemos dado a la persona y al amor. Ninguna otra cultura, sólo la nuestra, otorga tantísima importancia al ser humano ni ensalza tanto el amor. Lo uno y lo otro son importantes, claro está, pero no son extraordinariamente importantes. La suposición de que lo sean es una ocurrencia occidental que en otras culturas resulta absolutamente incomprensible.

XVI
Gestos masculinos

La persona enfurecida, que en su furor cierra las manos y las contrae fuertemente, es por lo general de sexo masculino, porque el hombre, cuando pelea, lo hace, entre otras cosas, con los puños, y por eso da puñetes y puñetazos.

La mujer enfurecida, en cambio, araña, jala los pelos, abofetea, pero no suele dar puñetazos, ya que para eso tendría que formar puño, y el formarlo no es gesto femenino, sino viril. Y si bien es cierto que hay mujeres que boxean, son muy pocas y desde luego escasamente femeninas. El boxeo las desfeminiza, puesto que la reciedumbre y las trompadas no son propias de la mujer.

Otro gesto casi exclusivamente masculino es enseñar los dientes cuando se produce el enfurecimiento.

La mujer enfurecida casi nunca los enseña. Cuenta el fisiólogo inglés Charles Bell que el gran actor Cooke sabía expresar el odio más violento mirando de soslayo, oblicuamente, y levantando de un solo lado el labio superior, de modo que descubría un diente cortante y puntiagudo. Era la mostración del canino. Algo muy parecido se observa en el perro que gruñe y que suele alzar el labio del lado desde el que mira a su adversario. (Véase, al respecto, el décimo capítulo de la obra de Charles Darwin, *La Expresión de las Emociones en el Hombre y en los Animales.)*

Es interesante notar el hecho de que en la mujer hay un predominio en el desarrollo de los incisivos sobre los caninos. En el hombre, al revés. Este mayor desarrollo de los caninos en el hombre se relaciona, posiblemente, como dice Gregorio Marañón, con la disposición específica del sexo masculino para la lucha corporal, que primitivamente se haría, en parte, a dentelladas.

Tampoco es común que las mujeres escupan por el colmillo, salvo las muy engalladas, vociferantes y despreciativas, y que casi siempre son mujeres del pueblo.

Escupir por el colmillo es acción predominantemente masculina. Luis Alberto Sánchez nos ha dejado sobre el particular una mención interesante al describirnos a don Juan Segura, padre del famoso comediógrafo. La descripción es como sigue:

«Junto con la decorativa jineta de su grado, usaba el requintado chacó matonesco y el respectivo escupir por el colmillo, que tanto contribuyen a dar autoridad visible a quienes no quisieran resignarse a la [autoridad] *efectiva de su investidura*.» (Luis Alberto Sánchez, *El Señor Segura, Hombre de Teatro. Vida y obra, con textos y documentos originales*. Segunda edición. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1976, 13.)

En «El delegado de los simios», de Fernando Romero, un mono de los llamados ***guapos***, *«escupe por el colmillo»*. (***Cf***. José Antonio Bravo, *Fundadores de la Narración en el Perú, nacidos entre 1805-1905*. Lima, Fondo Editorial del Banco Central de Reserva del Perú, 1998, 353.)

Dice César Vallejo lo siguiente, en un artículo de 1926:

«La música allí [en el *ballet* «Jack», de Erik Satie] *gesticula, hace barra, se muerde el codo, calla o 'escupe por el colmillo y mea contra el viento', como diría Percy Gibson.»* (César Vallejo, *Obras Completas. Artículos y Crónicas (1918-1939)*. Recopilación, prólogo, notas y documentación por Jorge Puccinelli. Lima, Banco de Crédito del Perú, 1997,170.)

En carta fechada en París el 29 de noviembre de 1962 y dirigida a Manuel Antín, Julio Cortázar se expresa como sigue:

«Y bueno, qué le vamos a hacer. Hay baldosas y baldosas. Ya se sabe que algunas no se dejan pisar sin echarte un chorrito de agua sucia por adentro del pantalón. Ese pobre Jorge Fraga hizo lo que pudo por ser una buena baldosa, pero salió de las que escupen por el colmillo.» (Julio Cortázar, *Cartas*. Edición a cargo de Aurora Bernárdez. Buenos Aires, Alfaguara, 2000, I, 518.)

Don Pedro Paz Soldán y Unanue, *alias* «Juan de Arona», en un texto de 1883, titulado «Vivir ¡es defenderse!», menciona a unos peones que observan —*«escupiendo por el colmillo»*— quién entra y quién sale de las casas. (***Cf***. *Antología de Pedro Paz Soldán y Unanue*. Estudio y Selección de Fernán Altuve-Febres Lores. [Lima], Editorial Quinto Reino, 2005, 79.)

«El Tunante» Gamarra, en su artículo «El porqué de algunas candidaturas», dice: *«el hijo diputado, el sobrino diputado, todos diputados y escupiendo por el colmillo»*. (Abelardo Manuel Gamarra, *alias* «El Tunante», *En la Ciudad de Pelagatos*. Selección, Prólogo y Nota Bio-bibliográfica de Edmundo Cornejo U. Lima, Ediciones Peisa, [1975], 43.)

Se me viene a las mientes la comparación fácil de ser el salivazo manifestación eyaculatoria. Es otra manera de *darla*. Es tiro polvesco, vaciamiento o vaciada. Y por supuesto expresión de machez.

En una averiguación hecha por el psicólogo Alejandro Ferreyros entre alumnos universitarios, éstos manifestaron, *inter alia*, que los hombres suelen escupir en la calle, pero que las mujeres rara vez lo hacen.

«Fue consensual la idea —dice Ferreryros— *de que una mujer que escupe sería percibida invariablemente como 'machona' (no lesbiana) y que sería intimidante y virtualmente peligrosa.»* (Alejandro Fereyros, «Vivir en cana». *Quehacer*, 2002, setiembre-octubre, N.º 138, 17b.)

Además, y finalmente, cuando las mujeres escupen en la vía pública, lo hacen bajando el tronco y la cabeza, es decir, se inclinan para escupir; el hombre, no.

XVII
Pesantez e impesantez

Borges y la solidez o macicez de los antiguos globos terráqueos

Jorge Luis Borges refiere que cuando fue director de la Biblioteca Nacional, llevó a su casa un globo terráqueo que había pertenecido a José Ingenieros y que la hija de éste, Celia, había regalado a Borges.

La referencia viene a colación porque el tal globo era macizo, de madera, lo cual induce a pensar que, en general, el mundo era antes más sólido. Los universos que se fabrican ahora, dice Borges, son de material plástico y se tumban al menor soplo. El mundo, efectivamente, parece tener hogaño menos peso que antaño; es decir, menos *pesantez;* peso es pesantez, y pesantez, *gravedad*, y ésta, la cualidad por la que todo cuerpo propende a dirigirse al centro de la Tierra, cayendo hacia ésta siempre que se remueve el obstáculo que lo detiene o la causa que lo impide. La fuerza con que un cuerpo es atraído hacia el centro de la Tierra constituye su peso, el cual, en un determinado lugar, es proporcional a la masa de aquél. Bien dice el *Pequeño Larousse Científico* que la noción que nos es familiar con el nombre de *peso*, no es sino la manifestación de la atracción que el globo terrestre ejerce sobre los objetos.

Magnitud y pesantez

Si la esfera celeste, conservando su misma densidad, fuese mayor, entonces todos los cuerpos que hay en ella pesarían más; y al revés, pesarían menos si fuese menor la magnitud del mundo. Un hombre cuyo peso en la Tierra fuese de setenta kilos, pesaría sesenta y uno en Venus y veintiséis en Marte; en la Luna, solamente once kilos, pero ciento setenta y seis en Júpiter, que es un gran planeta; y si por ventura pudiese llegar al Sol sin achicharrarse, entonces pesaría allí la friolera de dos mil cuatrocientos kilos.

Pero quedémonos en la Tierra, que ya es bastante grande; sólo que la grandeza de este planeta es únicamente eso, magnitud.

«Cuando yo era niño —decía Anatole France—, *creía que siendo el mundo una cosa tan grande; se comportaría con alguna seriedad.»*

Pero no, seriedad y magnitud no van de consuno. O dicho de otra manera: pueden haber cosas grandes, magnas, tamañas, pero con escaso peso específico, sin mayor consistencia. Hay hombres así, muchísimos. Hombres que no tienen peso ni trabazón. Carecen de entidad, fuerza y substancia. Son livianitos. Y según observación certera

de don Héctor Velarde, al haber en nuestro medio escasa presión, se elevan como globos y de la noche a la mañana se convierten en personajes encumbrados. Se van arriba, precisamente porque no tienen peso. Y al contrario, los que lo tienen rara vez se encumbran, o nunca.

Globos y globitos

Hace más de cincuenta años publicó don Héctor Velarde un artículo titulado «Globos y globitos», y entre otras cosas decía las que a continuación transcribo:

«Nuestra presión exterior es mínima; la resistencia del medio ambiente es muy suave; la atmósfera, aunque húmeda, es livianita; nada fuerte; sólido, compacto y denso se opone a las presiones interiores de los individuos (personalidad), que sueltos y sin trabas, se hinchan y suben como globos y globitos.

«¿No ha observado usted la cantidad de gente que habla sola por la calle, que da brincos, manotea y se deshace en tics? Falta de presión exterior. Nada retiene sus impulsos internos, intenciones, tendencias, reflejos, complejos, gastritis, etcétera. Se expresan elocuentemente, dramáticamente, alborotadamente, al menor deseo, a la menor idea, al menor dolorcito. […]

«Lo malo de esta facilidad expresiva es que lleva frecuentemente a la locura a una serie de gente sana que, con un poquito de presión exterior, podría curarse.

«Otra desventaja: no hay materialmente un instante de sosiego para pensar, reflexionar, meditar, estudiar, comparar y saber; es decir, para sostener una actividad de firme reposo y de efectivo peso.

«Al menor descuido, al primer olvido, se encuentra uno hinchado, subido, flotando en el espacio, perdido, al garete. A la menor presión interior incontrolada, a la menor distracción, ¡puf!, ¡Globo!»

La facilidad con que se forman globos, globitos y globazos

Que Luisito, ese muchachín de siete años, hace unos dibujos maravillosos sin que nadie le haya enseñado… ¡Huy! ¡Miguel Ángel!

Que un zambito de La Victoria se contempló un día en el espejo y vio que no era tan zambo, sino más bien ciaron, tirando para blanco. ¡Huy! ¡Ario!

Que el vecino de este *«ario»* juega muy bien a la pelota y, según dicen, o según dice él, los tres clubes grandes de nuestro medio ya le han echado el ojo y piensan contratarlo. ¡Pero claro, hermano, si juega como Pelé!

Que en Lince hay una rubiona, a la que llaman Pochocha, de piernas magníficas y tetamenta impresionante. ¡Huy! ¡*Miss* Perú!

Así es de fácil la formación de globos, globitos y globazos. Tantos son los que pululan, que los mismos marcianos, tan amigos de los objetos volantes, nos envidiarían. Bueno, que nos envidien. Al fin y al cabo, como decía Voltaire, mejor es dar envidia que lástima.

Los naturales de Passau

Pero así como abundan los que se elevan en un dos por tres, abundan también los que no se elevan. ¿Saben por qué? Porque tienen mucho peso; sólo que no es el del talento, sino el de la brutalidad, y la brutalidad pesa toneladas. Estos señores son de Passau, son los naturales de Passau que Garcilaso menciona en el capítulo octavo del libro noveno de sus *Comentarios*.

Dice Garcilaso que cuando Huayna Cápac vio cuán bestial era la gente de Passau, sumamente bruta, consideró que sería vano el trabajo de reducirla a urbanidad y policía.

«¡Vámonos —exclamó Huayna Cápac—, *que éstos no merecen tenernos por señor!»*

Lo interesante, y en el fondo lo calamitoso, es que estos naturales de Passau *perviven*, y no como grupículo, sino como legión. Los de Passau están entre nosotros, conviven con nosotros, y son tantos como los que por su inconsistencia, vaciedad e impesantez se elevan como globos y se encumbran no menos rápida que fácilmente. Se les suele llamar *«nuevos valores»*.

XVIII
«El infierno son los otros»

La frase *«El infierno son los otros»* es del célebre filósofo existencialista, Jean-Paul Sartre, y está en una de sus obras de teatro, la que se titula *A Puerta Cerrada*. En esta obra de 1944, Sartre describe el infierno que vive el hombre contemporáneo por el tormento que le inflige la mirada de sus semejantes, reveladora de la distancia entre lo que él realmente es y lo que quisiera ser. (*Cf.* Grupo Editorial Océano, *Grandes Personajes*. Barcelona, Océano Grupo Editorial, S. A., 2000, 727.)

El infierno, según Jean-Paul Sartre, es la mirada ajena, esa mirada pesquisante que me descubre y revela y que me penetra; una mirada invasiva que me incomoda, disgusta y ofende; la mirada del entrometimiento, intrusa e inmiscuidiza, y no sólo infernal, sino infiernizante[*].

Vicente Fatone, en su *Introducción al Existencialismo*, dice:

«Quisiéramos ser la mirada que todo lo ve y que no es vista por nadie. Quisiéramos ser como Dios, a quien se concibe precisamente como la mirada que todo lo ve y a la que nadie puede ver. Quisiéramos espiarlo todo como espiábamos cuando niños por el ojo de la cerradura[*].

«Pero no nos conformamos con eso; queremos ver y que los demás se sientan vistos, para que así se sientan cosas inermes bajo nuestra mirada.

«Cuando cruzo mi mirada con otro, entablo con él un duelo; y si lo obligo a bajar la vista y entregarse como cosa bajo mi mirada, habré conseguido que deje de mirarme y de convertirme en cosa; yo seré su infierno, y no él el mío.» (Vicente Fatone, *Introducción al Existencialismo*. Tercera edición. Buenos Aires, Editorial Columba, 1957, 32.)

El poder infernal e infiernizante de la mirada ha sido reconocido siempre por todas las culturas y todas ellas desaprueban la mirada directa, fija y sostenida; desaprobación que se explica por la creencia universal y antiquísima en el *mal de ojo o fascinación*, el influjo maléfico que una persona puede ejercer sobre otra mirándola fijamente y con ánimo adverso. Debe entenderse —y repetiré lo que ya dije en mi «Introducción a la cineseología»— que el origen mágico de la desaprobación es una explicación *cultural* del hecho, pero el verdadero origen es *natural*, es una conducta *de fábrica*, innata. Entre los gorilas es igual, y así lo asegura quien los conoce mejor que nadie, Dian Fossey. Dice esta notable investigadora lo siguiente: *«Para ellos* [para los gorilas], *al igual que ocurre a menudo en el hombre, la mirada fija y directa significa una amenaza.»* (Dian Fossey, *Gorilas en la Niebla*. Barcelona, Salvat Editores, S. A., 1985,11.)

Schopenhauer dijo algo similar a lo expresado por Sartre. Manifestó que *«cada hombre está condenado a ser el demonio de su prójimo»*, pues el mundo es en buena

cuenta infernal y la infernalidad mundial supera a la del averno imaginado por el Alighieri.

«La verdad es que debemos ser miserables y lo somos —escribe Schopenhauer—, *y la fuente principal de los mayores males que afligen al hombre es el hombre mismo:* ***'Homo homini lupus'***. [*]

«Cuando nos damos exacta cuenta de esta verdad, el mundo nos parece un infierno superior al del Dante, en que cada hombre está condenado a ser el demonio de su prójimo, aunque es forzoso confesar que algunos tienen capacidades especiales para ello, […].» (Arturo Schopenhauer, *El Mundo como Voluntad y Representación.* Buenos Aires, Biblioteca Nueva, 1942, 954.)

Sarcástico y pesimista, Schopenhauer decía que el momento más feliz en la vida de un hombre dichoso es el momento en que se duerme, así como el momento del despertar es el más amargo y deplorable en la vida de un hombre infeliz.

Para Schopenhauer, la voluntad, el deseo, en cuanto es un querer o desear algo que no se tiene, es dolor. La vida es el reinado del dolor omnímodo, que lo abarca todo, y el llamado placer es tan sólo una remisión o supresión del dolor. Querer es esencialmente sufrir, y como vivir es querer, toda vida es por esencia dolor. El dolor es la ley universal del mundo fenoménico, y el placer no es más que una momentánea satisfacción, vale decir, una interrupción del sufrimiento. La búsqueda del placer es siempre negativa, porque todo anhelo satisfecho engendra una nueva aspiración, lo que naturalmente ocasiona la insatisfacción correspondiente. Lo único positivo es la evitación del dolor. El mundo es el infierno, y los hombres se dividen en almas atormentadas y diablos atormentadores.

Fernando Díaz-Plaja, en su obra *Mis Pecados Capitales*, dice en la página 95 lo siguiente:

«Yo he sido un solitario siendo al mismo tiempo sociable. Me encanta, lo saben mis amigos, estar con ellos, charlar y comentar. Pero quiero ser yo quien decida cuándo esté a mi lado la compañía, no que amanezca el día con ella impuesta.

«Y creo que esta sensación la comparten muchos que no quieren admitirlo. Que la mayoría de disgustos que ocurre en el matrimonio o entre hermanos es precisamente porque ***'el otro'*** *está siempre presente, cuando lo necesitamos y cuando no lo necesitamos, que es la mayoría de las veces. 'El infierno —Sartre* ***dixit****— son los otros.'»*

La idea de que *el otro* es una presencia *infernal* o de que *los otros* son presencias *infernales*, que causan mucho disgusto o fastidio, nos recuerda inmediatamente la *dolósfera*. En una extensa entrevista a Pablo Macera publicada en el número 19 de la revista *La Casa de Cartón*, dice Macera que así como la Tierra tiene una *atmósfera*, o sea una capa de aire que la rodea, de la misma manera tiene una *dolósfera*, es decir, un dolor que la penetra e impregna. Uno de los significados del verbo *penetrar* es llegar lo agudo del dolor a lo interior del alma, a nuestra misma *dentrura*, a lo más recóndito de nuestro ser, a lo que se llama el *penetral*.

El antropólogo David Bidney dice que en toda cultura hay que distinguir los *artefactos*, los *mentefactos* (o como decía José Ortega y Gasset, las *mentefacturas*, que él oponía a las *manufacturas*); bueno, repito, en toda cultura hay que distinguir los *artefactos*, los *mentefactos* y los *sociofactos*.

Los *artefactos* son lo material, lo práctico-técnico. Los *mentefactos* son las lenguas, la filosofía, la ciencia, los ideales religiosos, morales, estéticos. Los *sociofactos* son los patrones o pautas sociales y las instituciones sociales. A estas tres clases *de factos*, podríamos agregar una clase más, la clase de los *dolofactos*, esto es, los dolores del mundo.

Ojalá se diga y rediga, al menos entre gente culta, *dolósfera* y *dolofacto*, dos neologismos muy bien formados e incuestionablemente útiles.

Por último, Alvin Toffler, en *La Tercera Ola*, habla de la *sociósfera* (la organización social), la *tecnósfera* (los sistemas de energía, producción y distribución), la *psicósfera* (las ideas y creencias) y la *infósfera* (el universo mediático).

Coda

Ojos luteranos

«Pero lo que más impresionaba del rostro de Lutero no podría haberlo captado nunca la paleta de un pintor: el brillo de sus ojos oscuros, que unos consideraban demoníaco y otros angelical. Uno de sus contemporáneos afirma que 'fulguraban y refulgían como una estrella, y no se podía sostener su mirada'.» (Hanns Lilje, *Lutero.* Barcelona, Salvat, Biblioteca Salvat de Grandes Biografías, 77, 1986, 99.)

Ojos balzacianos

«En cuanto a los ojos [de Balzac], *nunca han existido otros semejantes. Tenían una vida, una luz y un magnetismo inconcebibles. A pesar de las vigilias de todas las noches, su esclerótica era pura, límpida, azulada como la de un niño o de una virgen, y recuadraban dos diamantes negros que fulguraban a veces con espléndidos reflejos de oro: eran unos ojos capaces de hacer bajar la vista a las águilas, de leer a través de las paredes y de los pechos, de derribar a una fiera furiosa, ojos de soberano, de vidente, de domador.»* (Teófilo Gautier, *Madama de Girardin y Balzac*. Buenos Aires, Editorial Glem, 1943, 38-39.)

Ojos hitlerianos

«Las razones de su facultad [de la facultad de Hitler] *de influir en los demás (que es naturalmente el talento esencial de los demagogos) son múltiples.*

«Debemos pensar, ante todo, en lo que ha solido llamarse su ***magnetismo****, que según la mayoría de los observadores estaba en sus ojos.* […] *Hay cierto número de noticias que muestran que inclusive las personas predispuestas contra él se convertían súbitamente cuando Hitler las miraba directamente a los ojos.* [[*]]

«Hay muchos documentos en que se mencionan las propiedades magnéticas de sus ojos. Como yo nunca lo vi sino en fotografía, que sólo da una idea muy vaga de esa propiedad especial, lo único que puedo hacer es especular acerca de dicha propiedad.

«Mi especulación se facilita por una observación que se hace frecuentemente respecto a las personas muy narcisistas y sobre todo fanáticas, que suelen tener un brillo particular en los ojos, brillo que les da una apariencia de gran intensidad y gravedad, de algo extraterrenal.

«De hecho, muchas veces es difícil distinguir entre la expresión de los ojos de un hombre muy serio, casi santo, y la expresión de los ojos de un gran narcisista, incluso medio loco. La única cosa que los distingue es la presencia —o ausencia— de cordialidad y de calor. Ahora bien: todos los datos concuerdan en que Hitler tenía los ojos fríos y toda la expresión de su rostro era fría; había en él una ausencia total de calor o sentimiento.

«Este rasgo podría tener un efecto negativo —como lo tuvo en muchos casos— pero a menudo refuerza el poder magnético. La crueldad fría y la falta de humanidad en un rostro produce temor; uno prefiere, antes que admirar, espantarse. La palabra que mejor puede describir esta mezcla de sentimientos es 'pavor' o 'espanto' ***(awe)****; es algo terrible, temible, pero también imponente, que nos infunde un temor reverencial. En hebreo, la palabra* ***norah*** *tiene casi el mismo doble significado que el inglés* ***awe;*** *se emplea para designar uno de los atributos de Dios y representa una actitud arcaica en que Dios es simultáneamente horrible y sublime.»* (Erich Fromm, *Anatomía de la Destructividad Humana*. México, Siglo Veintiuno Editores, S. A., 1974, 409 y nota 28.)

XIX
«La mantida rezadora»

Dice Eguren lo siguiente, en «La noche de las alegorías»:

«Se percibe de hora en hora / la mantida rezadora.»

Nadie, que yo sepa, ha explicado hasta la fecha lo que significa *«la mantida rezadora»*. Seré, pues, el primero en hacer fácilmente comprensible el verso de que se trata.

Una de las noticias, entre las varias interesantes, que contiene el libro de Remy de Gourmont, *Física del Amor*, se refiere a la voraz *mantis religiosa*, que durante el apareamiento liquida al macho que la cubre y se lo come.

Gourmont, basándose en Fabre, dice al respecto, y bien, lo fundamental. Fabre, desde luego, es más noticiante, y en su obra *Costumbres de los Insectos*, dedica a la *mantis* tres capítulos. Roger Caillois, por su parte, en su libro *El Mito y el Hombre*, publicado en 1939, ha reunido todo el material etnológico, religiológico y folclórico acerca de la *mantis religiosa*. Se consultará con provecho, además, el artículo de Ricardo Carrasco, «La mantis religiosa: un insecto voraz y enigmático», publicado en la revista *GeoMundo*, 1987, 11:8, 140-[145]. Y por añadidura sépase que el vate José Watanabe ha poetizado diestramente en torno a la mantis. (Véase J. W., *El Guardián del Hielo*. Selección de Piedad Bonnett. Santafé de Bogotá, Editorial Norma, S. A., 2000, 23-24: «La mantis religiosa.») (Una composición de igual título consta en los *Versos Robados* del poeta chileno Óscar Hahn y es *«el dibujo inicuamente imaginativo* —según Hoggard— *de la batalla entre los sexos». «Se comen al macho fíjate* —dice Hahn— / *Se lo comen por el agujero de arriba / y por el de abajo.»* ***Cf***. James Hoggard, «Introducción a *Stolen verses and other poems*». En: *El Arte de Óscar Hahn*. Edición de Pedro Lastra. Lima, Ediciones El Santo Oficio, 2002, 79.)

La *mantis* es de la familia de los mántidos, de la tribu de los mantinos, del orden de los ortópteros y de la clase de los insectos. Dicho sea de paso, *ortóptero* es el insecto masticador que tiene un par de élitros consistentes, esto es, de alas anteriores, y otro de alas membranosas plegadas longitudinalmente.

Mantis llamaban los griegos al adivino, profeta o vidente. En Provenza dicen que la *mantis* es *«lou Prègo Diéu»*, la bestia que reza a Dios, la *rezadora*, porque, efectivamente, asume actitud de orante, y por eso acertó Linneo al clasificarla como *mantis religiosa*.

En Andalucía la llaman *santateresa*. En la Argentina, Paraguay y Uruguay, *mamboretá, y con* esta voz guaraní se le nombra en el relato de Julio Cortázar, «Bestiario».

«El hombre de campo —dice Fabre— *no es exigente en materia de analogías: suple ricamente los vagos datos de las apariencias*.

«En las hierbas quemadas por el Sol, vio un insecto de bella prestancia, medio

erguido majestuosamente. Observó sus anchas y finas alas verdes, que se dilatan a manera de largos velos de lino; le vio sus patas anteriores, brazos, por decirlo así, que se levantan al cielo en gesto de invocación.

«Ya tenía bastante; la imaginación popular hizo lo demás. Y he aquí, desde tiempos antiguos, las malezas pobladas de adivinadoras en ejercicio de oráculo, de religiosas en oración.»

Eguren, que era culto y gustaba de los libros franceses, tuvo que leer y sin duda leyó a Gourmont y a Fabre. En las dos o tres primeras décadas de este siglo, gozaron los tales de no escasa popularidad.

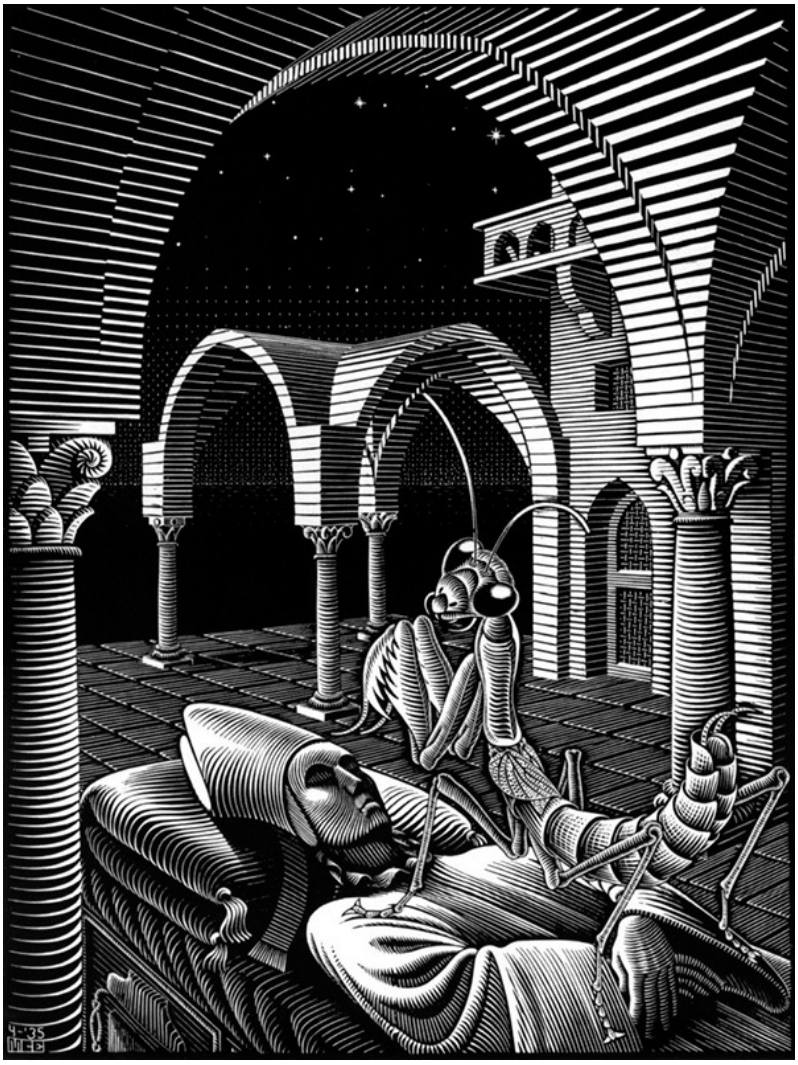
Calpe publicó de Fabre, en 1920, y en cinco tomos, selecciones de los *Souvenirs Entomologiques. Y* desde 1906 dispusieron los hispabohablantes de la versión española, publicada por Maucci, de *Physique de l'Amour*.

Y a propósito de Gourmont: era *«una de las más ricas y sutiles inteligencias francesas»*, según Francisco García Calderón, que lo conoció y que se expresa así en su obra *Ideologías*, de 1917. Gourmont murió en 1915, el mismo año en que murió Fabre; sólo que éste *«saludó al mundo»*, como decían los chinos, a los noventa y dos, y Gourmont a los cincuenta y siete.

Creo, pues, que hemos de tener por bien averiguado que *«la mantida rezadora»* es la *mantis religiosa*. Eguren, por exigencia poética, para suavizar la expresión, desesdrujulizó el término *mántida*, diciendo, consiguientemente, *mantida*, *«la mantida rezadora»*, o sea, la rezadora de la familia mántida o de la familia de los mántidos.

Maurits Cornelis Escher (1898-1972), el famoso artista gráfico holandés, tiene un grabado en madera, de 1935, titulado «Sueño», en que se ve una *mantis religiosa* encima de un obispo durmiente.

Escher pregunta, equivocándose de insecto, si el obispo está soñando con una *«langosta orante», o* si toda la concepción es un sueño del artista. *(«Is the bishop dreaming about a praying locust, or is the whole conception a dream of the artist?»)* (M. C. Escher, *The Graphic Work. Introduced and explained by the artist.* Berlin, Benedikt Taschen Verlag, 1990, 7.)



M. C. Escher

Sueño

XX
Un héroe inesperado y algunas canonizaciones singulares

Están bien acreditadas por la historia las crueldades de Drácula, todas ellas verdaderamente estupefacientes. Gabriel Ronay, entre otros autores, lo demuestra en su libro ***The Truth about Dracula*** *(La Verdad acerca de Drácula*).

Sin embargo, Drácula no fue, en el sentir de los rumanos, gobernante criminal, sino héroe. Tanto es así, que en mayo de 1977, al conmemorarse en Bucarest el centenario de la independencia de Rumania, el Presidente Nicolae Ceausescu incluyó solemnemente a Drácula entre los inmortales del Salón Nacional de la Fama.

Esto me recuerda ciertas canonizaciones singulares. Desde el siglo XII, la Santa Sede se reserva el derecho de beatificar y canonizar a determinados personajes, luego de un proceso en regla en que es oído el *Promotor de la Fe* o *Abogado del Diablo*. Pero lo curioso es que *este Advocatus Diaboli* no ha impedido que sean canonizados algunos inquisidores detestables y homicidas notorios, como el italiano Pedro Mártir, de Verona, muerto en 1365, y el español Pedro de Arbués, este último elevado a la categoría de santo en tiempo de Pío IX. Arbués había despertado por sus crímenes un odio justificadísimo entre sus enemigos, que lo asesinaron el 14 de septiembre de 1485.

Además, en la Iglesia Católica se veneran varios santos y santas, como San Renato, Santa Reina y Santa Corona, que lamentablemente tienen el gran defecto de no haber existido jamás. El culto que se tributaba, hasta principios del siglo XX, a Santa Filomena (otra santita inexistente),

fue abolido por la Iglesia en 1905, y Manuel González Prada, comentando esta abolición, dice: *«Nada conocemos ni deseamos conocer de Filomena, y la dejamos entregada a su mala suerte.»*

***Vlad Drácula**, llamado **"El Empalador"**, sentado a la mesa, disfrutando de una comida, contempla impasible a una serie de empalados. Drácula se complacía en atravesar de medio a medio a sus enemigos con un palo puntiagudo. Ha sido el **anticuchero máximo de la historia**.* (Grabado en madera publicado en Estrasburgo en 1500.)

La Iglesia abolió también el culto a San Expedito (otro santo que tampoco existió), abolición que disgustó mucho a los fieles, particularmente a los napolitanos, porque Expedito milagreaba admirablemente, hacía *cualquier cantidad* de milagros, *«prueba evidente»*, según González Prada, *«de que para la realización de ellos no hay necesidad de santos: basta con picaros y bobos»*. (Manuel Gonzalez Prada, *Obras*. Prólogo y notas de Xuis Alberto Sánchez. Lima, PETROPERÚ, Ediciones Copé, 1986, IV, 205-206.)

La devoción de que era objeto San Expedito sulfuraba a Unamuno, quien se expresa desapaciblemente de ella tildándola de ridicula, ñoña y pueril. Don Miguel la tenía por memeces a la última moda con que las mujeres infantilizaban su espíritu.

(*Cf*. Miguel de Unamuno, *Soliloquios y Conversaciones*. Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1911, 236.)

Palma, comentando la posible abolición del culto a San Expedito, decía que ello le importaba *«un pepinillo en escabeche»*. (Ricardo Palma, *Tradiciones Peruanas*, V, [141].) San Expedito, dice Palma, era *«el santo a la moda para proveer de marido a niñas crédulas y alborotadas»*. (***Tradiciones***, V, 145.)[*]

Para resarcirnos de tanta credulidad y tontería, leamos el *Sistema de la Naturaleza*, de Paul Henri Dietrich, barón de Holbach, filósofo francés nacido en 1723 y muerto en 1789. He aquí una cita muy pertinente y tonificante:

«Si nos remontamos al comienzo, entonces hallaremos que la ignorancia y el temor crearon a los dioses; la fantasía, el entusiasmo o el engaño los adornaron o desfiguraron; la debilidad les rinde culto; la credulidad los conserva; la costumbre los respeta y la tiranía los apoya para que la ceguera de los hombres sirva a sus propios intereses.»

Carta a Martha Hildebrandt

12 de julio del 2010

Estimada doctora Hildebrandt:

Acabo de leer su nota lexicográfica "Cuando las papas queman", publicada en *El Comercio* el 10 de julio del 2010. Cada vez me convenzo más de que aun los mejores lingüistas —y usted es una gran lingüista— cometen grandes errores. Usted se equivoca completamente al suponer que la *papa* de *"cuando las papas queman"* y así mismo la *papa* de "papa *caliente*" es el tubérculo comestible. ¡No! En parejo error incurrió, hace muchos años, Hernán Rodríguez Castelo, ilustre lingüista ecuatoriano, hasta que le demostré cuán equivocado estaba y no tuvo más remedio que admitirlo. A quienes deseen enterarse cumplidamente de mi argumentación los remito a mi ensayo "Léxico obsceno", incluido en mi libro *De esto y aquello*, publicado hace cuatro años por la Universidad Ricardo Palma.

La *papa* de "papa *caliente*" y de *"cuando las papas queman"* es la *papa sexual* y en tal sentido *papa* es *chucha, concha, coño, zorra, caverna, raja*, etcétera, y la *quemazón* es la transmisión de enfermedades venéreas y la *calentura* de la *papa* se refiere a la arrechura o lujuria de la hembra, a la cual el varón término medio se la imagina paciente de *furor uterino*.

Por otra parte, *quemarse* por contraer una enfermedad venérea es un pronominal que vengo oyendo desde hace sesenta años y que Juan Álvarez Vita incluye en su *Diccionario de Peruanismos*. Las papas que queman, o sea las chuchas que enferman son las transmisoras de enfermedades venéreas.

"Una papa caliente" es expresión denotativa de la mujer muy ardiente, arrechísima, con unas ganas sexuales tremendas, y que provoca recelo en el hombre, porque ella lo va a exigir a fondo y él ignora si podrá responder como se debe. Sin haber leído a Weininger, sabe que *"el hombre tiene un pene, pero la vagina tiene una mujer"*. Del riesgo de fracasar en la copulación o de quedar *deslechado* y como limón de emolientero, se llegó a decir *"papa caliente"* de cualquier situación crítica.

Dice la doctora Hildebrandt, con una ingenuidad conmovedora y digna de mejor causa, que en la expresión adverbial *"**cuando las papas queman**" "está viva la imagen de unas papas recién hervidas, calientísimas, que se pelan pasándolas de una mano a otra para no quemarse"*.

Ocurre, sin embargo, que lo mismo se podría decir de los camotes. ¿Por qué no se dijo *"cuando los camotes queman"?* ¿Por qué no se dijo *"camote caliente"*? ¿Por qué? Misterio. Y mucho me temo que sea un misterio que ni la mismísima doctora Hildebrandt, con toda su sapiencia, podrá resolver.

Atentamente,

Entrevista a Marco Aurelio Denegri

por Lucas Lavado

—Doctor Denegri, le agradezco que me haya concedido esta entrevista. Usted ha sido testigo cultural de la última parte del siglo XX y es un testigo directo de cómo se asoma este siglo XXI. ¿Cuál es su breve balance sobre la relación de los peruanos con los libros y la lectura?

En 1966, Juan Mejía Baca publicó una excelente colección titulada *Perú vivo*. Reunía a algunos de nuestros autores más representativos, con una selección de sus textos esenciales y la inclusión de un disco de 33 r.p.m., en que el mismo autor leía algunos pasajes significativos de su obra. El precio de la colección era módico y la presentación inmejorable. Yo creí que en breve lapso —digamos, dos meses— Mejía Baca tendría que publicar una nueva edición, puesto que la primera, de sólo mil ejemplares, se agotaría rápidamente. Me equivoqué de medio a medio, enteramente. Tanto es así que diez años después de la publicación de *Perú vivo*, cuando entrevisté a Juan Mejía Baca en mi programa "Comunicación", del Canal 7, me dijo que a pesar de que el precio de la colección había permanecido igual desde 1966, ni siquiera así la gente mostraba interés en adquirir la obra. Ello me pareció un síntoma muy negativo. Yo diría que desde que llegó la televisión al Perú, hace más de cincuenta años, comenzó a decaer la lectura entre nosotros. No digo que sea la única causa, pero evidentemente se trata de un factor adverso concreto y preciso. El segundo golpazo que sufrió la lectura provino de la computadora y el tercero de la Internet. Desde luego que hay otras causas más generales y muy importantes en relación con el decaimiento de la lectura.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Antes de contestarle, permítame añadir otro caso similar al de *Perú vivo*. Me refiero a la *Biblioteca Peruana*, que comenzó a publicarse —lo hizo Peisa— en 1973, con el auspicio del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Iba a ser una colección de cien volúmenes, cada uno de los cuales costaría cinco soles. Se publicarían semanalmente, de modo que la colección se completaría en un par de años, aproximadamente. Sólo llegaron a publicarse sesenta y cinco, a pesar de que el precio inicial de cada volumen se mantuvo invariable. El último se publicó en 1982 y tuvo escasísimos compradores (yo fui uno de ellos). Los treinta y cinco restantes nunca se publicaron. Este fracaso fue para mí la evidenciación de que a la gente ya no le interesaba leer, ni culturizarse, ni pensar.

Veamos ahora las otras causas del desinterés por la cultura, en general, y por la lectura, en particular.

Bien sabe usted que las substancias fijadoras de los colores en las telas se llaman *mordientes*. Don Santiago Ramón y Cajal decía que los tres mordientes de la memoria son el *interés*, la *emoción* y la *atención obstinada:* es decir, no la simple

atención, sino la atención *perseverante* y *tenaz*.

Estos tres mordientes son también los del *estudio* y el *aprendizaje*. Mediante aquéllos pueden éstos desenvolverse adecuadamente y ser realmente productivos. Los tres mordientes me permitirán *concentrarme, reflexionar profundamente* y *tomar plena conciencia de las cosas*, o lo que es lo mismo, me permitirán ser *consciente*, y en consecuencia podré *sentir, pensar, querer* y *obrar sabiendo verdaderamente lo que estoy haciendo*.

Sin embargo, la concentración y el estar uno alerta no son estados normales o habituales del cerebro, no son *solencias* cerebrales, sino *insolencias*, y sea esto dicho usando el vocablo insolencia en su antiguo sentido de *infrecuente, inhabitual, raro* o *desacostumbrado*.

La concentración y el estado de alerta son ocurrencias cerebrales raras. El cerebro tiende más bien a la dispersión y busca siempre estímulos para entretenerse, distraerse y complacerse, pero no para concentrarse ni percatarse. La *concentración* y la *percatación* no son *solencias* cerebrales, sino *rarezas* cerebrales. Y hoy lo son más por la extraordinaria multiplicación de estímulos que rige en las sociedades presuntamente civilizadas. Proliferan incontenibles la mar de estímulos y las más de las personas ya no sabrían vivir sin ellos.

Llego pues a la inevitable conclusión de que hoy es mucho más difícil leer, estudiar y aprender, porque actualmente la gente se concentra y se percata menos que antes. Hoy no somos más humanos, sino menos, porque la videocracia, no humaniza, sino animaliza. Esto lo ha demostrado cumplidamente Sartori y sería inútil insistir en ello.

—¿Quedan algunos libros de autores peruanos del siglo XX que aún debemos leer, cuáles y por qué?

—El 15 de diciembre del 2000, Hugo Neira tuvo la gentileza de obsequiarme una obra titulada *Los 50 libros que todo peruano culto debe leer*. Los compiladores eran Max Hernández, Francisco Sagasti y Cristóbal Aljovín. Ya sería bastante que los jóvenes de hoy lean esos cincuenta libros. Que los lean, en primer lugar, por amor al saber, y en segundo lugar, para conocer mejor y aquilatar debidamente y apoyar como se debe esa gran causa y esa pasión que es el Perú.

Menciono a continuación, y en el orden de presentación que tienen en el libro, a los cincuenta autores:

Luis Lumbreras, Franklin Pease, John Murra, María Rostworowski, Waldemar Espinoza, Raúl Porras Barrenechea, Nathan Wachtel, Felipe Barreda Laos, Julio Cotler, Hugo Neira, Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, José Agustín de la Puente, Pablo Macera, Manuel Lorenzo de Vidaurre, Bartolomé Herrera, Francisco de Paula González Vigil, Ricardo Palma, Manuel Pardo, Manuel González Prada, Francisco García Calderón, José de la Riva-Agüero, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Víctor Andrés Belaunde, Luis Eduardo Valcárcel, Uriel García, José María Arguedas, Sinesio López, Augusto Salazar Bondy, José Luis Bustamante y

Rivero, Fernando Belaunde Terry, Francisco Miró Quesada, Gustavo Gutiérrez, Juan Velasco Alvarado, Carlos Iván Degregori, Alberto Flores Galindo, José Matos Mar, Hernando de Soto, Francisco Morales-Bermúdez Cerrutti, Héctor Velarde, Sebastián Salazar Bondy, Carlos Delgado, Aníbal Quijano, Antonio Cornejo Polar, Javier Pulgar Vidal, Richard Webb, Francisco Sagasti, Enrique Mayer y Jürgen Golte.

—Esta pregunta se la formulo al hombre que ha lidiado con la cultura, con los libros y los contextos: ¿Cómo debemos leer, como deben leer los estudiantes?

—José Ortega y Gasset, en su ensayo "El estudiar y el estudiante", demostró que el estudiar —el estudiar del estudiante universitario, sobre todo— es algo constitutivamente contradictorio y falso. El estudiante es, como dice Ortega, una falsificación del hombre. No lo sería si el estudiar obedeciese a una necesidad íntima, endógena, intransferible y auténtica. Ocurre, sin embargo, que esa necesidad no se puede enseñar. Me tiene que ser inherente y consubstancial, pero no me puede ser impuesta. Con el amor ocurre lo mismo. Uno no puede amar por imposición ni por mandamiento. Tampoco puede enseñarse el gusto por la lectura, y menos en esta época, porque estamos viviendo el imperio de la imagen, o mejor dicho, estamos sufriéndolo, estamos en plena videocracia.

Danilo Sánchez Lihón, Director del Instituto del Libro y la Lectura, se pregunta hasta cuándo pretenderemos que se puede enseñar a leer a un niño. La lectura, dice Sánchez Lihón, no se enseña, sino que se comparte, se goza y se sufre. La lectura es vivencial. No es aprendizaje, es vivencia, fruición, aventura y comunión.

Ahora bien: hay una serie de factores, en relación con la lectura, que la facilitan, aunque ninguno ciertamente *crea* la necesidad de leer, pero si ésta ya existe, entonces ciertas situaciones, o condiciones, o circunstancias, la favorecerán.

Por ejemplo:

1) Si en nuestro hogar hay una buena biblioteca y si nuestros padres son lectores, o al menos uno de ellos, entonces esta situación favorecerá el hábito de la lectura, siempre y cuando ya exista en nosotros la necesidad de leer. De lo contrario, de nada nos servirá tener padres lectores ni una gran biblioteca en el hogar.

2) En segundo lugar, hay que disponer de tiempo libre. Si uno está obligado a trabajar todo el día, por razones de supervivencia, eso no favorecerá en absoluto el hábito de la lectura.

3) En tercer lugar, para leer deberemos desentendemos del mundo circundante. Tendremos, pues, que recogernos, es decir, retirarnos a algún sitio, apartándonos del trato con la gente. Y una vez recogidos, deberemos, por supuesto, concentrarnos en la lectura, sin ninguna distracción.

4) En cuarto lugar, leamos cómodamente. La incomodidad es distractiva y mortificante. Cada lector deberá hallar su propia comodidad. No hay reglas fijas.

—Si hoy tuviéramos que elegir en nuestro medio lo que vamos a leer, ¿cuáles deberían ser nuestras prioridades: ciencias naturales, ciencias sociales, filosofía, literatura o arte?

—Hace muchos años, cuando yo era traductor de las compañías de seguros, recuerdo que un día vino a casa el dueño de una de ellas, el señor Dialmo Bisi, excelente persona y todo un caballero, y me pidió que le tradujese inmediatamente un cable que acababa de recibir (en esa época aún no había correo electrónico). Le pregunté si el cable era urgente, y entonces me dijo: *"Amigo Denegri, para mí* ***todo*** *es urgente."*

Pues de la misma manera yo diría que hay que leer de todo: libros sobre ciencias naturales, ciencias sociales, filosofía, literatura y arte. Sólo así será posible tener una formación humanística.

—Sabemos que cuando usted escribe lo hace con pasión, poniendo en ello sus mejores bríos. ¿En qué tipo de lectores piensa, en un tipo especial de lectores?

—Hay un distingo orteguiano, que yo hago mío, entre la *lectura horizontal* y la *lectura vertical*. La *lectura horizontal* es un patinar sobre las palabras, es una lectura superficial y rápida. La *lectura vertical*, en cambio, es inquiriente y escudriñante, y uno se demora pensando y repensando y sopesando cada frase y dando veinte vueltas al asunto. La *lectura vertical* es, como dice Ortega, un fértil buceo sin escafandra, o sea la inmersión en el pequeño abismo que es cada palabra. Como se comprenderá fácilmente, la rapidez es ajena a este tipo de lectura. La *lectura vertical* y la rapidez no van juntamente, no van de consuno. Por otra parte, aunque uno lea con rapidez, hay ciertas cosas que no pueden ser leídas rápidamente, o mejor dicho, que no deben serlo; verbigracia, la poesía. Así me lo dijo, y con razón, el poeta Washington Delgado.

Los lectores, los verdaderos lectores, escasean, al paso que los no-lectores son legión. Para estos últimos el libro significa lo mismo que para los nativos de Nueva Zelanda. Para los nativos de Nueva Zelanda, lo más importante, lo característico, lo principal de un libro es que se abre y que se cierra. Por eso lo llaman almeja.

Marco Aurelio Denegri Santagadea (Lima, 16 de mayo de 1938) es polígrafo autodidacto. Esta caracterización tan breve es hoy de rigor, al menos para Denegri lo es, por el mal gusto que tienen algunos miembros de la *Intelligentsia* de presentarse exhibiendo un ciento de títulos, doscientos reconocimientos internacionales y trescientas distinciones.

Denegri es autor de los siguientes libros: *Fáscinum. Ensayos Sexológicos* (1972); *¿Y qué fue realmente lo que hizo Onán?* (1996); *El Arte Erótico de Mihály Zichy* (1999); *Arte y Ciencia de la Gallística* (1999); *De esto y aquello* (2006); *Hechos y Opiniones acerca de la Mujer* (2008); *Cajonística y Vallejística* (2009); *Miscelánea Humanística* (2010); *Lexicografía* (2011); *Esmórgasbord* (2011); *Obscenidad y Pornografía* (2012); *Normalidad y Anormalidad & El Asesino Desorganizado* (2012); *Poliantea* (2014); *Polimatía* (2014) y *Mixtifori* (2017).

Denegri es fundador de la Asociación de Estudios Humanísticos y la ha presidido y secretariado varias veces. Fue director y propietario de la revista de cultura sexual, *Fáscinum* (1972-1973). Compuso, juntamente con Óscar Valdivia Ponce, la *Bibliografía Psiquiátrica Peruana* (1981). En la televisión nacional ha creado y dirigido desde 1973, programas culturales y tiene actualmente a su cargo, en TV Perú, “La Función de la Palabra”.

Notas

[a] Marco Aurelio Denegri, *De esto y aquello*. Lima, Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria, 2006, 541 pp., il <<

[b] *Cf*. Flora Davis, *La Comunicación no Verbal*. Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1976, pp. 261. <<

[1] Pemán decía con razón que lo primitivo es permanente en la naturaleza humana.

«Cuando las fuerzas vigilantes y activas de la Cultura, que nunca es logro definitivo, sino tarea y milicia de cada hora, se amodorran o aflojan, la prehistoria o sub-historia reaparece y emerge a la superficie, imponiendo sus modos y estilos que llamamos primitivos y que en realidad debiéramos llamar ***permanentes****, porque no son más que la expresión de los fondos más permanentes, turbios y opacos de la naturaleza humana.»*

(De un discurso académico pronunciado por José María Pemán en 1938; *ápud* Eugenio d'Ors y José María Pemán, *Humanidades*, 85-86.) <<

[2] En relación con el artista mexicano José Luis Cuevas, dice Mario Vargas Llosa lo siguiente:

«Violencia, compasión, imaginación, cultura: todos esos ríos confluyen caudalosamente en el mar inquietante que es el arte de Cuevas. Quienes se sumergen en esas aguas aprenden o confirman algo que ningún artista plástico de América Latina ha sabido representar más bellamente [que Cuevas, a saber]: *que todos somos monstruos o, mejor dicho, que nadie es monstruoso pues lo somos todos.»* (***Tercera Bienal Iberoamericana de Lima, del 17 de abril al 31 de mayo de 2002***. Lima, Centro de Artes Visuales, Municipalidad Metropolitana de Lima, 2002, 162.) <<

[3] Sobre Montaigne y los monstruos, véase Hans Mayer, *Historia Maldita de la Literatura. La mujer, el homosexual, el judío.* Madrid, Taurus Ediciones, S. A., 1982, 11-15: «El monstruo como problema agudo de la Humanidad.» <<

[c] A propósito del verbo *reputar:* Manuel Seco nos recuerda, en su *Diccionario de Dudas y Dificultades de la Lengua Española*, que el régimen de *reputar es por*. No aduce ejemplos, pero ciertamente los hay; verbigracia, en las *Apuntaciones Críticas*, de Cuervo, donde, sin embargo, consta también *reputar como*, y aun *reputar* sin régimen, en la página 53. Otros autores estimables han dicho y dicen *reputar de*. <<

[d] Digo, por aposición, *hombres-puñal*, así como digo *obras-cumbre*, *palabras-clave*, *hombres-rana*, *situaciones-límite*, etcétera. Sin aposición, la expresión correcta sería *hombres puñálicos*. <<

[e] Cuando Toulouse-Lautrec estuvo en Londres, en 1895, su amigo, el pintor y grabador norteamericano Whistler, le presentó a Óscar Wilde. <<

[f] Alfonso Reyes y Arturo Capdevila, polígrafos y prosistas muy estimables, que conocían a fondo nuestro idioma y lo dominaban, dijeron siempre **por de contado**.

Por de contado, que significa ***por supuesto, sin ninguna duda, naturalmente, ciertamente, claro es, claro está, desde luego, cómo no***, es la forma académica, hoy prácticamente en desuso por haberse difundido tanto la expresión ***por descontado***, que yo nunca digo ni diré, aunque la Real Academia Española la haya aprobado e incluido en su Diccionario.

Comparto en esto, y plenamente, el sentir del maestro Cuervo, a saber: que los hablistas haríamos mal en renunciar a los buenos usos de lo antiguo por modas e imposiciones que suelen hoy multiplicarse a impulsos de una ignorancia profunda y deplorable. <<

[g] *Burdelística* es neologismo de mi creación. Denota la rama o el ramo del saber humano concerniente al burdel. Comprende, por ejemplo, el lienzo de Toulouse-Lautrec, «En el salón de la calle de los Molinos»; y por supuesto el famoso burdel de «La Bandida, en México; y el libro de Emmett Murphy, *Historia de los Grandes Burdeles del Mundo*; y también, claro está, el presente ensayículo. <<

[h] El pintor Carlos Quispez-Asín decía: *«amo a las rameras de ruin precio con una ternura tal que me resarce de muchos egoísmos»*.

Así se expresa Quispez-Asín (1900-1983) en una carta que dirige a su amigo Clodoaldo López Merino, periodista y poeta y que por añadidura fue durante casi treinta años Jefe de Redacción del diario *El Comercio*.

(*Cf*. Jorge Bernuy, «Quispez-Asín, la pintura moderna en el Perú». *Puente*, Publicación del Colegio de Ingenieros del Perú, 2006, 1:3, 62.) <<

[i] Según la *Guía «Inca» de Lima Metropolitana*, Renovación es *calle*, vale decir, vía o camino que pasa entre dos filas de casas o edificaciones. La *calle* puede tener, pues, varias cuadras; pero yo siempre he creído que cuando la calle tiene varias cuadras, entonces no es *calle*, propiamente dicha, sino *jirón*. Para mí la *calle* es una vía de una sola cuadra. Cuando tiene varias se llama *jirón*, que como dice la Academia, es la *«vía urbana compuesta de varias calles o tramos entre esquinas»*. <<

[j] *«Tiempos venturosos* —dice Tamariz— *en que se podía transitar esos barrios de las avenidas 28 de Julio, Sucre o Bolívar, a pie y distraídamente,* […] *sin ningún sobresalto.»* (Domingo Tamariz Lúcar, «Años 50: Lima nocturna». *Caretas*, 1992, 30 de marzo, N.º 1204, 64.) <<

[k] *Polla* es uno de los muchísimos sinónimos, vigentes en España, del miembro viril. Equivale a lo que nosotros llamamos vulgarmente *pinga*. <<

[l] Un tal Giovannone, según Fellini, *«aterrorizaba a las campesinas exhibiendo su miembro como una liebre muerta»*. ([15], 141.) <<

[m] Palma dice *«a lo mejor de la jodienda»*. *La jodienda* es evidentemente la *copulación*, pero ¿y *«a lo mejor»*, que significa? Aquí la expresión *a lo mejor* no significa *quizá*, ni tampoco, como, en lo antiguo, *de pronto* o *inesperadamente*, sino que es variante de *en lo mejor de*, o sea en el momento más grato, intenso o placentero de algo; expresión que se construye siempre con la preposición *de*, lo cual no ocurre con *a lo mejor*, que nunca la lleva; pero en Palma siempre la lleva, porque según presumo era otra manera de decir *en lo mejor de*. (También Gamarra, *En la Ciudad de Pelagatos*, 116, dice *«a lo mejor de».)* En «Nadie se muere hasta que Dios quiere», dice el tradicionista *«a lo mejor de la función»* (*TP*, I, 346); en «La fruta del cercado ajeno» se lee *«a lo mejor del berrinche»* (*TP*, II, 245). Palma decía también *«en lo mejor de»*, expresión constante en «Los mosquitos de Santa Rosa» y en «La proeza de Benites» *(TP, IV*, [43], 349).

A lo mejor por *de pronto* o *inesperadamente* consta en Manuel González Prada, *Obras*, VII, 255, y así mismo en Armando Palacio Valdés, *La Hermana San Sulpicio*, 77, 215, 274, y en *Marta y María*, del mismo autor, capítulo 5, página 130. El lugar citable de González Prada es como sigue: *"Besaba el negro a la blanca / Cuando* ***a lo mejor****, ¡zas! ¡zas! / Siente el pobre por detrás / Las cosquillas de una tranca"*. <<

[n] *«Como hay invertidos interesantes y repugnantes, ladrones que entusiasman y otros que causan desprecio, así Don Juan puede ser un seductor, aun para los hombres, o un estúpido. Entre estos últimos coloco a Casanova.»* ([23], 8.)

Discuerdo completamente del sentir marañoniano. <<

[o] Hay un negro, en los Estados Unidos, al que le dicen *«Pinga Larga» (Long Dong)*, estrella de la pornografía fílmica, y que tiene una verga de 18 pulgadas, la cual, en estado de tumescencia, apunta al suelo. No se yergue ni puede erguirse. En las revistas pornográficas se publican avisos en los que se ofrecen vídeos de *«Pinga Larga»*. El instrumento de este señor sólo impresiona por lo largo, pero no es muy grueso y tiene cabeza pequeña. Es una pinga desproporcionada. En general, el pene que sobrepasa los 25 centímetros tiende a deformarse y afearse. <<

[p] Murió el 12 de marzo de 1988, a los 43 años de edad, víctima del sida. ([28], 43.)
<<

[q] Esto también lo sabía, y muy bien, el ilustre científico español Santiago Ramón y Cajal, que en su libro *El Mundo Visto a los Ochenta Años*, cuenta haber sufrido en su vejez de hipoacusia o disminución de la sensibilidad auditiva. *«En cuanto a mí* —dice—, *prefiero mil veces la sordera a la ceguera. Aquélla me aleja del animal humano, a menudo insoportable, cuando no insidioso y hostil.»* <<

[r] Se ha manifestado que el filósofo Baruch Spinoza tampoco discurrió acerca de los celos. Sin embargo, en el escolio del teorema trigésimo quinto del libro tercero de su *Ética, se* lee lo siguiente:

«Los celos no son más que una fluctuación del alma nacida de un amor y un odio simultáneos, acompañados por la idea de un tercero a quien se envidia […]; *aquel que se imagina que otro posee a su amada, no solamente sufre por las trabas puestas a la satisfacción de su amor, sino porque está forzado a asociar la imagen de la cosa amada con las imágenes físicas de esa posesión por otro.»*

(*Cf*. José Ingenieros *Tratado del Amor*, p. 4, c. 4, a. 3.) <<

[s] Acabo de adjetivar la mirada de que se trata diciendo que es *inmiscuidiza*. Y me he expresado bien, porque el verbo *inmiscuir* se conjuga como *huir*, y así como se dice *huidizo*, se puede decir también *inmiscuidizo*. <<

[t] Quisiéramos ser —agregaría yo— como el *A Bao A Qu*, que miraba con todo el cuerpo. (*Cf'*. Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, *Manual de Zoología Fantástica*. Segunda edición. México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 12. <<

[u] *«El hombre es un lobo para el hombre.»* Sentencia del comediógrafo latino Plauto y que consta en su obra *La Venta de los Asnos* o *Asinaria*. La sentencia completa es así: *«El hombre es un lobo para el hombre, cuando no se le conoce.»*

La sentencia de Plauto no le gustaba mucho a Unamuno. Véase en seguida por qué.

«Y respecto a esto de libertad y tiranía, no hay que decir tanto ***homo homini lupus****, que el hombre es un lobo para con el hombre, cuanto* ***homo homini agnus****, el hombre es un cordero para el hombre. No fue el tirano el que hizo el esclavo, sino a la inversa. Fue uno que se ofreció a llevar a cuestas a su hermano, y no éste quien le obligó a que le llevase. Porque la esencia del hombre es la pereza, y, con ella, el horror a la responsabilidad.»* (Miguel de Unamuno, *Ensayos*. Cuarta edición. Madrid, Aguilar, 1958, I, 956.) <<

[v] *«Hitler fascinaba a las personas mediante sus ojos brillantes, de un azul intenso, siempre ligeramente saltones y que muchos visitantes no podían resistir. Hitler se daba cuenta de este efecto y solía mirar a las personas largo rato a los ojos; luego, cuando bajaba los párpados, lo hacía muy lentamente.»* (Henry Picker, *Hitler, Anatomía de un Dictador. Conversaciones de sobremesa en el Cuartel General del «Führer», 1941-1942*. Segunda edición. Nueva edición preparada por Percy Ernst Schramm. México D. F. / Barcelona, Ediciones Grijalbo, S. A., 1974, 37.)

«Un día —refiere Speer— *mientras estábamos sentados a la gran mesa redonda de la casa de té, Hitler comenzó a mirarme fijamente a los ojos. En lugar de bajar la mirada, consideré que su actitud era una provocación. Nadie sabe qué instintos primitivos están en juego en semejantes confrontaciones visuales. Yo las había tenido con otras personas y generalmente salía airoso de ellas, pero aquella vez tuve que recurrir a una energía casi sobrehumana, al parecer interminable, para no rendirme al impulso, cada vez más fuerte, de volver los ojos a otro lugar. Hasta que Hitler, de pronto, cerró los suyos y poco después volteó, dirigiéndose a la mujer que tenía a su lado.»* (Albert Speer, *Memorias. Hitler y el Tercer Reich vistos desde dentro*. Barcelona, Plaza & Janés, S. A., Editores, 1973, 148-149.) <<

[w] *«Ayer Santa Robustiana* —dice Yerovi, en su poema ‘Quejas santas’— *sufrió un ligero desmayo / a causa del mal olor / que despedía el pescado; / felizmente fue cogida / por* ***San Expedito*** *en brazos / pudiendo librarse así / del consiguiente porrazo.»* (Leonidas N. Yerovi, *Obra Completa*, III, 328b.) <<